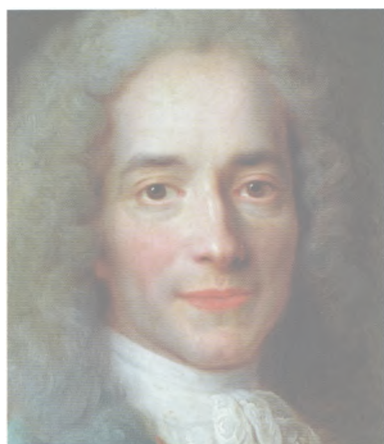


Voltaire

Prólogo
Fernando Savater

Estudio introductorio
Martí Dominguez

Cartas filosóficas
Diccionario filosófico
Memorias



GREDOS

VOLTAIRE

CARTAS FILOSÓFICAS
DICCIONARIO FILOSÓFICO
MEMORIAS PARA SERVIR A LA VIDA DE VOLTAIRE ESCRITAS POR ÉL MISMO

PRÓLOGO
por
FERNANDO SAVATER

ESTUDIO INTRODUCTORIO
por
MARTÍ DOMÍNGUEZ



EDITORIAL GREDOS

MADRID

CONTENIDO

VOLTAIRE Y LA FILOSOFÍA

Ne nous fions qu'à nous; voyons tout par nos yeux.
Ce sont là nos trépieds, nos oracles, nos dieux.
(*Edipo*, 1718)

Cuando se trata de Voltaire, la controversia está siempre garantizada, aun sobre los menores detalles de carácter o de oficio y radical hasta lo inmisericorde: ¿fue un gran literato o un chapucero hábil y desenfadado?, ¿el abanderado de las audacias revolucionarias del Siglo de las Luces o el último conservador de sus formas clásicas y sus tradiciones?, ¿magnánimo y generoso o cicatero y vengativo?, ¿valiente hasta la imprudencia o cobarde cuando había peligro real para él... y hasta cuando no lo había?... Incluso los mayores estudiosos de su vida y su obra vacilan entre tan opuestas calificaciones y a fin de cuentas parecen acogerlas más o menos todas, arriesgándose a la contradicción y a la incomodidad de la paradoja. Con no menor fundamento que André Gide, también Voltaire hubiera podido elegir este blasón: «Los extremos me tocan».

Uno de estos aparentes dilemas, de los más insolubles, es el de su relación con la filosofía. ¿Fue Voltaire un filósofo o más bien un adversario satírico de la filosofía? ¿Cómo puede ser que este siglo filosófico, donde al parecer los filósofos pululan, parezca históricamente liderado por el más dudoso y sin duda el menos original de todos ellos? Muchos libros célebres sobre el inasible inquilino de Ferney, sean de estudio o de divulgación (pienso, por ejemplo, en la deliciosa biografía de André Maurois, el primer *Voltaire* de mi vida) incluyen un capítulo titulado «La filosofía de Voltaire». Ahora bien, ¿hubo realmente tal cosa? Y si la hubo, ¿cuál fue?

Quizás en este tema concreto la verdadera confusión no estribe en las contradicciones volterianas sino más bien en la ambigüedad de la propia noción de filosofía, sobre todo en la Francia del siglo XVIII. Para nosotros, filosofía equivale a contemplación y especulación, quizás incluso a metafísica. Sin embargo, no es posible concebir a nadie menos contemplativo que Voltaire, sólo le interesaban de verdad las cuestiones referidas a la acción humana: sea la acción científica que transforma la realidad material en que vivimos, sea la acción moral que enmienda y reforma las instituciones sociales que nos organizan. La especulación sobre los vastos temas del universo o la trascendencia le impacientaban pronto y le aburrían en cuanto se acababan las posibilidades de ejercer una burla ingeniosa sobre quienes se enfrascaban en ellos. Rápidamente se refugiaba en un caústico escepticismo pero lo medular de sus dudas no se centraba tanto en las cuestiones mismas que se plantean de manera tan laboriosa y poco concluyente sino sobre el interés práctico que puede tener perder el tiempo dando vueltas a lo que, sea como fuere, no podemos remediar ni puede remediarnos. De ahí lo despectivo de sus comentarios casi blasfemos sobre Platón, Aristóteles, Malebranche o el propio Descartes, por no mencionar ya a los maltratados sabios teólogos del medievo. Y no hace falta recordar que su cuento más célebre es una respuesta satírica basada en la experiencia histórica a las elucubraciones optimistas de la teodicea leibniziana.

¿Metafísica? Bueno, también Voltaire compuso un *Tratado de metafísica* en 1734 y trabajó corrigiéndolo y ampliándolo hasta 1738, en pleno periodo de Cirey. No estaba destinado a la publicación y sólo unos cuantos lo conocieron antes de su aparición póstuma. En realidad, este tratadito tiene mucho más de desengaño de la metafísica que de metafísica positiva: Voltaire pasa revista a varios temas tradicionales de la filosofía primera sólo para demostrar hasta qué punto es imposible o absurdo llegar a conclusiones definitivas sobre ellos. En la mayoría de los casos, su mentor intelectual es John Locke, a quien leyó durante su estancia en Inglaterra por indicación de Lord Bolingbroke. De él toma sobre todo su rechazo de las ideas innatas («si hay algo demostrado fuera de las matemáticas, es que no hay ideas innatas en el hombre»), la convicción de que todo conocimiento nos llega por la vía de los sentidos y su defensa de la tolerancia religiosa. En general, se trata de una filosofía preventiva, destinada a parar los golpes del dogmatismo y a frenar en seco a los fanáticos. Los dos últimos capítulos del libro, dedicados a la moral y la sociedad, son

los más audaces: sostienen una visión casi materialista o al menos muy naturalista de su asunto, dejando claro que el fundamento de la distinción entre lo bueno y lo malo no es otro que la utilidad social.

¿Y por qué deberíamos buscar este provecho colectivo? Por cuestión de amor propio bien entendido, un motivo fundamentalmente repulsivo para los jansenistas y otras ramas renunciativas y penitenciales de la religión. Éstos aborrecen el amor propio y todas las pasiones que conlleva, cuando al hombre le es tan imposible prescindir de él como de la sangre que circula por sus venas: y pedirle que renuncie a ese amor propio y a sus pasiones por miedo a los abusos ocasionales que de ellos se derivan, sería como tratar de sacarle toda la sangre del cuerpo para que no tuviese peligro de apoplejía... Por lo demás, la afinidad con el bien no depende de renunciar a querernos a nosotros mismos sino de tener un gusto naturalmente bien dispuesto o bien educado para querernos como es debido: «Un espíritu recto es persona decente por la misma razón que quien no tiene el gusto depravado prefiere los excelentes vinos de Nuits al vino de Brie, y las perdices de Mans a la carne de caballo». Para quien no posea esta buena disposición se han inventado las leyes penales, «lo mismo que las tejas fueron inventadas contra el granizo y contra la lluvia».

Cuando leemos estas consideraciones escépticas y sensatas, aunque poco metafísicas y nada especulativas o contemplativas, nos parece estar leyendo a un precedente de Bertrand Russell en vez de a un heredero de Descartes, por no volver a mencionar al denostado padre Malebranche. O sea, por decirlo con lenguaje más actual, a un filósofo anglosajón y no a uno continental: empirista, partidario de poner como ejemplo superior de conocimiento las ciencias experimentales y no la teología, defensor de que la filosofía mantenga más bien un perfil bajo y crítico, así como de que prefiera persuadir utilizando la ironía prosaica en lugar de la declamación altisonante.

Esta impresión se refuerza aún más si consideramos la obra que mejor recoge y expone el pensamiento de Voltaire: *El filósofo ignorante* (1766). Apareció en Francia en pleno auge del atroz asunto del caballero de La Barre, cuando la vigilancia policial contra las publicaciones subversivas era máxima, circunstancia que dificultó su difusión pero en cambio aumentó el interés morboso con que fue acogida. Sin embargo, la mayoría de los lectores se sintieron decepcionados por esta nueva muestra de filosofía «preventiva», es decir, a la defensiva contra dogmas de altos vuelos y fanatismos inquisitoriales. A unos les irritó tanta prudencia y sinuosidad, a otros un escepticismo general

que consideraron desmoralizador. Sin embargo la obra no carece de planteamientos positivos: por ejemplo, que la naturaleza humana es igual en todas partes y por tanto también debe serlo la moral. La idea de lo justo y lo injusto precede a toda legislación instituida: varían de aquí para allá lo lícito y lo prohibido, pero se mantienen estables lo bueno y lo malo. En defensa de este planteamiento «duro», Voltaire se atreve incluso a enmendarle la plana a su admirado maestro Locke, que señaló la antropofagia como un argumento en contra de la universalidad natural de las ideas morales. Según Voltaire, Locke se habría dejado engañar por los relatos fabulados de algunos viajeros poco escrupulosos... Más avisado que él en este punto, Montaigne ya señaló en su día que es menos malo comerse a los muertos al modo de los primitivos que devorar a los vivos, como ocurre en nuestros países civilizados. En cuanto a su omnipresente escepticismo, Voltaire lo justifica como una muestra de honradez intelectual. Tal como escribe por esa época a su confidente Madame du Deffand: «Los fabricantes de sistemas no saben más que yo, pero todos ellos se hacen los importantes y yo no quiero serlo. Confieso francamente mi ignorancia».

A fin de cuentas, si hubiera que señalar un criterio último que rige lo que Voltaire considera aceptable y rechazable en el campo de la filosofía sería sin duda el de «utilidad». Para él, los auténticos filósofos —opuestos a los visionarios, embaucadores y charlatanes de toda laya— son aquellos estudiosos que colaboran al bienestar de los hombres y a la armonía de las sociedades. En tiempos de Séneca, filósofo no era quien escribía libros sobre cuestiones más o menos abstrusas sino el que vivía de acuerdo con la filosofía, es decir, de manera sobria y consciente, controlando sus pasiones y sin dejarse arrastrar por las concupiscencias políticas o sociales. Por aquel entonces los filósofos no necesitaban obra escrita sino la reputación de vivir como es debido. En cierto modo, también para Voltaire el verdadero filósofo es el buen ciudadano, aunque no haya leído a los clásicos ni especulado jamás sobre la inmortalidad del alma o las pruebas de la existencia de Dios. Eso sí, su concepción no es tan individualista como la de aquellos sabios de la Roma antigua pues exige en su modelo ideal una preocupación activa por mejorar la condición colectiva de los hombres y no sólo rectitud en la guía de su conducta personal.

Según Voltaire, la filosofía auténtica combate los dogmas porque éstos sirven de base para los fanatismos persecutorios, descarta escépticamente las especulaciones metafísicas sin fundamento empírico porque favorecen enconadas rivalidades y obstaculizan el desarrollo

del conocimiento científico, preconiza la tolerancia porque sin ella es imposible que florezcan en la sociedad las nuevas ideas y los nuevos estilos de comportamiento. En todo momento refuerza la confianza en la autonomía racional de pensamiento que está al alcance de todos aunque sólo llega a ser eficazmente desarrollada por los más ilustrados... que nunca son mayoría. Por ello se opone también a los planteamientos políticos más radicales y subversivamente democráticos: para él, lo importante es quién legislará con mayor acierto y no con mejor derecho, como se preguntan los revolucionarios. Su controvertida relación con Dios también está regida por estos mismos principios, aunque a tantos les resulte difícil comprenderla. Los ateos, al negar a Dios, renuncian a una idea que puede resultar muy útil como fundamento de la universalidad de la naturaleza humana y por tanto de la benevolencia moral rectamente entendida. Por supuesto, tratar de esclarecer los entresijos de la voluntad y eternidad de Dios es una tarea tan imposible como dañina, porque favorece las querellas entre teólogos y las guerras de religión. Aún peor es tomar el nombre de Dios en vano para justificar prohibiciones puritanas o privilegios de poderosos amigos de la injusticia. Quien quiera estudiar lo que nos conviene saber de la divinidad no tiene más que fijarse en los procedimientos de la naturaleza y en las normas básicas de la convivencia social. En cuanto a la inverificable inmortalidad del alma, en la que tan difícil resulta creer racionalmente, tampoco resulta una cuestión prioritaria: puesto que los beneficios de una moral adecuada se comprueban en la sociedad y en nuestra vida cotidiana, podemos dejar tranquilamente aparcada la decisión intelectual de si hay o no castigos y recompensas ultramundanas. Bayle o Spinoza fueron grandes buscadores de la verdad, pero lo importante es fomentar costumbres sanas porque los pueblos no se rigen por especulaciones metafísicas sino por los hábitos establecidos.

¿Fue Voltaire optimista o pesimista? También el criterio de utilidad nos puede ayudar a resolver este dilema que ha hecho correr mucha tinta de los comentaristas. Pero antes hay que distinguir entre el terreno filosófico y el puramente personal. La concepción que tiene Voltaire del filósofo, como ya se ha apuntado, es «militante»: filosofar es combatir prejuicios y defender cuanto beneficie a la sociedad. Ahora bien, la indignación es un motor de la acción humana y la militancia filosófica debe saber despertarla y encauzarla en el sentido adecuado. Un pensamiento demasiado optimista respecto a los absurdos y supersticiones del pasado, frente a los que muestra una compren-

sión determinada por la necesidad geográfica o histórica —como es, por ejemplo, destacado el de Montesquieu— carecerá del impulso revolucionario imprescindible para combatir sus secuelas aún vigentes. Cuando miramos hacia atrás, el pesimismo es tonificante para lanzarnos rumbo al futuro y romper amarras: a veces la sombra empuja más de lo que la luz atrae. Pero cuando el pesimismo se aplica al presente o, aún peor, se convierte en algo intemporal, metafísicamente ligado a la condición humana, ya no favorece la cólera revolucionaria sino la resignación o la desesperación, ambas igualmente inútiles para propiciar cambios y repudiar injusticias. Es el caso de Pascal, quien «contempla el mundo entero como una reunión de malvados y desdichados, creados para la condenación, entre los cuales sin embargo Dios ha elegido desde toda la eternidad algunas almas, es decir una de cada cinco o seis millones, para ser salvadas». En este caso el pesimismo es paralizante y fatal, una cadena más que liga entre sí todas las que ya padecemos y nos impide romperlas. Por lo tanto, la filosofía militante debe ser revulsivamente pesimista cuando mira hacia el pasado pero tónicamente optimista en lo que se refiere al presente y a lo que podemos conseguir en el porvenir.

Hasta aquí las obligaciones públicas del filósofo, que Voltaire asumió con bastante más disciplina que otras tareas y hasta con cierto heroísmo en algunos casos. Pero, en lo más íntimo y personal, ¿fue realmente optimista o pesimista? Parece arriesgado negar el optimismo de quien se atrevió a decir: «el Paraíso terrestre está donde yo estoy». Sin embargo, la lección final de *Cándido* justifica el optimismo tan escasamente como Don Quijote las novelas de caballerías. Y en tono aún más privado escribió a Madame du Deffand (en agosto de 1764, poco más o menos cuando comenzaba a componer *El filósofo ignorante*): «Todos somos como prisioneros condenados a muerte que se distraen unos momentos en el patio de la prisión, hasta que el verdugo viene en su busca». Pascal no había dicho otra cosa, aunque uno y otro sacaron de esa desoladora constatación muy distintas conclusiones.

FERNANDO SAVATER

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por

MARTÍ DOMÍNGUEZ

VOLTAIRE,
EL ESCRITOR FILÓSOFO

La opinión gobierna el mundo,
y es a vos a quien corresponde gobernar la opinión.
VOLTAIRE A D'ALEMBERT, 26-XII-1767

Voltaire es ante todo un gran señor de la inteligencia. Su nombre en uno de mis escritos es un verdadero progreso hacia mí mismo.
FRIEDRICH NIETZSCHE, *Ecce Homo* (1888)

Como tantos otros autores, Voltaire es mucho más citado que leído. En realidad, no puede decirse que goce de un especial favor entre nuestros contemporáneos: su obra es tan respetada como desconocida y, como mucho, los lectores conocen *Cándido* o alguno de sus cuentos menos exóticos. Otros puede que hayan hojeado las *Cartas filosóficas* o incluso que hayan disfrutado con el *Diccionario filosófico*, aunque posiblemente sin llegar a sacarle todo el jugo a ese repertorio enciclopédico, mezcla de filosofía y de agudas ocurrencias. Tampoco puede decirse que en Francia su situación sea mucho mejor, hasta el punto de que el historiador Emmanuel Berl lo tilda de autor «casi desconocido, del cual se lee *Cándido* y se omite el resto».[1] Pobre destino pues para quien —con Jean le Rond d'Alembert como escudero— gobernó la opinión del siglo XVIII y fue el faro que atrajo todas las miradas reformadoras, hasta convertirse en el motor más activo del cambio social del Siglo de las Luces, del cual todavía hoy son deudores todos los estados democráticos.

[1] E. Berl, *Voltaire et la liberté*, París, À l'Enseigne du Cheval Ailé, 1948, pág. 29.

De algún modo, Voltaire encarna el siglo XVIII mejor que cualquier otro ilustrado. No en vano el Siglo de las Luces también es conocido como el siglo de Voltaire, y eso ya en vida del propio filósofo. ¿Por qué no el siglo de Diderot o el siglo de Rousseau? ¿Qué es lo que básicamente separa a Voltaire del resto de filósofos? Filósofos que asimismo fueron decisivos para el movimiento ilustrado y cuya ausencia trastocaría a buen seguro nuestra percepción de aquella época. La clave de esta diferencia está, acaso, en la fama —la *renommée*—, en el singular y hasta entonces inédito altavoz que consiguió el filósofo de Ferney. Voltaire fue uno de los primeros fenómenos mediáticos, y antes de su gesta ningún escritor había alcanzado con sus escritos un eco tan prodigioso, tan influyente, tan rico y tan temible. Fue el fruto del perfeccionamiento de la imprenta, de los avances técnicos que permitieron abaratar los costes de edición y que produjeron ese despegue político y cultural que culminaría con la Revolución francesa. Se dice que fue el primer autor que consiguió vivir de su trabajo, el primer profesional de la escritura (el primer forzado de la pluma, diría Eugenio d'Ors). Es cierto tan sólo en parte, porque Voltaire siempre fue habilidoso para sacar un jugoso rédito de todos sus negocios, buena parte de ellos completamente ajenos al mundo de la literatura. No obstante, resulta innegable que con él se percibió por primera vez en la historia de las ideas la posibilidad de vivir de la literatura sin tener que ser el protegido de algún reyezuelo ilustrado; vivir de la renta del esfuerzo intelectual, de las ventas de los libros, de los contratos con los editores, asumiendo el riesgo de las empresas y el contenido de la obra, que para ser bueno ha de ser nuevo, y todo lo nuevo casi siempre causa problemas. Voltaire fue el primero en alcanzar esa meta soñada, y en consecuencia el primer escritor totalmente libre. Él mismo lo consignó en sus memorias: «Oigo hablar de libertad, pero no creo que haya habido en Europa un particular que se haya forjado una como la mía. Seguirá mi ejemplo quien quiera y pueda».[2]

«Seguirá mi ejemplo quien quiera y pueda...» Lo advierte: no es fácil «ser» Voltaire. Él se «forjó» su libertad, una libertad que sabía única, singular. Porque si fue el autor más libre de su siglo, también fue el más perseguido, temido y odiado por el sistema, por el áulico sopor del Ancien Régime. Luis XV lo expulsó de París, Federico II lo persiguió hasta la frontera de Prusia y lo torturó (psicológicamente,

[2] Voltaire, *Memorias...*, 1994.

lo que le dejó una huella que arrastró toda su vida), los calvinistas de Ginebra lo mantuvieron a raya fuera de su ciudad, y aunque lo toleraban, no lo amaban. Una libertad («Oigo hablar de libertad», dice con ironía, con una sonrisa sarcástica, y casi le oímos decir: «¡Qué sabréis vosotros lo que es la libertad!»), una libertad por la que arriesgó la vida, por la que pasó casi un año en la prisión de la Bastilla, una libertad que le dejó una profunda cicatriz (llámese temor o desconfianza). Y en cambio, una libertad que también fue el germen de su obra literaria, porque si Voltaire se hubiese quedado en la corte de Luis XV y hubiese ocupado el lugar de Monsieur de Crébillon, es posible que hoy no tuviéramos casi nada que antologar. Hay una correlación entre la implacable persecución de Voltaire y la ingente producción literaria de este autor: cuantos más embates del enemigo, más textos de respuesta, más cuentos, más panfletos, más opúsculos, más cartas, más epigramas: aquí unos versos amables a un amigo protector, allá una diatriba feroz contra su detractor.

«Oigo hablar de libertad...» Él se forjó su libertad gracias a la extraordinaria variedad de su artillería literaria. Voltaire no dejaba ofensa sin respuesta. En contra del parecer de Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, que opinaba que no hay que contestar nunca a los críticos, él no perdonaba y replicaba siempre, y a menudo en más de una ocasión. Muerto Crébillon no dudó en escribir un *Elogio de M. de Crébillon*, inoportuno y malévolo, que le granjeó numerosas críticas. Pero volvió a reincidir con Pierre-Louis Moreau de Maupertuis y con tantos otros detractores, a los que persiguió no sólo en vida sino también en la posteridad. Muerto el maldiciente, había que aniquilar cualquier rastro perdurable de su obra. Era irreductible, tenaz, no atendía a razones, porque en definitiva siempre seguía «luchando por su libertad», y quien osaba atacarle —o incluso contestar algún dardo volteriano— se ganaba un enemigo de por vida (y Voltaire vivió ochenta y cuatro años).

Esta arrolladora actividad, sumada a su personalidad viva y chispeante, a menudo irresistible, lo convirtieron en un mito en vida; un mito, eso sí, casi siempre en el exilio, entre las recónditas montañas de los Alpes, en la tierra franca de Gex, donde residió más de veinte años. Esa constante presencia/ausencia acrecentó si cabe aún más su figura, porque a pesar de que su voz fuera tan potente y arrolladora, casi nadie lo había visto en persona. Era una especie de oráculo, de voz nacida de las telúricas entrañas de la grandiosidad geológica. De algún modo, Voltaire gobernó la opinión de buena parte del si-

glo XVIII: luchó por su libertad, pero también por la de sus paisanos. Porque sabía que una sin la otra no tenía futuro.

VIDA Y PENSAMIENTO

Quiero ser hombre de letras...

No encontrará el lector en esta introducción una biografía al uso. Me parece más oportuno realizar un breve bosquejo de la génesis de las ideas volterianas, del porqué de la rica diversidad de su obra, que sirva como guía para la lectura de esta antología de textos del filósofo. No obstante, para entender sus múltiples intereses es necesario seguir, aunque sea de manera muy sucinta, los distintos avatares por los que pasó, desde sus primeros pasos como poeta hasta esa metamorfosis que lo convirtió en uno de los más temerarios e influyentes filósofos de la historia.

François-Marie Arouet, Voltaire, nació en París en 1694, y desde muy joven tuvo vocación literaria. Casi todos los escritores del siglo XVIII escribieron versos (incluso Jean-Jacques Rousseau y Montesquieu: es el siglo de la «metromanía»), pero su caso es diferente, porque la poesía fue una de sus grandes pasiones: le hizo escritor y le reportó el primer gran éxito con su grandioso poema sobre las gestas de Enrique IV, que tituló *La Henriada*. Voltaire «nació» poeta, tenía ese don para encontrar el tono, para acertar la rima, para elegir el tema («En el teatro el mérito estriba en dirigir bien y en escribir bien; pero la felicidad reside en la elección del tema», dice en uno de sus epigramas).[3] En suma, una facilidad que se le manifestó desde muy joven, que decantó su trayectoria profesional y que le alejó de la ruta preparada por su padre, tesorero de la Cámara de Cuentas de París, el cual le había buscado un cómodo puesto de trabajo en el Parlamento. «Quiero ser hombre de letras», le confesó a su pasmado progenitor, y como escribe Jean-Baptiste Hope,[4] su padre se opuso de inmediato a que su hijo «fuese un inútil para la sociedad». La escritura, desde muy joven, le obligó a tener que elegir, y a tener que luchar por mantener esa elección: una decisión difícil que contrarió profundamente a su

[3] Voltaire, *Le sottisier, suivi des Remarques sur le Discours sur l'Inegalité des conditions et sur le Contrat social*, París, Librairie Garnier Frères, s. a., pág. 275.
[4] J.-B. Hope, *Voltaire poète*, París, Paul Paclot et Cie, pág. 17.

familia y que le alejó también de su hermano mayor, Armand Arouet, seguidor de la doctrina jansenista, al que acabó llamando El Fanático. Si su madre no hubiera muerto cuando tenía siete años, quizá su pasión por la poesía hubiese tenido algún protector, alguna voz próxima y amiga; pero en sus inicios literarios Voltaire no tuvo ningún apoyo de su entorno, ni tan siquiera de su hermana Marguerite-Catherine: se «forjó» a sí mismo desde el principio.

Y aun así, qué tenacidad. Nadie podrá negarle su perseverancia, su valentía. Nunca dudó de su destino, de su vocación. Quizá no fue muy feliz, quizá si hubiese seguido los sensatos pasos marcados por su padre hubiera tenido una vida tranquila y confortable, como la de su fiel amigo Charles Augustin Feriol, conde D'Argental. Eligió el arte, y al principio tan sólo el arte. El poeta filósofo, batallador y comprometido del *Discurso en verso sobre el hombre* y del *Poema sobre la ley natural* apareció mucho después. El joven François-Marie Arouet nació poeta *tout court*, con esa prodigiosa capacidad para improvisar versos, para poner la palabra justa, para deslumbrar con su claridad y buen tino. «Los pensamientos de un autor deben entrar en nuestra alma como la luz en nuestros ojos, con placer y sin esfuerzo; y las metáforas deben ser como el cristal, que cubre los objetos pero los deja ver», dice en otro de sus pensamientos.[5] Y su facilidad para la metáfora, para la imagen sugerente, cuando no picante y guasona, deslumbró desde muy pronto a la sociedad dieciochesca, ávida de *bons mots*, de diversión, de ciencia y de arte. El viejo Arouet, no sin razón, se lamentaba de su progenie: «Tengo dos locos por hijos, uno en prosa y el otro en verso».[6]

El primer Voltaire es un buen versificador, un «metrónomo» aventajado, con ganas de vivir la vida, de enamorar y de triunfar: el literato de gusto más elegante por naturaleza, escribe Charles-Augustin Sainte-Beuve.[7] Cuentan que Ninon de Lenclos se quedó prendada de unos versos suyos de cuando tenía once años, y que lo recibió en su casa y le dio un pellizco en la mejilla. «La anciana hada quiso felicitar al joven poeta», explica Jean Orieux,[8] y el jovencísimo poeta prácticamente desde ese instante —desde aquel pellizco má-

[5] Voltaire, *Le sottisier...*, *op. cit.*, pág. 142.

[6] A. Espina, *Voltaire y el siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Júcar, 1974, pág. 55.

[7] C.-A. Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi*, París, Garnier Frères, s. a., t. XIII, pág. 9.

[8] J. Orieux, 1966, pág. 85.

gico de la legendaria escritora— supo cuál era su destino. La poesía, y más concretamente la «bella» literatura: «La que tiene por objeto producir la *belleza*, esto es, la poesía, la elocuencia y la historia», precisa en su *Diccionario filosófico*. François-Marie Arouet escogió la belleza, la elocuencia y la historia, y una vez hubo elegido su camino, lo abandonó todo, incluso se libró de su nombre de pila —que le recordaba a su loco hermano— y creó aquel epíteto de batalla que es «Voltaire», acrónimo de Arouet L. J. (Arouet L[e] J[eune], y escribiendo V en lugar de U e I en lugar de J). Desde entonces fue su nombre literario, aunque también utilizó otros seudónimos, muchos de ellos burlones e irreverentes, como «Guillaume Vadé», «abate Bigote», «padre Escarbotier», «abate Tamponet», «rabino Akib» o «arzobispo Novogord». Pero la marca literaria, el cuño auténtico, fue ese «Voltaire»: un nombre algo eléctrico, lleno de energía, tan amado como odiado.

A partir de ese momento se convirtió en un habitual de los salones parisinos, y en especial triunfó en el castillo de Sceaux, en «el palacio de las artes y los placeres», donde reinaba la duquesa de Maine. Allí se relacionó con muchos de sus amigos que lo seguirían después en la distancia por sus periplos europeos (Madame du Deffand, el «presidente» Charles-Jean-François Hénault, Madame de Staal...). Allí también empezó a escribir teatro histórico, la conjunción de la poesía y la historia, y se fraguó su *Edipo*, su primer gran éxito teatral, y también algún cuento (*Cosi-Sancta* y *El mozo de cuerda tuerto*). Y al mismo tiempo, como anota René Pomeau,[9] fue igualmente allí donde «su causticidad natural le reportó sus primeros enemigos». Unos enemigos que, en muchos casos, también lo acompañaron toda su vida.

El siglo XIX fue particularmente antivolteriano, y escritores como los hermanos Edmond y Jules de Goncourt, Victor Hugo o el propio Joseph Joubert le dedicaron duros reproches, en especial a esa «causticidad natural», a ese carácter satírico, a ese famoso *rire de Voltaire*. Alguien ha dicho que Voltaire hubiera vendido el alma al diablo por una idea ingeniosa, y quizá no iba muy desencaminado. Era deslenguado, ingenioso, ocurrente y —como suele suceder con quien con tanta facilidad pergeña frases, motes y pareados— muy imprudente. Esa falta de precaución le reportó problemas toda la vida: con veintidós años, unos escritos satíricos sobre los amores incestuosos del Re-

[9] R. Pomeau, 1985-1995, t. 1, pág. 68.

gente le supusieron once meses de reclusión en la cárcel de la Bastilla,[10] y al parecer durante ese encierro compuso *La Henriada*. En otra ocasión, ante la divina Adrienne Lecouvreur, el caballero Rohan-Chabot, sin duda para lucirse ante la actriz, ridiculizó al poeta diciendo que había que desconfiar de alguien que portase dos nombres (Arouet y Voltaire). El poeta, veloz como un rayo, replicó con una de sus ocurrencias más memorables: «Señor, yo comienzo mi nombre, mientras que vos acabáis el vuestro». Unos días después, el caballero Rohan-Chabot contrató a unos matones para que apalearan en un callejón al lenguaraz versificador. Nadie salió en su defensa, y por más que reclamó justicia, todo el mundo miró hacia otro lado. Ante la gran aristocracia, un poeta —por muy divertido que fuese— tenía la batalla perdida. Que hubiese sido apaleado aquel así llamado Voltaire causaba un cierto regocijo general entre tanto nombre venido a menos. El príncipe de Conti se permitió una ocurrencia: «Esos golpes han sido bien recibidos y mal dados», y por París circuló que mientras zurraban al poeta, el caballero Rohan-Chabot gritaba desde la carroza: «¡No le golpeéis en la cabeza!». Ser burlador burlado lo enfureció si cabe aún más, y buscó por París al caballero Rohan-Chabot para batirse en duelo, con espada o pistola. Su falta, escribe Pierre Lepape, es haber creído que su talento sería suficiente para hacer de él un igual a los que lo aplaudían.[11] Aquel joven poeta exaltado fue de nuevo encerrado en la Bastilla, esta vez quince días, los suficientes para que se calmase. Salió con la condición de que pasase un tiempo en el exilio. «Nadie es profeta en su tierra», escribió azorado a sus amigos, y emprendió el camino a Inglaterra.

Como advierte André Maurois, Voltaire tenía más coraje mental que físico, y de haberse batido con el caballero Rohan, seguramente la literatura no habría conocido su *Cándido*. Quién sabe cuántos grandes escritores han malogrado una brillante carrera por una vulgar cuestión de ardor guerrero. Voltaire tuvo mayor fortuna y cruzó el canal de la Mancha temblando de pies a cabeza como un profeta y jurando vengarse pronto. Sin embargo, aquéllos fueron los años de aprendizaje y de andanzas que necesita todo creador, el humus fecundo que ha atemperado a tantos genios, desde Johann Wolfgang von Goethe a Charles Darwin. A veces el destino no es tan aciago como parece, como el mismo Voltaire reconoce en el *Diccionario filosófico*: «Otros

---

[10] R. Peyrefitte, 1985, vol. 1, pág. 291.
[11] P. Lepape, 1994, pág. 13.

imbéciles, que pretenden no serlo, dicen: "El hombre prudente construye su propio destino". Pero el prudente sucumbe a menudo ante su destino, lejos de alcanzarlo. Es el destino quien hace a los prudentes». Y la obra de Voltaire va íntimamente unida a su destino.

Un tal Voltaire en Inglaterra

Voltaire tenía treinta y dos años cuando llegó a Inglaterra. Llevaba consigo el manuscrito de *La Henriada* y buscaba un editor con las suficientes ganas para publicar aquel extenso poema de un autor más conocido por sus pleitos que por su obra literaria. A pesar de sus treinta y dos años, no columbraba ningún nuevo éxito; en realidad, llevaba camino de convertirse en lo que su padre le había vaticinado: un inútil para la sociedad. Roger Pearson[12] escribe que Inglaterra representaba la felicidad para un joven francés, pero no explica de manera convincente los motivos. El país británico era del todo exótico para el poeta, que desconocía la lengua (tuvo que aprenderla en pocas semanas) y que no tenía grandes amigos, a pesar de que Lord Bolingbroke —uno de los miembros de una de las familias más ilustres de Inglaterra y al que había conocido cuando éste visitó París— lo recibió con cordialidad y le abrió las puertas de su casa (donde conoció a Alexander Pope y quizá también a Jonathan Swift). Aun así, el poeta debió de sentirse muy solo y puso todo su empeño en caer bien, en divertir, en no ofender a nadie, en ser lo más prudente posible. Llevado por su fervoroso agradecimiento, quiso dedicar *La Henriada* a Lord Bolingbroke, que se negó con cierta aprensión y que se deshizo del solícito y lisonjero poeta con una cita de Cicerón: «Temo la alabanza porque temo el ridículo». En su soledad inglesa, con aquel manuscrito bajo el brazo que nadie acababa de apadrinar, llegó incluso a escribir una carta de reconciliación a su hermano jansenista. Jean-Claude Bologne[13] recrea ingeniosamente en una novela la vida del pío Armand Arouet, en aquellos años poseído por los milagros del cementerio de Saint-Médard, y que no dispuso de tiempo ni de ganas para contestar al infeliz expatriado. En vano esperó Voltaire una respuesta del abate Arouet.

---

[12] R. Pearson, *Voltaire Almighty. A life in pursuit of freedom*, Londres, Bloomsbury, 2005.

[13] J.-C. Bologne, *Le frère à la bague*, París, Éditions du Rocher, 1999.

No obstante, era en el campo de la filosofía donde Voltaire más podía aprender: la filosofía inglesa siempre ha mostrado, desde Isaac Newton, Francis Bacon y John Locke, una predilección por el método experimental, siempre se ha decantado más por los hechos que por las grandiosas elucubraciones metafísicas, se ha atado a la experiencia, a los resultados concretos, y se ha ceñido al análisis del espíritu humano y a la historia de las ideas. Quizá sin el viaje a Inglaterra Voltaire no habría descubierto a Newton, o al menos no lo habría estudiado con tanto detenimiento y atención. El «nacido» poeta se formó y transformó poco a poco en filósofo; se maravilló de que una sola ley —la de la gravitación—pudiese explicar el movimiento de los astros, la caída de los cuerpos, el misterio de las mareas, el curso de los ríos... Y cuando murió Newton, el poeta asistió a las exequias de aquel genio y comprobó el gran respeto que inspiraba, y cómo todo Londres asistía al sepelio en la abadía reservada a las sepulturas reales. Qué pueblo más civilizado, debió pensar. Aquí no se persigue a los creadores, no se apalea a los poetas, al contrario, reposan junto a los reyes. Orieux se divierte por tamaño descubrimiento: «Me detengo cerca de Greenwich en la orilla del Támesis, ese río que nunca se desborda... —escribe Voltaire en una carta—. Oh, qué río tan sabio que debería avergonzar a todos los ríos de Francia...».[14] Pronto todo lo inglés fue maravilloso, y por ende todo lo francés resultaba groseramente antiguo y absurdo: Voltaire se transformó en un entusiasta de la cultura inglesa y llevó su anglomanía a escribir a sus colegas franceses en inglés (incluso el Poeta de Francia pensó en abandonar el francés), a vestir a la inglesa, a tomar té, a traducir a William Shakespeare, a leer a Samuel Richardson, a defender el comercio inglés, la bolsa, el gobierno, equilibrado por las dos Cámaras y con el rey «todopoderoso para hacer el bien, [...] las manos atadas para hacer el mal». Estudió a fondo la historia del país y comprobó que nada jamás es dado y que la libertad se gana y se defiende. Para ser libre hay que librar batalla. A Madame du Deffand le escribió más tarde: «Los ingleses son hombres, y los franceses unos críos». Y a Étienne Noël Damilaville: «Ojalá imitemos a los ingleses, que son desde hace cien años el pueblo más sabio y más libre de la tierra».

Sin Inglaterra, quizás el autor de *La Henriada* no hubiera encontrado unos materiales tan sólidos para edificar su gloria: los puntales de su fama fueron John Locke, Isaac Newton, Alexander Pope, John

[14] J. Orieux, 1966, pág. 207.

Milton, Joseph Addison, Jonathan Swift, incluso William Shakespeare (al que no había leído hasta su llegada a Londres). Supo hacer suyo el progreso que significaba Newton frente a René Descartes («Descartes hacía ciencia como quien hace una novela: todo era verosímil pero nada verdadero» decía, siempre buscándose problemas); los descubrimientos del científico inglés sobre óptica y física lo apasionaron, porque «como Cristóbal Colón, nos descubren un mundo nuevo». Se transformó en un estudioso de su obra, y sobre todo en su divulgador, en su Homero. Trabajó sin descanso, relacionándose con las personas más influyentes: con Pope (de quien tradujo unos versos), con John Gay (autor de la célebre *Beggar's Opera*), con Lady Montagu (famosa por sus cartas de Constantinopla), con Lord Chesterfield, con Swift, de quien leyó *Los viajes de Gulliver* y en quien se inspiró para su *Micromegas*. Y mientras tanto buscaba suscriptores para la publicación de *La Henriada*; incluso se especula que, introducido por Lord Chesterfield, asistió a alguna reunión de masones.

Tanta actividad acabó debilitándolo: su cuerpo enfermizo *(malingre)* no soportaba bien el clima inglés. Caía enfermo con frecuencia, en algunos casos de gravedad («malade à mourir», escribe en sus cartas), y en Inglaterra se acentuó toda la nosografía característica al autor: ese constante temor a una muerte prematura que lo persiguió toda la vida. Muchas de sus cartas a los colegas franceses son quejumbrosas y patéticas; como señala Pomeau, Voltaire jamás había escrito en ese tono, en el que expresaba con tanta viveza la debilidad del hombre. En una emotiva carta de despedida le confiesa a Mademoiselle Bessière, una amiga de la familia:

> He cometido muchas faltas a lo largo de mi vida. Las melancolías y los dolores que han llenado todos los días de mi vida han sido a menudo mi obra. Siento lo poco que valgo: mis debilidades me producen lástima y mis faltas hastío.[15]

Jean Starobinski, en su ensayo *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, critica a los exegetas que buscan una relación entre la salud y la obra de un autor:

> Algunos «patógrafos» cayeron en esta ingenuidad: para ellos Baudelaire se explica por la sífilis, Chopin por la tuberculosis, El Greco por el astig-

[15] R. Pomeau, 1969, pág. 122.

matismo. Admirable nivelación. Nos viene a la mente de la forma más natural una pregunta: ¿por qué no tienen genio todos los enfermos?[16]

Y evidentemente, con Voltaire se corre el riesgo de caer en la «patografía» más grosera. Se podría escribir un largo ensayo sobre Voltaire y los médicos, sobre Voltaire y las enfermedades (las tenía contadas: cuarenta y dos), sobre Voltaire y la automedicación, y sobre muchos otros temas relacionados con la salud (su pasión por el ruibarbo y sus efectos purgantes, que le hacía intercambiar atinados consejos con Madame du Deffand). Su lema preferido al respecto era: «Más vale régimen que medicina».[17] Sin embargo, es significativa esa declaración de que «los dolores que han llenado todos los días de mi vida han sido mi obra», y esa constante sensación de estar siempre a un paso de la muerte sin duda espoleó su trabajo. Si Crébillon dedicó treinta años a acabar *Catilina*, o Goethe otros tantos a rematar *Fausto* (ese proceso creativo en el que se alternan los momentos inspirados con largos períodos de inactividad y abulia), Voltaire siempre tuvo prisa, y sus trabajos más voluminosos, como el *Diccionario filosófico*, están hechos de fragmentos, de breves ensayos. Era un autor de distancias cortas, de pequeñas obras, e incluso sus ensayos históricos evitan el largo y paciente trabajo erudito: es más un divulgador de la historia que un historiador propiamente dicho. Sus detractores aprovecharon esa precipitación para criticarlo y a veces ridiculizarlo; en sus textos se descubren algunas malinterpretaciones y patinazos, y el abate Nonnotte recopilaría todas sus erratas en *Los errores de Voltaire*, un ensayo de más de mil páginas. Por tanto, con estos mimbres (y ese lamento de «siento lo poco que valgo») resulta extraordinario que cuando Pierre Augustin de Beaumarchais reunió todas sus obras —y las publicó en la localidad de Kehl, en su Imprimerie de la Société Littéraire Typographique— éstas ocuparan setenta volúmenes. No es descabellado preguntarse si un Voltaire sano hubiera escrito (y publicado) tanto.

Otra de las características proverbiales de la nosografía volteriana fue su capacidad de resurrección. Cuando todo el mundo lo daba por muerto —incluso él, como hemos visto—, de pronto recuperaba la salud y, con la premura del que teme volver a enfermar, llevaba al

[16] J. Starobinski, *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, Madrid, Taurus, 1983.

[17] P. Picca, *Medici e medicine di Voltaire*, Roma, Fabbrica Romana Prodotti Chimici, 1938.

editor sus últimos trabajos. A su vuelta a Francia, tras dos años en el exilio, entregó a su impresor las *Cartas filosóficas* (también conocidas como *Cartas inglesas*), en las que exponía su entusiasta visión del país vecino. Es su primer paso en un nuevo camino, peligroso, exigente, lleno de futuro, y también el primer tanteo con lo que conformó su nuevo estilo: una prosa escueta, clara y viva, unida a un contenido alarmantemente provocador. Aquello no era Rabelais, no era Montaigne, no era Pascal... Nicolas de Condorcet, en la *Vida de Voltaire*,[18] reconoce que «esta obra fue para nosotros el inicio de una revolución». Era algo totalmente nuevo, que suscitó de inmediato la admiración de sus colegas literatos y, por contrapartida, la contundente respuesta de la autoridad, ofendida desde todos los flancos: el político, el religioso, el científico, el comercial... En sus cartas Voltaire carga contra la Iglesia, contra la forma de gobierno, contra Descartes y contra Pascal, contra los aranceles que lastran la actividad comercial, contra el despilfarro nacional. Defiende la libertad religiosa e ideológica, y acusa al cristianismo de generar fanatismo... Las «cartas diabólicas»: así fueron conocidas entre los jansenistas.[19] Voltaire literalmente no dejaba títere con cabeza, por lo que el escándalo fue inmediato y la sanción brutal: el libro fue quemado, su editor encarcelado y el autor tuvo que salir del país para no correr la misma suerte. Aunque esta vez no viajó solo: lo acompañaba su nueva amante, la marquesa Du Châtelet. De nuevo, el destino hizo de él un hombre prudente. A Voltaire le esperaban sus años más felices.

Amores filosóficos

Nancy Mitford, en su conocido libro *Voltaire in Love*,[20] acuña el término «amores filosóficos». Ese «Voltaire enamorado» es divertido en sí, es algo así como una *contradictio in terminis*: cuesta imaginarse al filósofo saltarín y desenfadado abocado a las trémulas exigencias del galanteo amoroso. No obstante, la marquesa Du Châtelet tuvo sus precedentes, y por la vida de Voltaire pasaron antes la inconstante Pimpette, la amable Bernières, la infiel Livry (que lo abandonó durante su primer encierro en la Bastilla; como por cierto también le

[18] N. de Condorcet, *Vie de Voltaire*, Londres, 1791, pág. 46.
[19] J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseau, 1995, pág. 838.
[20] N. Mitford, 1959, pág. 59.

ocurriera a Denis Diderot con Madame Puisieux, que lo dejó cuando lo enviaron a Vincennes) y la voluptuosa Rupelmonde. Voltaire tenía cuarenta años, y «la sublime Émilie», veintiocho, pero con tres hijos a cuestas. El marqués Du Châtelet aceptó de buen grado aquella relación de su esposa con el polémico poeta, e incluso facilitó que el exiliado se estableciese en su castillo de Cirey, en los confines de Champagne. Como escribía Voltaire, la diosa Émilie estaba casada con «un mortal», y el buen marqués permitió —sin hacer ninguna escena— que la pareja de amantes, que con el tiempo se convertiría en una de las más míticas de la historia, se estableciese tranquilamente en sus tierras, que desarrollase sus inquietudes intelectuales y, en definitiva, que fuese feliz.

Elisabeth Badinter ha escrito un bello ensayo titulado *Émilie, Émilie ou l'ambition féminine au XVIIIe siècle.*[21] De algún modo, la marquesa se sitúa en el vértice de la ambición femenina del siglo XVIII y culmina esa nómina de nombres ilustres que arranca desde el siglo XVII: Madame de Sévigné, Madame de Lafayette, Madame de Lambert, Madame du Deffand, Mademoiselle Lespinasse, Madame d'Épinay, Madame Houdetot, Madame Necker, Madame Geoffrin... Como explicaba Voltaire a todo el mundo, su musa se sabía de memoria a Horacio, Virgilio y Lucrecio, y también le resultaban familiares Torquato Tasso, John Milton y John Locke. Pero sobre todo destacaba en las matemáticas, y había recibido lecciones científicas de Alexis Claude Clairaut, Pierre-Louis Moreau de Maupertuis y Johann Samuel Koenig. Con Maupertuis mantuvo un escarceo amoroso, y eso —como más adelante se explicará— jamás se lo perdonó el autor de *Cándido* al voluptuoso instructor. En aquel momento Maupertuis era uno de los matemáticos más famosos de Francia, y había alcanzado la celebridad por haber dirigido una expedición a Laponia para medir el meridiano terrestre y comprobar la predicción newtoniana de que la Tierra se achataba por los polos. Voltaire lo llamaba, con verdadero entusiasmo, el «achatador de la Tierra», y le dedicó unos versos que el matemático hizo imprimir en sus obras, junto a su grabado, en el que aparece convenientemente vestido de lapón.

En cualquier caso, Voltaire siempre apoyó la curiosidad intelectual de su amante y la animó a perseverar en el estudio, además de convertirse en el mayor divulgador de sus logros intelectuales. La divina Émilie despertó todas las envidias, no sólo entre los hombres

[21] E. Badinter, 1983.

—que asistían con incredulidad al hecho sorprendente de que una mujer rivalizase con ellos en temas como la física o la filosofía (el propio Immanuel Kant escribió palabras mordaces: «Una mujer que conduce estudiadas controversias sobre la mecánica como la Marquise de Chatelier [sic] necesariamente debe ser una barbuda»)—,[22] sino principalmente entre las mujeres, que sintieron celos de aquella mujer tan sabia que no dudaba en mostrar y demostrar su talento siempre que le era posible, y que atraía a tantos filósofos y poetas que disfrutaban con el fragor de la discusión. Madame du Deffand popularizó una cruel e injusta, y claramente envidiosa, descripción:

> Imaginaos una mujer grande y seca, la cara chupada, la nariz puntiaguda, de pequeños ojos verde mar, sin caderas, con poco pecho, con gruesos brazos, pies enormes. [...] Sin talento, sin memoria, sin gusto, sin imaginación, se ha hecho geómetra para parecer por encima de las demás mujeres.[23]

Pero pronto Voltaire se convirtió en su valedor, en algo así como en su guardaespaldas literario, y quien vilipendiase a su marquesa, a su bella y divina Urania, se las tendría que ver con su afilada pluma. Como escribe Badinter, el filósofo luchó por la igualdad del género femenino, e incluso estaba convencido de la superioridad de éste, y en la dedicatoria de *Alzira o los americanos* aprovechó para saldar cuentas con los misóginos de siglos pasados, entre ellos Molière, el autor de *Las mujeres sabias*. Badinter habla de Voltaire como un autor *feminista*;[24] quizá la apreciación sea algo exagerada, o simplemente anacrónica, pero lo que es cierto es la espontánea estima que recibió de muchas mujeres cultivadas, desde Madame du Deffand a Madame de Pompadour. Era un buen confidente, y su mirada comprensiva y alentadora le reportó mucha gratitud: entre sus numerosos enemigos los hubo muy pocos del sexo femenino.

Y allí, en un rincón del mundo a menudo aislado por la nieve y a seis días de viaje de París, «las divinidades de Cirey» se libraron apasionadamente al estudio, con el secreto deseo de convertir el

---

[22] I. Kant, «Observations on the feeling for the beautiful and sublime», en *Kant* [ed. de G. Rabel], Oxford, Clarendon Press, 1963, págs. 61-63.

[23] R. Peyrefitte, 1992, vol. 1, pág. 19.

[24] E. Badinter, 1983, pág. 255.

mundo entero al newtonianismo. El mito de Voltaire se agranda por esta relación quintaesenciada del trabajo intelectual: el retiro del sabio, acompañado por su amante, que lo interpela, que lo apostilla, con la que mantiene acaloradas discusiones intelectuales, y donde el conocimiento es uno, donde confluyen todas las disciplinas, la literatura, las matemáticas, la física, el teatro, la historia natural... «Cultivábamos todas las artes», dice con entusiasmo en sus memorias. Voltaire trabajó de manera equilibrada todos los campos, y posiblemente fue el filósofo del siglo que mejor llegó a conocer la ciencia y la literatura de su tiempo. A su parecer era necesario cultivar las dos culturas de manera simultánea: «Ningún arte, ninguna ciencia, tiene que estar de moda. Es necesario que convivan juntos; es necesario que se cultiven juntos en todo momento», escribía a Cideville. De esta suerte, Voltaire también criticaba a los filósofos que, como Bernard le Bovier de Fontenelle, creían en la superioridad de las ciencias. Hay en su formación el ideal humanista del *uomo universale*, atento a todo el saber.

La marquesa Du Châtelet, la Minerva de Francia, fue el catalizador del estudio y del retiro, y sin duda todos aquellos años dedicados al trabajo acabaron por aplomar su carácter, o al menos consiguió vencer o sobrepujar esa mala estrella que lo abocaba a la facilidad. A veces las exigencias de su amante lo asfixiaban y se quejaba, resignado:

> Reconozco que es una tirana
> Hay que, para hacerle la corte,
> Hablarle de metafísica
> Cuando desearíamos hacerlo de amor.[25]

De nuevo podemos preguntarnos qué habría sido de la obra volteriana sin su amante, si el Voltaire que conocemos —esa riqueza de pensamiento y obra— habría sido tan pletórico sin ese encuentro con la distinguida matemática. Hay pocas parejas en la historia de la literatura tan fructíferas y famosas como el dúo Voltaire-Émilie; quizá tan sólo la de Madame de Staël y Benjamin Constant, o la de Frédéric Chopin y George Sand, podrían competir en fama. Fruto de Cirey fue la publicación de los *Elementos de la filosofía de Newton*, con el

---

[25] *J'avouerai qu'elle est tyrannique / Il faut, pour lui faire la cour, / Lui parler de métaphysique / Quand on voudrait lui parler d'amour.*

subtítulo, añadido por su editor: «Puestos al alcance de todos» *(Mis à la portée de tout le monde)*. En esta obra demostraba su profundo conocimiento de la filosofía de Newton, las largas horas dedicadas a su estudio, bajo la vigilante mirada de su amada, que a su vez poco después publicaría *Instituciones de física*, un concienzudo tratado sobre la filosofía de Newton y de Leibniz. Cuando apareció el libro de Voltaire sobre Newton, el *Journal de Trévoux* publicó esta nota:

> Era un secreto que corría de boca en boca, pero accesible tan sólo para los entendidos. M. de Voltaire apareció y de pronto Newton es entendido o va en camino de serlo, por todo París resuena el nombre de Newton, todo París chapurrea Newton, todo París estudia y aprende Newton.[26]

Qué gloria para Newton ese «Voltaire apareció y de pronto»... Y qué gloria para Voltaire ser su pregonero. El poeta de *La Henriada* se transformó en el gran divulgador de la obra newtoniana, e incluso la famosa y sin duda apócrifa anécdota de la caída de la manzana que inspiró la teoría gravitatoria fue popularizada por el poeta en sus *Cartas inglesas*:

> Habiéndose retirado en 1666 al campo, cerca de Cambridge, un día que se paseaba por su jardín y que veía caer los frutos de un árbol, se dejó arrastrar a una meditación profunda sobre esa gravedad de la que todos los filósofos han buscado durante tanto tiempo la causa en vano, y en la que el vulgo ni siquiera sospecha misterio alguno.[27]

Como comenta algo enfadado Richard S. Westfall, el mayor biógrafo del científico inglés, Newton no necesitaba de aquel fruto —aquella manzana, que incluso en algunas versiones del siglo XIX golpea la cabeza del pensador— para gestar su teoría. «La historia vulgariza la gravitación universal al presentarla como una idea que surgió de forma brillante.»[28] Y lleva algo de razón, porque estas súbitas revelaciones (que se concretan en el paradigmático «¡Eureka!» de Arquímedes) son ejemplos trucados que esconden —o al menos banali-

[26] F. Charbonneau, *L'art d'écrire la science. Anthologie de textes savants du XVIIIe siècle français*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006, pág. 153.

[27] J. Gleick, *Isaac Newton* [trad. de A. Puigròs], Barcelona, RBA, 2003, pág. 193.

[28] R. S. Westfall, *Never at rest: a biography of Isaac Newton*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, pág. 155.

zan— el hecho de que tras la iluminación hay toda una larga vida de estudio. Aun así, como escribe Fernando Savater, Voltaire añadió una tercera manzana a las dos ya célebres de la historia: la de Eva y la que motivó el juicio de Paris.[29]

Pero Voltaire, con tal de divulgar la obra de Newton estaba dispuesto a popularizar todo tipo de leyendas, fueran o no del todo ciertas. Su cruzada no sólo fue newtoniana, sino anticartesiana, y los seguidores del *Discurso del método* también recibieron sus saetas envenenadas. El más famoso sin duda fue Bernard de Fontenelle, que a pesar de vivir casi cien años no «se pudo desembarazar de su cartesianismo»[30] y que Voltaire ridiculizó cruelmente en *Micromegas*. La antipatía era mutua: el secretario perpetuo de la Academia Francesa, al ver el trabajo de Voltaire sobre Newton comentó malévolamente que le hubieran venido muy bien dos o tres años más de estudio antes de ponerlo «à la portée de tout le monde». Aunque *Micromegas* se publicó en 1752, su primera concepción arranca de aquellos años de Cirey, como tan bien ha estudiado Ira O. Wade.[31] Voltaire replicó con esta historia —su primer cuento largo, que sería la génesis de sus siguientes historias, como *Zadig, o el Destino* o el propio *Cándido*— a su adversario cartesiano; con una historia filosófica que, al decir de Wade, es la fusión de la ciencia y del arte.

Conviene hacer un breve apunte biográfico sobre Fontenelle para valorar mejor la magnitud del ataque volteriano. Fontenelle era un científico notable pero un escritor de escaso éxito: su obra teatral *Aspar* fue un fracaso tan estrepitoso que, según Jean Racine, llevó al público a inventar los silbidos. Como consecuencia de este *échec* tan humillante se retiró a Rouen, su ciudad natal, donde escribió los *Coloquios sobre la pluralidad de los mundos*, la *Historia de los oráculos* y la *Digresión sobre los antiguos y los modernos.* En 1691, gracias al éxito de estas obras, fue elegido miembro de la Academia Francesa, y en poco tiempo fue nombrado su secretario, lo que le obligó a realizar el elogio de los académicos muertos a lo largo de su cargo, que llegaron a ser... ¡sesenta y nueve! Sus contemporáneos decían con ironía que el cargo de secretario «perpetuo» se lo había tomado al pie de la letra.

---

[29] F. Savater, *El jardín de las dudas*, Barcelona, Planeta, 1993, pág. 64.

[30] J. de Viguerie, *Histoire et dictionnaire du temps des Lumières*, París, Éditions Robert Laffont, 1995, pág. 992.

[31] I. O. Wade, 1950, págs. 12-37.

En *Micromegas* —la historia de un habitante de Sirius de treinta y dos kilómetros de alto que viaja por el cosmos, con su enano acompañante de Saturno, de dos kilómetros de altura— Voltaire ridiculizó al todopoderoso secretario en la figura del enano acompañante, secretario a su vez de la Academia de Saturno: «Hombre de mucho ingenio, que en verdad no había inventado nada pero que daba muy buena cuenta de las invenciones de los demás, y hacía pasablemente pequeños versos y grandes cálculos». Pero el golpe más agrio seguramente es la parodia que hace de la amante del hombrecillo de Saturno, aquella «preciosa morenita que sólo medía seiscientas sesenta toesas, pero que compensaba con muchos encantos la pequeñez de su estatura», y que tras haberse desmayado por la partida del secretario «fue a consolarse con un petimetre del país». Niderst[32] ve una mofa y una rechifla clara de los amores de Fontenelle con Madame de la Mésangère, de la huida del secretario y del matrimonio de ésta con Charles de Nocé, un hombre de mala reputación.

¿Por qué no publicó el cuento hasta mucho después? ¿Tuvo algo que ver Émilie? No es posible saberlo, pero como explica Badinter, su amiga matemática le evitaba muchos pleitos inútiles: «Voltaire no es tan sólo un verdadero hipocondríaco que se cree siempre a un paso de la muerte, es también un gran imprudente que arriesga inútilmente su salud y su tranquilidad».[33] Émilie le recetaba prudencia, actuaba como una madre con un alocado e irresponsable hijo que no sale nunca del atolladero: estudiemos, vivamos, seamos felices, le recomendaba. En su *Discurso sobre la felicidad*, escrito durante aquellos años de paz seráfica y bucólica en Cirey, la marquesa exponía su filosofía de la vida en uno de los textos más emotivos y representativos del siglo XVIII:

> Tratemos pues de conservar la salud, de no tener prejuicios, de tener pasiones, de hacer que contribuyan a nuestra felicidad, de sustituir nuestras pasiones por inclinaciones, de conservar celosamente nuestras ilusiones, de ser virtuosos, de no arrepentirnos jamás, de alejar de nosotros las ideas tristes y de no permitir nunca a nuestro corazón que conserve una chispa de inclinación por alguien cuya inclinación disminuye y que nos deja de amar. [...] En fin, pensemos en cultivar la inclinación hacia el estudio, una inclinación que hace que nuestra felicidad

[32] A. Niderst, *Fontenelle*, París, Plon, 1991.

[33] E. Badinter, 1983, pág. 259.

> dependa únicamente de nosotros mismos. Preservémonos de la ambición y, sobre todo, sepamos bien lo que queremos ser; decidamos el camino que queremos tomar para pasar nuestra vida y tratemos de sembrarlo de flores.[34]

«Sepamos bien lo que queremos ser...» El inquieto Voltaire debía quedarse admirado ante el buen juicio de su amante. ¿Qué quería ser él? ¿Filósofo o poeta? ¿Racine o Pascal? Tenía la facilidad de la escritura, pero le faltaba la perseverancia del erudito. A Émilie había que hablarle de metafísica cuando se desearía hablarle de amor... «Decidamos el camino que queremos tomar para pasar nuestra vida y tratemos de sembrarlo de flores», le recomendaba encarecidamente su Minerva. Hay que evitar los esfuerzos vanos, las polémicas innecesarias que no conducen a nada, hay que concentrarse tan sólo en el estudio y en amar: estudiar y amar, he aquí el credo de la marquesa. Y Voltaire guardó su ácido cuento antifonteneliano. Hasta que la vida truncó sus planes y el poeta desempolvó su arma de guerra.

Duelo de poetas

Jean de Viguerie lo advierte con acierto: «Sin embargo, fue ella quien lo traicionó».[35] Madame du Châtelet se enamoró del poeta Jean-François de Saint-Lambert, autor de un poemilla amable titulado *Las estaciones*. Voltaire los sorprendió en plena «inclinación» amorosa y, en un arrebato, casi estranguló al galante marqués. «Después se calma y acepta el *ménage à trois* (a cuatro con el marido)», apostilla Viguerie. Este episodio de la vida de Voltaire ha producido páginas divertidas entre sus biógrafos: la reflexiva autora del *Discurso sobre la felicidad* dejándose seducir por aquel apuesto poetastro, ante la estupefacción y el furor del Poeta de Francia.

La vida de Voltaire ha sido convenientemente biografiada, desde los ocho volúmenes de Gustave Desnoiresterres *(Voltaire y la sociedad francesa del siglo XVIII)* hasta la fundamental obra coordinada por Pomeau *(Voltaire y su tiempo)*. Por consiguiente, biografiar al que ha

---

[34] Madame du Châtelet, *Discurso sobre la felicidad* [edición de I. Morant y traducción de A. Martorell], Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, 1996, pág. 118.

[35] J. de Viguerie, 1995, pág. 827.

sido ya más que suficientemente biografiado es un trabajo baladí, si no fuera porque cada año aparecen más datos sobre su vida, algunos del todo inesperados, que redibujan —cuando no desdicen en parte— algunos de los episodios volterianos. En sus memorias —que no se atrevió a publicar en vida—, Voltaire pasó muy por encima de los últimos meses vividos con la marquesa. De pronto nos encontramos con esta frase: «La señora Du Châtelet murió en el palacio de Stanislas después de dos días de enfermedad». El historiador que es Voltaire no explica qué enfermedad se llevó a su Minerva, sino que más bien intenta ocultar un suceso inesperado y doloroso que lo traumatizó profundamente: «Estábamos todos tan turbados que a nadie se nos ocurrió llamar a cura o jesuita alguno para que administrase el sacramento. No sufrió los horrores de la muerte; sólo nosotros los sentimos». Agustín Izquierdo, en la anotada edición española, se ve en la necesidad de iluminar al lector sobre un suceso tan grave y doloroso con una nota que resulta tan esclarecedora como alarmante:

> En Lunéville la señora Du Châtelet concibió un amor violento por el marqués de Saint-Lambert, capitán del ejército, diez años más joven que ella. Voltaire montó una escena de celos cuando sorprendió a los nuevos amantes juntos en el sofá, aunque pronto se apaciguó y escribió a Saint-Lambert una amable carta. En enero de 1749, la marquesa descubrió que estaba embarazada. Llamaron a Cirey al marqués Du Châtelet —que no se había acostado con su mujer desde hacía más de diez años— para poder endosarle al niño. La marquesa dio a luz el 4 de septiembre, y murió una semana más tarde.[36]

Esta historia entraría dentro de una trama de Molière, incluso en una escena de *Las mujeres sabias*, si no fuera por el dramático final. Parece ser que la marquesa sedujo a su marido nada más llegar a Cirey, y que un mes después le anunció la buena nueva. Y como decíamos, los biógrafos de Voltaire no han podido dejar de ironizar sobre el pobre marqués, siempre tan bien predispuesto, «cargado de parabienes por su próxima paternidad»,[37] el feliz padre entusiasmado con aquel hijo que no se esperaba y anunciándolo a todos los amigos,[38] el exultante guerrero quincuagenario victorioso en su hom-

[36] Voltaire, *Memorias...*, 1994, pág. 120.
[37] A. Bellessort, 1950, pág. 151.
[38] J. Bertaut, *Voltaire*, Société des Éditions Louis-Michaud, s. a., pág. 75.

bría.[39] Como bien dice Roger Peyrefitte, ésta fue la mejor de todas las comedias de Voltaire.[40]

¿Por qué consintió aquella farsa? Sin duda por cariño a su amante, por sacarla de aquel atolladero. De pronto el poeta es el juicioso, y la reflexiva matemática, la imprudente. En la edición Kehl del *Diccionario filosófico* podemos leer en la voz «adulterio»:

> Plinio el naturalista dice que el cuco pone los huevos en el nido de otras aves; de este modo muchos romanos hacen madres a las mujeres de sus amigos. La comparación no es muy adecuada. De cuco, en francés hemos hecho *cocu*. Pero siguiendo las buenas reglas gramaticales, debería ser el galán el *cocu*, y no el marido engañado.

Claro que, en este caso, ambos —marido y amante— fueron *cocus*... Saint-Lambert no sólo se cruzó en la vida de Voltaire, sino también en la de Jean-Jacques Rousseau, y poco después se convirtió en el amante de Sophie Houdetot, la gran musa rusoniana (una unión que resistió cincuenta y un años, hasta la muerte del poeta, superando el célebre récord de Victor Hugo y Juliette Drouet).[41] Viguerie es muy rotundo en su juicio sobre Saint-Lambert e indica que, sin la publicidad que le hicieron sus amigos *philosophes*, este escritor mediocre apenas sería conocido. Y es cierto que ya nadie lee sus obras, y que sus poemas y cuentos se venden como saldo. No obstante, en la historia de la filosofía desempeñó un papel trascendental en el descalabro de Voltaire y de Rousseau, por otra parte eternos rivales, pero singularmente unidos en la causa de su mal de amores. A veces el azar juega estas malas pasadas: Saint-Lambert —o por decirlo volterianamente, el *cocu* Saint-Lambert— sería un mal escritor, incluso un *parvenu* en la literatura, pero a fuer de sincero, nadie le ganaba como amante. Y eso, en el siglo xviii, no es poco mérito.

¿Qué habría escrito Voltaire sin la muerte de Madame du Châtelet? ¿Cómo alteró su vida? El filósofo y «la dama» —como la llamaba el poeta— se habían ido separando progresivamente, aunque ésta seguía ejerciendo su autoritaria y juiciosa influencia. Seguramente Saint-Lambert era una distracción para Émilie, y la divina pareja sabía lo mucho que podían perder si se separaban. Voltaire, por su

---

39 J. Orieux, 1966, pág. 390.
40 R. Peyrefitte, 1992, vol. ii, pág. 51.
41 R. Trousson, *Jean-Jacques Rousseau*, París, Tallandier, 2003, pág. 342.

parte, había iniciado una aventura con su sobrina Madame Denis (hija de su hermana Marguerite-Catherine), dieciocho años más joven que él y viuda desde hacía dos años. También era un divertimento —o quizá no—: durante mucho tiempo los biógrafos se negaron a aceptar esa relación carnal con su sobrina, que de algún modo afeaba cualquier hagiografía del poeta. No obstante, a finales de los años cincuenta se descubrió un legajo de cartas en el castillo de Hornoy, cerca de Amiens —algunas de ellas escritas en italiano, la *lingua dell'amore*—, que no dejaba duda alguna acerca del tipo de relación mantenida: «Baccio il vostro gentil culo e tutta vezzosa persona...» o «Je vous aimerai toujours et tendrement, jusqu'à ce jour oú la loi de la nature sépare ce que l'amour et la nature ont uni».[42] ¿La autora del *Discurso sobre la felicidad* estaba al tanto de los petrarquianos escarceos de su Homero?

Y no obstante, la muerte de Émilie supuso su hundimiento. Durante esos últimos años Voltaire había recuperado el favor real, se había granjeado la amistad de Madame de Pompadour, había sido recibido en la Academia Francesa y había pasado de tener «mil enemigos con muy poca gloria» a ser de nuevo reclamado en todos los salones de París. No obstante, aun así, su temperamento imprevisible y zumbón siguió causándole problemas en la corte, en la cual nunca llegó a encontrarse cómodo. Durante estos años inició el cuento filosófico *Zadig, o el Destino*: trata la historia de un hombre de Babilonia que lo posee todo para ser feliz (prestigio desde la juventud, belleza y riqueza, altas cualidades morales y anímicas...). Y a pesar de todo es infeliz, porque su existencia se desarrolla como un encadenamiento de hechos fortuitos, de accidentes gratuitos, de causas minúsculas que repercuten sobre él con efectos tan siniestros como inesperados:

> Zadig se encaminó hacia Siria [...] reflexionando sobre el destino que se obstinaba en burlarse de él y en perseguirle. «¡Cómo!, se decía, ¡cuatrocientas onzas de oro por haber visto pasar a una perra!; ¡condenado a ser decapitado por cuatro malos versos en alabanza del rey!; ¡a punto de ser ahorcado porque la reina tenía unas babuchas del color de mi bonete!; ¡reducido a esclavitud por haber socorrido a una mujer a la que pegaban!; ¡y a punto de ser quemado por haber salvado la vida de todas las viudas jóvenes árabes!» (*Zadig*, cap. XIII.)

[42] T. Besterman, 1957.

Como puntualiza Robert Mauzi, con este cuento Voltaire mostraba que la virtud no es recompensada más que muy de tarde en tarde, cuando lo permite la locura de los hombres, más por azar que por otra cosa, y por tanto la ciencia de la felicidad que pretendían muchos filósofos (desde su amante Émilie hasta Maupertuis y el príncipe de Ligne) era del todo imposible, porque no se podía convertir en materia de estudio y conocimiento algo tan sujeto al azar y a la irracionalidad.[43]

En cambio, para Émilie, el amor al estudio era la pasión más necesaria para la felicidad, sobre todo porque era un refugio —un exutorio— en los momentos más dolorosos. Voltaire no osaba contradecirla, pero le parecía muy pobre lenitivo al dolor causado por la absurdidad de este mundo. Mientras escribía *Zadig* (combinación de *Zadoc*, en hebreo «hombre justo», y *sadic*, en árabe «hombre leal y sabio»), no podía conjeturar que apenas dos años después unas causas minúsculas (aquel poeta Saint-Lambert) tendrían un efecto siniestro e inesperado (la muerte de Madame du Châtelet) que significaría el inicio de su deriva personal. El desgraciado Zadig le sirvió al menos para dar salida a toda su filosofía: sus críticas habituales contra la corrupción política, contra la ligereza de los soberanos demasiado sensibles a las adulaciones, contra la Iglesia, contra las mujeres inconstantes y demasiado preocupadas de su apariencia externa, y contra los ricos, gente cruel y avara.

Voltaire acertó en la imposibilidad de una ciencia de la felicidad, pero también hay en su planteamiento vital algo de contradictorio, incluso de *secundum quid*: no es posible criticar a los poderosos y vivir con ellos, mofarse de la corte y pretender ser cortesano, poner en entredicho tantas cosas de la religión y exigir al mismo tiempo respeto a la Sorbona. Esta indecisión —o más bien incoherencia—, o ese no predicar con el ejemplo, siempre le provocaron críticas y reticencias que lo hicieron infeliz. Poco antes de ser elegido en la Academia Francesa, Montesquieu mostraba con este comentario la ambigüedad que despertaba el poeta: «Voltaire no es bello, tan sólo es bonito; sería vergonzoso para la Academia que Voltaire fuese elegido y le será algún día vergonzoso que no lo haya sido».[44] Voltaire era infeliz porque, en última instancia, no despertaba pasiones entre sus colegas,

[43] R. Mauzi, *L'idée du bonheur au XVIIIe siècle*, París, Armand Colin, 1960, pág. 65.

[44] J. Orieux, 1966, pág. 359.

porque el rey no lo quería cerca de él, porque no se sentía imprescindible. Por más que se esforzaba, la suerte no acababa de sonreírle. La muerte de la marquesa Du Châtelet fue, por así decirlo, la gota del destino que colmó el vaso. Paul Valéry escribe que la vida de Voltaire recuerda a un cuento entre sus cuentos.[45] Y así fue: si el poeta encarnó antes en Micromegas, ahora es Zadig, y pronto será Cándido.

Voltaire o el destino

Sería excesivo hablar de autoficción, pero en el personaje Zadig encontramos el álter ego del poeta. Es enfermizo, idealista, luchador, defensor de las mujeres y, sobre todo, con el final feliz de la historia, ve su sueño realizado: Zadig se convierte en ministro amado del rey, querido en la corte y respetado por los jueces.[46] Entre la vida de corte y la independencia, Voltaire —y con él Micromegas, Zadig, Cándido y demás comparsas o trasuntos de sí mismo— tuvo una constante basculación. Deseaba contribuir al gobierno de su país, amaba a su patria y a su soberano, pero era incapaz de someterse a la disciplina de la corte, de ser uno más (un adulador más): quería un trato más humano, más próximo, sentirse útil a su país y con su sabiduría contribuir al progreso de su pueblo. Paul Hazard habla de una figura de minué: reverencias de los príncipes a los filósofos y de los filósofos a los príncipes.[47] Y, sin duda, algo de eso hay (nadie ganaba a Voltaire al minué), pero también existía un deseo lícito, casi una empresa fáustica, de construir un nuevo orden social, sin por ello alterar el sistema, sino todo lo contrario, enriqueciéndolo, haciéndolo más justo, y por ende dotándolo de mayor autoridad y prestigio. Voltaire era monárquico porque, como escribía en el *Diccionario filosófico*, los hombres muy raramente son dignos de gobernarse a sí mismos. Como historiador, se centró en el estudio de los reinados de los reyes que más admiraba (Luis XIV, Carlos XII, Enrique IV, Pedro el Grande) y deseó fervientemente ser solicitado por el monarca para poner en práctica sus ideas reformadoras, para beneficio y felicidad de todos los súbditos de la nación. Pertenece —si es que no es el padre— a esa

---

[45] P. Valéry, *Variétés I*, París, Pléiade, 1957, pág. 522.
[46] A. Maille, «Zadig», en E. Calais (ed.), 1995, pág. 56.
[47] P. Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII* [trad. de J. Marías], Madrid, Alianza, 1998, pág. 289.

«nación libre y desinteresada de filósofos» que lucha por ilustrar a su pueblo, para sacarlo de la miseria y hacerlo feliz.[48]

Pero Luis XV desconfiaba de él. Y además Madame de Pompadour protegía al viejo Crébillon, que tras treinta años de esfuerzo acababa de triunfar con *Catilina*, a pesar de ser —en palabras de Voltaire— una obra visigoda. Decididamente no lo querían en la corte, o al menos no lo querían de la manera que él deseaba: Madame de Pompadour pensaba que el poeta se tomaba demasiadas familiaridades y éste, para hacerse querer, no encontraba obras suficientes para dedicarle *(Tancredo, Compendio del siglo de Luis XV)*. Pero la favorita del rey protegía a Crébillon, publicó sus obras en una edición monumental y le concedió una pensión real y unas estancias en el Louvre. Todo eso fue demasiado para «el colérico gran hombre», como lo llamaban los Goncourt,[49] que se veía eterno segundón de aquel dramaturgo visigodo. Si hasta entonces no había escuchado las ofertas de Federico II de Prusia —sin duda por esa prudencia que le contagiaba la Minerva de Francia—, ahora ya no tenía nada que perder. O al menos eso creía. Quizás el Salomón del Norte se dignaría a escucharle.

Christiane Mervaud escribe que Voltaire y Federico II forman en la memoria colectiva una pareja emblemática, por el juego de imágenes: el rey de los filósofos y el rey filósofo.[50] Federico II amaba las artes, la música (era un excelente intérprete de flauta travesera) y había consolidado una brillante academia, cuyo cuidado había dejado en manos de un viejo conocido: Pierre-Louis Moreau de Maupertuis. Poco a poco había ido reuniendo a su alrededor a un variado y heteróclito conjunto de filósofos, matemáticos, poetas y perseguidos, que a menudo cenaban con él y departían durante largas sobremesas, en un ambiente donde todo estaba permitido. Todo salvo las mujeres: el sexo femenino no tenía entrada en palacio, y no porque —como decía Madame de Geoffrin— trivializase la conversación (en su salón la única mujer permitida era Mademoiselle Lespinasse), sino sencillamente porque al monarca prusiano no le interesaban. Voltaire lo explicaba en sus memorias: «Nun-

[48] F. Ventura, *Los orígenes de la Enciclopedia* [trad. de A. Pérez], Barcelona, Ed. Crítica, 1980, pág. 45.

[49] E. y J. Goncourt, *Madame de Pompadour*, París, Bibliothèque Charpentier, 1899, pág. 171.

[50] C. Mervaud, «Frédéric II», en J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseau, 1995, pág. 571.

ca entraban en palacio ni mujeres ni sacerdotes. En una palabra, Federico vivía sin corte, sin consejo y sin culto». En cambio, sentía predilección por los jóvenes oficiales:

> Cuando Su Majestad estaba vestido y calzado, el estoico concedía unos momentos a la secta de Epicuro: mandaba llamar a dos o tres favoritos, bien lugartenientes de su regimiento, bien pajes, bien heiducos o jóvenes cadetes. Tomaban café. Al que arrojaba el pañuelo se quedaba a solas con él medio cuarto de hora. Las cosas no llegaban hasta sus últimas consecuencias [...]. No podía interpretar el primer papel; había de contentarse con los secundarios.[51]

Incluso Peyrefitte, en su desaforado ensayo *Voltaire et Frédéric II*, interpreta el recelo del poeta a aceptar las ventajosas ofertas del monarca prusiano por... «su temor perpetuo a ser sodomizado».[52]

En cualquier caso, Émilie siempre le había desaconsejado que aceptase las ofertas de aquel monarca, que lo venía tentando desde antiguo. Federico II sabía que tenía en la marquesa una detractora, y la antipatía era mutua. Voltaire se resistía, escuchaba a su amante, aunque mantenía una amplia correspondencia con el Salomón del Norte, además de aceptar hacer el papel de interlocutor suyo ante la corte francesa. Era como si aguardase el momento oportuno para reunirse con él, como si ambos estuvieran esperando que se dieran las circunstancias favorables para ese encuentro de «reyes». Voltaire, como se ha visto, tenía incluso una nueva amante, pero aun así la divina pareja se mantenía porque ambos lamentaban acabar con veinte años de fructífera relación. Pero de pronto apareció Saint-Lambert y... He aquí la minúscula causa zadigniana que repercute con efectos tan siniestros como inesperados: de pronto Émilie murió en el parto y Voltaire abandonó Francia. Más bien rompió con Francia: Madame de Pompadour siempre se lo tendría en cuenta y Luis XV no se lo perdonaría jamás. De nuevo el poeta de *La Henriada* dejaba su patria, esta vez casi para siempre. Con una frase de Luis XV en el equipaje: «Es un loco más en la corte de Prusia, y uno menos en la mía».

Desde luego, la corte de Prusia era singular. El padre de Federico II, Federico Guillermo de Prusia, había confeccionado una guar-

[51] Voltaire, *Memorias...*, 1994, pág. 57.
[52] R. Peyrefitte, 1992, vol. 1, pág. 279.

dia personal de soldados gigantes que reclutaba por todo el país y por el extranjero (no dudaba en raptarlos cuando se le resistían); en cambio, la pasión coleccionista del hijo se había dirigido hacia los filósofos y eruditos, sobre todo a los más perseguidos y más peligrosos. Era una corte llena de sabios extravagantes, anticlericales y particularmente pendencieros, encabezados por Maupertuis, al cual el rey llamaba el «Papa de la Academia». Éste había recibido amplios poderes y había dado vida a la Academia, que languidecía desde la muerte de Leibniz, su principal creador. Con su llegada, el francés fue la lengua dominante, especialmente en las publicaciones, a pesar de que muchos de sus miembros no lo hablaban con fluidez y libraban los textos en alemán o en latín, que había que traducir. Posiblemente no ha habido corte más afrancesada —y antifrancesa al mismo tiempo— en la historia.

La llegada de Voltaire a aquel ambiente fue el broche de oro a aquella soberbia colección de *philosophes*. El listado conforma una excelente nómina de autores prohibidos: el filósofo Julien Offray de La Mettrie, famoso por su libro *El hombre-máquina*, un texto materialista que había puesto en su contra a dos gremios: a todos los médicos y a todos los sacerdotes; el marqués d'Argens, músico, soldado, pintor y autor de las *Cartas judías*, un texto de denuncia de la superstición que cosechó gran éxito; el divulgador Francesco Algarotti, autor de *El newtonianismo para damas*; el matemático Koenig, el poeta Baculard d'Arnaud... Voltaire ya conocía a Maupertuis —el celebrado «Achatador de la Tierra»— y a Algarotti, el «Cisne de Padua», que había visitado Cirey y que había sido uno de los colaboradores newtonianos de Émilie. Aunque a decir verdad su libro sobre la doctrina de Newton había defraudado un poco a la divina pareja: a Voltaire porque resultaba excesivamente fontaineliano en la forma, con una cierta simplificación de la doctrina de Newton, y a Émilie porque se veía reflejada en la marquesa protagonista del libro, a la cual un galante poeta —el álter ego de Algarotti— le enseña las matemáticas newtonianas (cuando había sido al revés). Además, Algarotti tampoco amaba a las mujeres y eso, para la fogosa Émilie, era muy decepcionante.

¿Qué esperaba encontrar Voltaire en aquel país? ¿La felicidad perdida? ¿Sentirse útil a un monarca? ¿Lo hacía por despecho hacia Luis XV? Como en Inglaterra, Voltaire empezó una nueva vida e intentó ser lo más agradable y seductor posible. Federico II se lo comentaba a su hermano Guillermo: «Voltaire es manso como un cor-

dero y divertido como un arlequín».[53] Fue nombrado chambelán, recibió una generosa pensión, se alojó en el apartamento del mariscal de Saxe, se convirtió en el confidente del rey y le corrigió sus flojos versos. Y sobre todo triunfó en las cenas, que se alargaban tanto que a los criados se les hinchaban las piernas. «Nunca se habló en ningún lugar del mundo con tanta libertad de todas las supersticiones de los hombres, y nunca fueron tratadas con más bromas y desprecios», escribía Voltaire en sus memorias. En una de las cenas se decidió el proyecto de componer un diccionario filosófico: una gran obra en la que participarían todos los *philosophes* de la corte prusiana y cada uno de ellos redactaría una letra. Voltaire enseguida se puso manos a la obra y escribió la letra A, y después, ante la apatía general del resto de filósofos, decidió completar el abecedario. Fue el germen del *Diccionario filosófico*.

Y, sin embargo, hay un cierto patetismo en todos estos actos, que resultan algo embarazosos. Su detractor Laurent Angliviel de La Beaumelle escribía:

> Ha habido mayores poetas que Voltaire, pero ninguno mejor recompensado. El rey de Prusia recompensa a los hombres de talento precisamente por las mismas razones que mueven a un príncipe de Alemania a recompensar a un bufón o a un enano.[54]

Hay una pizca de razón en el severo juicio de La Beaumelle; el poeta, poco a poco, en lugar de transformarse en un importante asesor del rey, se convirtió en su corrector («El rey me envía su ropa sucia para que se la limpie», escribía en cierta ocasión), cuando no en su bufón de corte. Voltaire esperaba ser influyente, y se quedó en el minué: no consiguió equipararse en autoridad a Maupertuis, ni tan siquiera divertir al rey tanto como La Mettrie, con sus furibundas baladronadas. Había en aquella corte algo exacerbado, un exceso de trapacerías, de dislates, un descomedimiento que si bien al principio distrajeron al filósofo, en seguida lo cansaron y sobre todo lo preocuparon, por cuanto temía despilfarrar la tremenda inversión —de energías y de prestigio— que había significado el paso de abandonar Francia. Tampoco se sentía querido, y salvo en el rey no tenía en quien confiar. Maupertuis lo había recibido con cierta frialdad; con el marqués

[53] P. Gaxotte, *Frédéric II*, París, Librairie Arthème Fayard, 1953, pág. 266.
[54] L. A. de La Beaumelle, *Mes pensées ou le qu'en dira-t-on*, Copenhague, 1751.

d'Argens —al que Voltaire llamaba su Isaac, por las cartas judías y cabalísticas— la relación tenía sus altibajos, cuando no encontronazos desagradables; con La Mettrie no se podía hablar, por su radicalismo; con Algarotti todo lo contrario: se podía departir de todo, pero con una insoportable ligereza; tampoco con el matemático Koenig, que también había estudiado con la marquesa Du Châtelet, parecía tener demasiada confianza, entre otras cosas por ser un ardiente discípulo del oscuro filósofo Cristian Wolff. Sin embargo, se resistía a darse por vencido, y más aún a que algo de todo aquello trascendiese en París y se divulgase que las cosas no le iban tan bien como decía. A su vieja amiga Madame du Deffand le escribía cartas entusiastas y le rogaba que no las enseñase en su salón (lo cual, claro, significaba todo lo contrario):

> Cuando se tiene la desgracia de ser un hombre público en París en el sentido en el que yo era, ¿sabéis qué hay que hacer? Huir. Figuraos qué agradable es ser libre con un rey, escribir, pensar, decir lo que uno quiere [...] y sobre todo comemos fresas, melocotones, uvas y piñas en el mes de enero.[55]

No creo que esta descripción, dudosamente epicúrea, convenciese a la marquesa, entre otras cosas porque ninguno de los dos era un Savarin; ese «sobre todo» es algo decepcionante, porque uno no se exilia —no al menos uno llamado Voltaire— para poder comer fresas y piñas en el mes de enero. En otra carta, más reposada, le decía: «En los dos años que llevo pasados en lo que parece una corte, y que no es en efecto más que un retiro de filósofos, no ha habido ni un solo día que no me haya instruido».[56] Pero la realidad era muy diferente: se sentía solo, decepcionado, muy desanimado, y por más que intentó traer consigo a su sobrina, el rey se lo impidió reiteradamente. Además el felón de La Mettrie, sin duda para fustigarlo, le confesó que había escuchado al rey decir de él: «Lo necesitaré tan sólo un año más. Se exprime la naranja y se tiran las mondas».

¿Qué habría sido de su deslumbrante lucidez, de su feraz imaginación, de sus desmesuradas ambiciones, con un rey más amistoso? ¿Cómo habría cambiado el mundo si Voltaire hubiera encontrado a

---

55 P. Lepape, 1994, pág. 227.

56 Voltaire, *Oeuvres complètes. Correspondance générale*, París, Dupont, 1825, t. 59, pág. 219.

un monarca que lo escuchara? Sin embargo, tanto con Luis XV como con Federico II, el desengaño fue absoluto. Como escribe Badinter, el rey de Prusia era un cínico, un ser perverso y dominador que, bajo la máscara de la libertad, exigía una sumisión absoluta.[57] Si el filósofo preguntaba a Madame du Deffand qué había que hacer cuando se tenía la desgracia de ser un hombre público en París y la respuesta era huir, ahora, planteada de nuevo esa pregunta, aquel huir también se imponía. Aunque ya no lo tenía tan fácil, porque, a diferencia de Luis XV, nadie podía abandonar el país sin el permiso real. Además de cínico, Federico II era un déspota.

«No hay en el mundo trabajo tan penoso como el de hacerse un nombre: la vida se acaba apenas hemos esbozado la obra», advierte Jean de La Bruyère en *Los caracteres*. Esto sin duda es cierto para Voltaire, que con casi sesenta años se vio de nuevo en la necesidad de buscarse un refugio. Y más aún tras la nueva polémica con Maupertuis. El presidente de la Academia estaba muy orgulloso del descubrimiento de una nueva ley de la física, que había llamado «principio de mínima acción». No obstante, el matemático Koenig, al que Maupertuis había protegido y ayudado a entrar en la Academia, redactó una memoria en la que ponía en entredicho el descubrimiento y citaba una carta de Leibniz como origen de la ley, la cual al mismo tiempo era una refutación de ésta. Maupertuis exigió a Koenig mostrar de inmediato el original de la carta, pero éste tan sólo pudo enseñar una copia, y el presidente obligó a la Academia a declarar la carta apócrifa. Koenig se vio forzado a presentar su dimisión, no sin antes hacer pública su protesta por el abuso de autoridad del presidente de la Academia y enviar a todas las academias de Europa un *Appel au public* en el cual se detallaban los dictatoriales modos del «Achatador de la Tierra». Voltaire no sentía ninguna simpatía por Koenig (leibniziano y enemistado con Émilie), pero aún sentía menos amistad hacia Maupertuis (que tan mal lo había recibido en Prusia y que además había coqueteado, tiempo atrás, con su amada). Pero sobre todo, como dice Pierre Gaxotte, le resultaba imposible resistirse al placer de una venganza. Por tanto, se escandalizó del modo en que se había tratado al pobre matemático leibniziano y escribió una *Carta de un académico de Berlín a un académico de París* en la cual se exponía el litigio, y acababa del siguiente modo: «Varios miembros de la Academia de Berlín han protestado contra esta conducta improcedente y

57 E. Badinter, 2002, pág. 47.

abandonarían la Academia que Maupertuis tiraniza y deshonra si no temieran desagradar al rey que es su protector». Aquella «carta» tuvo de inmediato su eco, una agria réplica donde se tildaba al autor del libelo de escritor mediocre, y que iba encabezada con las insignias del reino: la corona, el cetro y el águila de Prusia. Como advierte André Bellessort, Voltaire no había pensado que escribiendo aquella pequeña *lettre* se mofaba de algún modo de la Academia, el juguete del rey («disparaba sobre los placeres del rey»).[58] No obstante, desatendiendo a la prudencia más elemental, Voltaire se dispuso a contestar aquella ofensa y escribió la *Diatriba del doctor Akakia*, uno de los ataques más furibundos realizados contra un ilustrado.

«He pasado mi vida con escaramuzas», le confesó Voltaire, ya en la vejez, a Condorcet. En efecto, la recua de enemigos es larga: el poeta Jean-Baptiste Rousseau, el traductor Deffontaines, el incansable Louis Fréron, el imprevisible y brillante La Beaumelle, el profundo Nicolas-Sylvestre Bergier, el estudioso Claude-François Nonnotte, el desagradecido Jean-Marie-Bernard Clément, el loco de Jean-Jacques Rousseau, el panfletista Claude-Marie Giraud, autor de una *Epístola del diablo a M. de Voltaire*, en la que Lucifer le agradece su trabajo, y concluye que se había librado tantas veces de la muerte porque «más valía dejaros en el mundo, donde servíais al infierno con tanto éxito».[59] Incluso el padre Richard publicó en vida del autor un largo panfleto, titulado *Voltaire entre las sombras*, en el que el alma en pena del poeta se enfrenta a un tribunal compuesto por otros poetas, que sin vacilaciones proscriben su obra de las «tablas inmortales de la verdad».[60] Pero todos aquellos ataques furibundos hacían poca mella en el poeta, y al cardenal de Bernis le escribía divertido: «Y yo, enclenque de mí, hago la guerra hasta el último momento. Jansenistas, molinistas, Frérons, Pompignans, a derecha, a izquierda, y predicadores, y J.-J. Rousseau. Recibo cien estocadas: devuelvo doscientas y me río».[61] No obstante, de entre todas las batallas, sin duda la más ardua, la que le reportó mayor número de estocadas, fue la librada en Prusia con Maupertuis. Las consecuencias de aquel enfrentamiento duraron toda su vida.

---

58 A. Bellessort, 1950, pág. 182.
59 C. M. Giraud, *Épitre du diable à M. de Voltaire*, París, Bureaux de la Société Bibliographique, 1878, pág. 19.
60 C.-L. Richard, *Voltaire parmi les ombres*, Ginebra, 1776.
61 Voltaire, *Oeuvres complètes...*, *op. cit.*, t. 65, pág. 219.

La querella

Cuando conocemos todas estas intrigas, todos estos pleitos, estas agrias polémicas, tan gratuitas por otra parte, es lícito volver a preguntarse si Voltaire fue feliz. Como a Zadig, minúsculos accidentes le seguían deparando temibles catástrofes. Fue una vida agotadora, amarga, decepcionante. Una vida *à rebours*, incompleta, en la que no podía demostrar su valía ni como historiador, ni como hombre de ideas, ni como científico, ni como autor teatral. Siempre huyendo, siempre temiendo por su salud y por su libertad.

A Maupertuis, años antes, le había dedicado ditirambos:

> Teníais que ser vos nuestro mayor poeta y nuestro mayor matemático; si vuestras operaciones son de Arquímedes y vuestro valor de Cristóbal Colón, vuestra descripción de las nieves de Tornea es de Miguel Ángel y la de las auroras boreales es de Albano.[62]

De algún modo, el Arquímedes de Francia tiene el dudoso honor de haber sido objeto de los mayores elogios volterianos y de sus más escandalosos vituperios. Por decirlo con una metáfora muy maupertiana, en poco tiempo pasó de un polo a otro. «Sea usted siempre mi maestro en física y mi discípulo en amistad —le escribía en otra ocasión—, porque yo pretendo estimarle mucho, a condición de que usted me estime un poco.»[63] Pero desde luego, ese pronóstico no se cumplió. La *Diatriba del doctor Akakia* se publicó por primera vez en español en la excelente traducción de Carlos R. Dampierre, pero sin unas buenas notas para leer entre líneas. Como también ocurre con muchos de los cuentos, si no se dispone de una edición convenientemente anotada, todas las alusiones, imágenes, digresiones y metáforas a veces resultan poco comprensibles y se extrae poco provecho. Sin embargo, la *Diatriba* es quizás uno de los panfletos más afilados de la historia de la literatura. En el libro *Las confidencias del conde de Buffon*[64] realicé, de manera novelada, una interpretación del panfleto:

---

62 E. Callot, *Maupertuis. Le savant et le philosophe*, París, Bibliothèque philosophique Marcel Rivière et cie., 1964, pág. 11.

63 A. Lafuente y J. Peset, *Introducción a «El orden verosímil del cosmos» de P. L. Moreau de Maupertuis*, Madrid, Alianza, 1985, pág. 8.

64 M. Domínguez, *Las confidencias del conde de Buffon*, Barcelona, Península, 1999, pág. 122.

Voltaire se inventa un tal doctor Akakia (en griego, «sin malicia»), supuesto médico del papa, que reprende a un joven sin escrúpulos, ignorante y pretencioso, que se ha hecho pasar por el sabio presidente de la Academia de Prusia. En concreto le acusa de ser el verdadero autor de la *Venus física* y de las *Cartas*, dos textos de Maupertuis repletos de ideas extravagantes. Por ejemplo, en las *Cartas* proponía excavar un pozo hasta el centro de la Tierra para realizar experimentos de física, untar a los enfermos con resina para evitar su transpiración y así el peligro de contagio, hacer volar por los aires las pirámides de Egipto para ver qué contenían, fundar una ciudad donde sólo se hablaría en latín y practicar la vivisección con los condenados a muerte (aseguraba que si se cortaba el cerebro de un hombre vivo se descubriría el mecanismo de las pasiones). En la *Venus física* analizaba el origen del amor en los diferentes animales, y de nuevo se dejaba llevar por su imaginación y por un lenguaje voluptuoso, con fragmentos realmente chocantes, por ejemplo el dedicado a los dardos sexuales de los caracoles (una estructura calcárea que el caracol clava en el pie muscular de su compañero durante la cópula):

> ¿Cuál es la función de este órgano? —preguntaba retóricamente Maupertuis—. Quizás este animal, tan frío y lento en todos sus actos, necesita sentirse excitado por los pinchazos. Los hombres a los que la edad ha vuelto fríos, o que han visto debilitados sus sentidos, recurren a veces a métodos igualmente violentos para despertar en ellos las pasiones del amor. ¡Ay del desgraciado que intenta excitar mediante el dolor aquellos sentimientos que deberían surgir únicamente de la voluptuosidad!... ¡Oh, inocente caracol, quizá seas la única criatura para quien estos métodos no resultan criminales! Recibe, pues, e inflige una y mil veces las heridas de estos dardos con que vas armado.[65]

Todas estas extravagancias, convenientemente sacadas de contexto, eran una munición excelente para la artillería volteriana, y en la *Diatriba* el poeta no dejó ninguna de aquellas rarezas sin comentar. Sobre el pozo hasta el centro de la Tierra escribía:

> Se le debe también asegurar que le será difícil hacer, como pretende, un agujero que llegue hasta el centro de la Tierra (donde quiere por lo visto ocultarse avergonzado de haber sostenido semejantes cosas). Ese agujero

---

[65] P. L. M. de Maupertuis, *Vénus physique*, París, 1751, págs. 87-88.

> exigiría que se excavasen trescientas o cuatrocientas leguas de tierra, lo que podría estropear el sistema de equilibrio de Europa. No le seguiremos en su agujero, como tampoco bajo el polo. En cuanto a la ciudad latina que quiere construir, nuestra opinión es que se la sitúe al borde de ese agujero.

Y sobre los caracoles:

> Aconsejamos al joven autor, cuando proceda con su mujer, si la tiene, a la obra de la generación, que no piense que el niño se forma en el útero por medio de la atracción; y le exhortamos, si comete el pecado de la carne, a no envidiar la suerte de los caracoles en el amor, ni la de los sapos [que realizan la cópula por la cloaca, es decir, por el ano].

Para concluir con crueldad:

> Se ha visto con demasiada frecuencia a jóvenes que han empezado inspirando grandes esperanzas y produciendo obras buenas y que han terminado escribiendo solamente tonterías; porque sólo han querido ser cortesanos hábiles en vez de ser hábiles escritores; porque han sustituido el estudio por la vanidad, y el recogimiento que fortifica la mente por la disipación que la debilita; han sido elogiados y han dejado de ser elogiables; se les ha recompensado y han dejado de merecer recompensas; han querido parecer y han dejado de ser: porque cuando en un autor una *suma* de errores es igual a una *suma* de ridículos, *su existencia equivale a nada*.

¿Tenía motivos para dedicarle aquellas durísimas palabras a su viejo colega? ¿Qué quedaba de aquellos Arquímedes y Cristóbal Colón con los que lo comparaba cuando eran amigos? Viguerie denuncia la actitud antipática y el arribismo de Maupertuis, pero se sorprende de la *méchanceté des attaques*.[66] La marquesa Du Deffand también lamentaba la dureza y la esterilidad de la disputa: «¿Es posible que los más grandes genios estén tan cerca de la locura, es comprensible arruinar su reputación y su felicidad con una obra como la que ha hecho contra Maupertuis? La vanidad y la envidia mueven a hacer tonterías».[67] El presidente de la Academia de Prusia era un sabio, un

[66] J. de Viguerie, *op. cit.*, pág. 1.173.
[67] E. Badinter, 2002, pág. 93.

matemático importante, un hombre de una sólida cultura científica, comprometido con el estudio y la razón. Incluso, con el tiempo, algunas de aquellas ideas han demostrado ser menos extravagantes de lo que proclamaba la exageración satírica del poeta.[68] No obstante, a pesar de estar cerca de los *philosophes*, Maupertuis no participaba en sus empresas, no contribuía en la *Enciclopedia*, se mantenía al margen, no cultivaba la correspondencia con filósofos franceses de importancia (en cambio, entre sus corresponsales había eruditos alemanes y suizos como Albrecht von Haller, Caspar Friedrich Wolff y Leonhard Euler). Y como dice Viguerie, la secta no se lo perdonó.

Sin duda, Voltaire se permitió aquella invectiva porque Maupertuis no era «uno de ellos». Pero aquel panfleto que publicó sin el permiso real, abusando de la confianza que el rey había depositado en él, le causó a su vez innumerables problemas. Si Voltaire no hubiera armado aquella zapatiesta por la expulsión de un oscuro matemático leibniziano que había acusado a Maupertuis, su protector, bastante gratuitamente, y que, además, en el fondo le resultaba antipático, posiblemente su estancia en Prusia hubiera resultado mucho más apacible. El rey estalló furioso, el presidente a punto estuvo de morir del disgusto y se dispuso a replicar con otro panfleto (*La querella*, que no llegó a publicar), y el filósofo, azorado, se vio obligado a firmar una declaración que decía:

> Prometo a Su Majestad que mientras me conceda la gracia de hospedarme en palacio, no escribiré contra nadie, sea contra el gobierno de Francia, sea contra el ministerio, sea contra otros soberanos o contra gentes de letras ilustres, los cuales recibirán los respetos que les son debidos. No abusaré en absoluto de las cartas de Su Majestad, y me comportaré de una manera conveniente a un hombre de letras que tiene el honor de ser chambelán de Su Majestad y que vive entre *honnêtes gens*.[69]

Federico quería un Voltaire enervado, sin dientes.

Mientras firmaba esta retractación, pensaba en desertar, en abandonar Prusia. A su sobrina Madame Denis le escribía: «Veo que ya han exprimido la naranja, debemos pensar en salvar las mondas». Resulta difícil ser objetivo con estos tres años pasados en Prusia: sin duda, el filósofo se enfrentó a la indomeñabilidad de su propio ser,

[68] A. Bellessort, 1950, pág. 183.
[69] E. Henriot, 1927, pág. 91.

pero también a una corte variopinta compuesta fundamentalmente por egoístas y bufones desagradables. De no haber sido Maupertuis, la víctima habría podido ser el marqués d'Argens, Algarotti o incluso La Mettrie (si no hubiera muerto antes por una indigestión). Por otro lado, no todo fue negativo, y el poeta dispuso de tiempo y atenciones para desarrollar su trabajo erudito, y de aquellos años de aislamiento en aquella corte provinciana surgieron el *Siglo de Luis XIV* y las primeras entradas del *Diccionario filosófico*.

En cualquier caso, se inicia de nuevo la peregrinación del poeta: el deseo ardiente de partir, sin saber el destino, porque en Francia tampoco lo querían. Algunos autores antivolterianos, como Édouard-Marie-Joseph Lepan, concluyen que este triste final es el mejor ejemplo de la proverbial ingratitud del poeta, cuando lo tenía todo a su favor: un monarca entregado, una vida saciada, todos los honores que era posible imaginar...[70] Pero eso es cierto tan sólo en parte, ya que, como decíamos, Voltaire se sintió más un títere, o un arlequín, que un consejero; salvo en su trabajo de gramático real —lavandero real, diría él—, nunca se sintió demasiado útil. Incluso, como le escribía a su sobrina, estaba tentado en redactar un diccionario para el uso de reyes: «Mi amigo» significa «mi esclavo», «mi querido amigo» quiere decir «me sois más que indiferente», por «os haré feliz» hay que entender «os soportaré hasta que no os necesite», y «venid a cenar esta noche» significa «me reiré de vos esta noche». Y el filósofo se sinceraba con su sobrina: «Todo esto me oprime el corazón. ¿Todo lo que he visto es posible? ¡Y pensar que lo he llamado el "Salomón del Norte"!... El problema ahora es salir de aquí».[71]

Así es: a Federico II no le gustaba que lo abandonaran, era reacio a perder piezas de su colección, y más aún una joya tan preciada como Voltaire. Pero en vano intentó retenerlo: el poeta puso como pretexto su mala salud, y en especial un ataque de escorbuto que le había hecho perder casi todos los dientes. La caricatura volteriana —la cara chupada, llena de muecas y de tics— se forjó durante aquellos días neuróticos. El poeta estaba aterrado, temía caer prisionero del rey, y al mismo tiempo Maupertuis había enviado a París una sátira titulada *La sepultura de la Sorbona* en la que aseguraba que el autor de tal procacidad era el mismo rufián que el de las

[70] E.-M.-J. Lepan, *Vie politique, littéraire et morale de Voltaire*, París, Société Catholique des Bon Livres, 1825, pág. 95.

[71] E. Henriot, 1927, pág. 92.

Cartas filosóficas. Como dice Pomeau, en esa lucha que es la biografía de Voltaire, por primera vez su vida cobró una dimensión europea: la diatriba se tradujo al alemán, en París se discutía sobre la autenticidad del *tombeau* (al que le seguiría una segunda parte: *Flores sobre la tumba de la Sorbona*), en Holanda Koenig publicaba una defensa de su causa, por toda Francia corría la sátira anti-Maupertuis, y al mismo tiempo La Beaumelle editaba una versión comentada del *Siglo de Luis XIV*, con anotaciones hirientes y una introducción odiosa.[72] Voltaire se veía incapaz de combatir en tantos frentes, pero no renunció a defenderse, a denunciar el carácter apócrifo del *tombeau* (escrito seguramente a cuatro manos con el abate de Prades), en buscar reconciliarse con París e intentar su regreso. «Es más difícil salir de aquí que de Siberia», le escribía a su sobrina con desesperación, pero tendría que haber añadido que regresar a París también lo era. Finalmente, el 26 de marzo de 1753 Voltaire dejó Potsdam y tomó la ruta de Leipzig, a la espera de una señal favorable para entrar en Francia.

Mientras reposaba en Leipzig —y se reunía con los sabios que editaban las *Acta eruditorum*— recibió una carta amenazante de Maupertuis en la que le advertía que si proseguía con su campaña de desprestigio «haré caer sobre vos la venganza más completa. Agradeced el respeto y la obediencia que han retenido hasta ahora mi brazo». Voltaire no lo dudó ni un instante: aceptó el duelo de Maupertuis y de inmediato escribió una adenda a la *Diatriba*, que envió a la prensa y en la que indicaba al matemático mosquetero: «Si me matáis, tened la bondad de recordar que M. de La Beaumelle me ha prometido *perseguirme hasta el infierno*». Y precisaba que aquel agujero que, por orden del presidente, tenía que conducir al centro de la Tierra, y que llevaría a dicho infierno, no estaba ni empezado...

La heroína de la amistad

Sainte-Beuve escribe que el viaje a Prusia de Voltaire y su intento de establecerse en Berlín fueron una muy triste campaña, «de la cual tanto el lector como el poeta desean salir lo antes posible».[73] La lectura de todas estas intrigas, dislates, bajezas, cuando no chiquilladas y

[72] R. Pomeau, 1969, pág. 707.
[73] C.-A. Sainte-Beuve, *op. cit.*, pág. 21.

fanfarronadas, proyecta una triste imagen de todos aquellos *philosophes*, Voltaire incluido. El poeta difundió un nuevo panfleto titulado *Apunte sobre la persona, la manera de vivir y la corte del rey de Prusia* que el rey decidió ignorar, no sin confesar a Maupertuis su profundo desengaño con el autor de las *Cartas filosóficas*: «Los libelos que corren por París son de él. Para disfrazar su estilo, los ha hecho traducir al alemán y del alemán retraducirlos al francés».[74]

La Mettrie pensaba que todos los hombres nacen criminales y desaforados como bestias —él el primero, claro—, y quizá no iba tan desencaminado. De haberse encontrado cara a cara Maupertuis y Voltaire, se habrían apuñalado, tan sumidos estaban en un pleito sin remisión, aunque sin conocer demasiado bien los motivos de tanta inquina. Ya hacía años, en el discurso preliminar de *Alzira*, el poeta se preguntaba: «¿Es necesario que el arte de pensar, el más bello don de los hombres, se transforme en una fuente de ridículo y que las gentes de talento sean los bufones de un público del que deberían ser los maestros?». Y sin duda, aquella riña a muerte entre el «Lapón» Maupertuis y Zadig-Voltaire había divertido a media Europa.

Aun así, cabe preguntarse si Voltaire era un hombre veraz. La lectura de su correspondencia crea dudas de hasta qué punto fue infeliz en Prusia. Para Badinter, fue un «esnob» que disfrutaba alternando con el rey y que sabía que en Francia jamás le sería posible un trato igual.[75] Si tan incómodo se encontraba, ¿por qué no intentó regresar antes?, se preguntan algunos biógrafos. Si tanto echaba de menos a su sobrina, ¿por qué no forzó su llegada como condición sine qua non de su permanencia en la corte? ¿Podía más la *superbia vitae* que la prudencia y la humildad?

Sin embargo, hay otro elemento que los biógrafos raramente contemplan: el de la inadaptación. El poeta pertenecía a una nueva estirpe, a «una nueva estirpe de hombres libres», por decirlo de una manera pomposa, y en ese constante tránsito de corte en corte se fue fraguando la materialización del drama. Quería ser cortesano, pero nunca tuvo éxito; amaba a su país, pero era incapaz de amoldarse a su gobierno y a su disciplina, hasta convertirse en su ciudadano más crítico. Sin llegar a saber por qué, se convirtió en un eterno inadapta-

---

[74] M. Terrall, *The man who flattened the earth. Maupertuis and the sciences in the enlightenment*, Chicago, The University of Chicago Press, 2002, pág. 308.

[75] E. Badinter, 2002, pág. 50

do, estigmatizado por sus fracasos, que acentuaban su carácter de marginado. Como en toda gran metamorfosis, todas aquellas peregrinaciones fueron las fases de su desarrollo en busca de su lugar en el mundo: frustrado en sus intentos de ser inglés, alemán o francés, ahora, abandonando Prusia, dudaba sobre su próximo destino. ¿Retornar a París? ¿Aceptar su fracaso, con la humillación que comportaba? Además, ¿le estaba permitido regresar?

Pero dudó demasiado. Voltaire, a su paso por Frankfurt, fue detenido por orden del rey, con el pretexto de que devolviese una obra que pertenecía al monarca. Se ha especulado mucho sobre el contenido de aquella *Oeuvre de Poeshie du roi, son gracieux maître*, como le fue exigida en un francés macarrónico por un tal Freytag. Pierre Gaxotte[76] comenta que quizá se trataba de *Le Palladion*, una obra irrespetuosa sobre santa Hedwige, patrona de Prusia, y que se asemejaría a *La doncella*, la sátira sobre Juana de Arco que Voltaire había vuelto a trabajar por expresa sugerencia del monarca; pero en cambio, Pomeau indica que dicha obra fue destruida en su totalidad por Federico. En cualquier caso, Voltaire había dejado el conflictivo libro en Leipzig, en un baúl para ser embarcado rumbo a Francia. Freytag le exigió que se lo entregara, y hasta que la obra no fuera recuperada, tuvo que permanecer en Frankfurt.

Voltaire y su sobrina habían decidido reunirse en Estrasburgo: llevaban tres largos años sin verse. Madame Denis corrió a su encuentro en Frankfurt y lo acompañó en su cautiverio. Cuando por fin llegaron las maletas, tras veinte días de espera, Freytag dudó sobre el libro que debía requisar y solicitó nuevas instrucciones. El poeta se impacientó y decidió escapar, pero lo reconocieron en las puertas de la ciudad: los fugitivos fueron reconducidos a una pensión de mala muerte, custodiados por una docena de soldados y separados en habitaciones distintas. Y durante la noche, uno de los vigilantes, ebrio, se presentó en la habitación de Madame Denis «y pasó con ella toda la noche».[77]

Sí, sin duda tenía razón La Mettrie cuando decía que todos los hombres nacen criminales y desaforados como bestias. El poeta y la sobrina decidieron ocultar lo que ocurrió aquella noche. En sus memorias el poeta pasa por alto todos los trágicos sucesos de Frankfurt, y tan sólo una frase proporciona una cierta información del drama:

76 P. Gaxotte, *op. cit.*, pág. 269.
77 Voltaire, *Du Roy de Prusse*, París, Les Éditions Oubliés, 1946, pág. 50.

Generalmente se respetan los derechos de las damas en los horrores de la guerra; pero el consejero Schmid y el ministro residente Freytag, actuando para Federico, creían hacerle la corte arrastrando al pobre sexo femenino por el fango.

El descubrimiento de un legajo de cartas inéditas de Voltaire, conocidas como *Cartas de Alsacia*, abrió nuevas e inesperadas líneas de investigación. En ellas se ponía de manifiesto que Madame Denis quedó embarazada durante su cautiverio, y que el causante no parecía ser Voltaire. El poeta le recomendaba discreción: «Os lo ruego, mi querida niña, que consideréis que en ocasiones hay que esconderse del mundo, y esconder las desgracias que la gente desea siempre redoblar. Se disfruta hurgando en las heridas de los infelices, hay que ocultarlas».[78] Badinter, en un artículo titulado «La violación de Madame Denis: ¿hipotesis o leyenda?», se sorprende del silencio que envuelve todos aquellos sucesos: ¿es por la falta de pruebas, o porque —con violación o sin ella— el episodio no trueca sustancialmente la vida de Madame Denis y de Voltaire?, se pregunta Badinter.[79] En realidad, aquel episodio sí cambió «sustancialmente» la vida de Voltaire; en otra carta le escribía que le gustaría mitigar el recuerdo de la barbarie de Frankfurt «consagrándoos todos los momentos del resto de mi vida».[80] A partir de Frankfurt, Voltaire y su sobrina decidieron vivir juntos, a pesar de perder el niño en un aborto.

Salvo casos muy concretos, los biógrafos de Voltaire han sentido escasa simpatía por Madame Denis. Tampoco entre sus contemporáneos tuvo demasiado éxito (Madame du Deffand la detestaba). En los últimos años se ha intentado recuperar la figura de la mujer que acompañó al poeta en el destierro, con el que convivió resignadamente más de veinte años.[81] «La heroína de la amistad y la víctima de Frankfurt», como la llamaba el poeta, fue su más fiel compañía en el exilio. Las *Cartas de Alsacia* muestran que el poeta la amó con pasión, y que esa pasión fue más fogosa que intelectual: si a Émilie lo unía el estudio, a su sobrina el más instintivo deseo carnal. Algunas de las cartas son incluso de una procacidad inédita en el gran

[78] Voltaire, *Lettres d'Alsace*, París, Gallimard, 1938, pág. 77.

[79] E. Badinter, «Le viol de Mme. Denis: hypothèse ou roman?», *Cahiers Voltaire* 3 (2004), pág. 25.

[80] Voltaire, *Lettres...*, *op. cit.*, pág. 100.

[81] A. Magnan, «Pour Marie-Lousie Denis», *Cahiers Voltaire* 1 (2002), págs. 9-36.

corresponsal que es Voltaire: «Je voudrais être le seul qui eût le bonheur de vous foutre, et je voudrais à présent n'avoir eu que vos faveurs, et n'avoir déchargé qu'avec vous. Je bande en vous écrivant, et je baise mille fois vos beaux têtons et vos belles fesses».[82] Pero sin la escena de Frankfurt, ¿Voltaire habría consentido normalizar aquella unión? Un sesentón liado con una sobrina dieciocho años menor... En el *Diccionario filosófico* escribía en la entrada «incesto»: «Vougland opina que deben morir quemados en la hoguera el primo y la prima que hayan tenido un momento de debilidad. Muy riguroso es el abogado Vougland. ¡Qué galo más terrible!».[83] Desde luego, a Voltaire sólo le faltaba el incesto entre sus numerosos méritos para ser merecedor del auto de fe.

Pero «ese destino que lo hace todo», contra el que no se puede luchar, los había unido. Por fin Voltaire entendió que no podía volver a Francia, que su trato con Federico le había hecho caer en desgracia, hasta el extremo de que en Versalles lo conocían como «el prusiano». El poeta se preguntaba dolido: «¿Pueden pretender con seriedad que el autor del *Siglo de Luis XIV* no es francés? ¿Osarán decir eso ante las estatuas de Enrique IV y de Luis XIV?».[84] Preguntas vanas; ese apodo —tan certero— era para torturarlo, para mofarse de él y para escamotearle sus éxitos. Por consiguiente, durante un par de años vagó por las tierras de Alsacia en busca de una residencia donde instalarse, del ansiado *angulus ridet* donde reiniciar su vida: «Es duro ser tan vieja ave y no tener ningún nido», escribía amargado durante aquellos días de peregrinación forzosa.

En tanto se producía el tránsito del sosias Zadig-Voltaire al Cándido-Voltaire, con la frase de «hay que cultivar nuestro huerto» como lema. La disputa entre el rey de los filósofos y el rey filósofo había decepcionado a los «hermanos» de la secta filosófica; D'Alembert escribía en 1753:

> El trato íntimo de los grandes con las gentes de letras termina demasiado a menudo con alguna sonora ruptura, que deriva casi siempre del olvido de las recíprocas atenciones, a las que se falta por una parte o por otra, o quizás incluso por las dos.[85]

---

[82] Voltaire, *Lettres...*, *op. cit.*, pág. 83.
[83] Voltaire, *Oeuvres complètes...*, *op. cit.*, t. 40, pág. 356.
[84] Voltaire, *Du roy de Pruse*, *op. cit.*, pág. 54.
[85] F. Ventura, *op. cit.*, pág. 108.

D'Alembert aprendió la lección y evitó aceptar las tentadoras proposiciones del monarca prusiano, y Voltaire se vengó de Federico en sus *Memorias* y de todos los leibnizianos en *Cándido, o el Optimismo*.

Voltaire o el optimismo

Finalmente, Voltaire y su sobrina se instalaron en Ginebra, en una bella casa que el poeta bautizó como Les Délices. De pronto se sintió un hombre liberado, que por fin podía respirar con libertad; tras tantas vacilaciones, y tras toda suerte de equivocaciones, torpezas y momentos trágicos, volvía a reír, volvía a poner en escena obras de teatro, volvía a trabajar en sus ensayos. Se sentía feliz en aquel ambiente sano que había descubierto a los pies de los Alpes. La república de Ginebra lo recibió afectuosamente, con aquella fascinación que despierta la llegada de un famoso. Lucien Perey y Gaston Maugras, en *La vida íntima de Voltaire*, explican que en la elección de la casa la opinión de la sobrina fue decisiva: «Madame Denis era una parisina que aún no había renunciado a las vanidades del mundo, que le eran necesarias bellas mansiones y amplios jardines».[86] Es muy posible que, sin la «parisina», ese monumental y tan atractivo escaparate de la personalidad de Voltaire que son Les Délices y el *château* de Ferney nunca hubieran existido. Madame Denis esperaba regresar pronto a París, pero mientras tanto deseaba sobrellevar el exilio con una vida lo más mundana y alegre posible. Y Voltaire, como decía, se dispuso a «fundar Cartago», a crear una nueva vida con su sobrina, con todo lujo, y bajo su celebrado adagio de «lo superfluo, cosa muy necesaria».

Voltaire se estrenó como patriarca y empezó a disfrutar de su propia corte: magistrados, médicos, librepensadores, aristócratas y viajeros de paso por Ginebra se disputaban su compañía. Es el inicio de la leyenda: Madame Denis hacía los honores cuando llegaba una visita y el poeta improvisaba versos, chistes y anécdotas, cuando no se producían sonadas rabietas. Algunos acudían al pequeño teatro que había hecho construir, y en el cual acababan actuando todos los visitantes: era la casa del arte, de la amistad, del libertinaje amable, sin las estridencias de Berlín. Puro siglo XVIII: la feliz conjunción de la creación y el estudio con la *joie de vivre*. Voltaire le había escrito a su sobrina, poco antes de vivir juntos:

---

86 L. Perey y G. Maugras, 1885, pág. 49.

> ¿Sería una contradicción que por la bondad que sentís por mí me dijeseis si os dignaríais a pasar la vida con un enfermo y un hombre tan desgraciado como yo? ¿Qué placeres, qué sociedad, qué diversiones, qué ocupaciones os podría procurar en el retiro?[87]

Claro que nunca podría igualar el marco de París, pero Les Délices era un bello y atractivo retiro, con espectaculares vistas sobre el lago de Ginebra y los glaciares de los Alpes. Tal vez un Voltaire más erudito y aplicado exclusivamente al trabajo —solitario en alguna habitación prestada por algún aristócrata libertino— no resultaría tan atractivo: el renacimiento de Les Délices y de Ferney, como lo tilda Sainte-Beuve, se lo debemos a la «parisina», a aquella sobrina a la cual el poeta se vio obligado a compensar no sólo por la barbarie de Frankfurt sino por seguirlo abnegadamente en su destierro. Junto a los años de Cirey, los de Les Délices y Ferney serán los más felices; sólo el punzante deseo de regresar a París —donde se estrenaban y triunfaban sus obras— oscureció en algún momento la radiante alegría de aquellos últimos años. Esto lo percibió con clarividencia André Maurois al sugerir que el Voltaire de la leyenda es el de estos años, el malicioso exiliado, tal cual lo esculpió Houdon, flacucho, con risa burlona, pero doblado como un resorte presto a saltar.[88] En aquellas tierras recoletas Voltaire recuperó fuerzas, y a los pocos meses se completó la metamorfosis: en 1759 apareció *Cándido, o el Optimismo*, ese trasunto novelado de sí mismo, su gran obra maestra.

De inmediato, la crítica percibió que estaba ante algo nuevo, tan nuevo que el propio Voltaire evitó durante un tiempo aceptar la autoría, y las primeras ediciones se publicaron con la única indicación de «traducido del alemán por M. el Dr. Ralph». Cuando el *Journal Enciclopédique*, sospechando quién podría ser el verdadero autor, designó no a Voltaire, sino tan sólo a M. de V., el filósofo se opuso, y con su guasa característica envió una carta denegando cualquier posible autoría:

> En vuestro *Journal* del mes de marzo decís que una especie de novelita titulada *Del Optimismo*, o *Cándido* se atribuye a un tal Mr. de V... No sé a qué

[87] J. Stern, *Voltaire et sa nièce Madame Denis*, París, La Palatine, 1957, pág. 83.
[88] A. Maurois, 1938, pág. 67.

> Mr. de V... os referís; pero os declaro que ese librito es de mi hermano, el señor Démand, actualmente capitán del regimiento de Brunswick.[89]

Quizá pueda sorprender la actitud burlesca de Voltaire ante su obra, y este tema merece cierto rodeo explicativo.

La *Enciclopedia*, en la edición de 1754, define el cuento como:

> [...] una narración fabulosa, en prosa o en verso, el mérito principal del cual consiste en la variedad y la verdad de las escenas, la finura y la gracia, la vivacidad y la conveniencia del estilo, el contraste picante de los hechos. Su objetivo es menos el de instruir que el de divertir.

La definición es útil tal vez para los cuentos de Dufresny, de Crébillon hijo, de Duclos o, incluso, de Jean-François Marmontel, pero parece insuficiente para definir los cuentos de Voltaire. Condorcet, en la *Vida de Voltaire*, afina más en el momento de hablar de estas narraciones:

> Se precisa un talento extraño, aquél de saber expresar con una ocurrencia, o con el trazo de la imaginación o con los propios elementos novelescos, los resultados de una filosofía profunda sin cesar de ser natural, y picante sin dejar de ser verdadera... Es necesario ser filósofo, y no parecerlo.[90]

Y, sin duda, Voltaire lo consigue: ser filósofo y no parecerlo. En realidad, para él los cuentos eran divertimentos, pequeños entretenimientos que redactaba para relajarse y divertirse, mientras preparaba obras más eruditas, de historia o de filosofía, de pesada elaboración y de mayor documentación. Como buena parte de la producción volteriana, desde los versos a la correspondencia, estos cuentos nacieron en los entreactos, en un rato libre, cuando la mente del filósofo, en plena producción literaria, derivaba hacia el diletantismo y el gozo de la creación sin barreras de tipo academicista. Es el Voltaire más fresco, malévolo y espontáneo. El propio autor no hablaría de «cuentos» hasta el año 1771; para él eran pequeñas narraciones «que animaban la filosofía», cuando no una tontería sin más interés *(une coïonnerie)*. En especial, tenía una particular estima por la parodia del cuento

89 E. Pilon, *Préface de Candide ou l'optimisme*, París, Le Livre Français, 1924, pág. 10.

90 N. de Condorcet, *op. cit.*, pág. 149.

oriental (*El mozo de cuerda tuerto, Carta de un turco, Así va el mundo, Historia de un buen brahmín, La princesa de Babilonia...*), pero también imitaba el género epistolar de Richardson (*Las cartas de Amabed*) o incluso el contenido moral de Jean-François Marmontel (*Jeannot y Colin*). El propio *Cándido* nació como una especie de relato picaresco a la moda de Le Sage, hasta alcanzar un volumen que lo separa del resto de las otras narraciones y tratarse, en palabras del propio autor, de una pequeña novela. Este relato constituyó su mayor éxito literario, y a pesar de figurar en seguida entre los libros prohibidos en París y Ginebra, al mes de su aparición ya se habían vendido seis mil ejemplares. No obstante, para Voltaire estos relatos no constituían en absoluto una parte verdaderamente sustancial de su obra, y se asombraría de haber pasado a la posteridad como el autor de *Cándido*, y de que esta *coïonnerie* fuera su *chef-d'oeuvre*.

Y, sin embargo, ¿qué tiene de especial esta obra para que los críticos hayan dicho que «tout le génie français est là»? ¿Para que Gustave Flaubert afirmase que era el resultado de la condensación de sesenta volúmenes y de medio siglo de esfuerzo?[91] Sin duda, en *Cándido* está lo mejor de Voltaire: un cuento divertido pero con trasfondo triste, que denuncia lo disparatado y cruel del mundo. «—¿Qué es optimismo?, decía Cacambo. —Ay, dijo Cándido, es la manía de sostener que todo está bien cuando todo está mal.» *Cándido* es una burla de la filosofía de Leibniz y de su lema «Todo es para bien»: al protagonista y a sus amigos les suceden las más aparatosas desgracias e intentan sobrellevarlas con los apurados sofismas leibnizianos. Hasta el punto de sostener el doctor Pangloss que «las desgracias particulares hacen el bien general, de suerte que, cuantas más desgracias particulares hay, tanto mejor va todo». Voltaire llevaba consigo una buena nómina de «desgracias particulares», como lamuerte de Madame du Châtelet, la ruptura con el rey de Prusia, la barbarie de Frankfurt, su exilio de París, y a éstas se sumaban las desgracias colectivas, como el maremoto de Lisboa, la guerra de los Siete Años, el atentado de Damiens en París... En este sentido, concluía el filósofo, por necesidad debía de vivir en el mejor de los mundos. En *Cándido* está *tout le génie français*: no sólo enlaza como decíamos con la novela picaresca (Alain-René Le Sage), sino también con el texto educativo (Fénelon), con la novela cómica (Paul Scarron,

---

[91] A. Coudreuse, «Flaubert, lecteur du XVIIIe siècle: pathos, ironie et apathie dans la *Correspondance*», *La Licorne* 43 (diciembre de 1997), pág. 12.

François Rabelais), con el cuento dentro del cuento (abate Prévost)... Y al mismo tiempo, el filósofo aprovechó para saldar cuentas pendientes: el rey de los Búlgaros, cuyos soldados violan a Cunegunda (la novia de Cándido), no puede ser otro que Federico II; las alusiones anticlericales se concretan en virulentos ataques contra la Inquisición, contra los jesuitas y en general contra los monjes y los curas, que aparecen como vulgares ladrones; y una sátira mordaz contra la nobleza impregna todo el texto. En efecto, *Cándido* es la confirmación de la máquina de guerra volteriana, una burla general de las pobres y fatuas pretensiones del mundo; de algún modo encumbra el siglo XVIII: todo el ingenio francés está ahí. Por ello, cuando el hijo de Lord Chesterfield le preguntó a su padre si tenía que comprar la *Enciclopedia*, éste le contestó: «La compraréis, hijo mío, y os sentaréis encima para leer *Cándido*».

Como bien señala Étienne Calais, esta «especie de pequeña novela» marca el inicio de la cruzada volteriana contra el fanatismo, contra todas las formas de superstición y de alienación.[92] La fórmula «Écrasez l'infâme» [Aplastad al infame] servirá de grito de guerra al partido de los filósofos, y de algún modo esta obra supone para Voltaire el paulatino abandono del mundo de la belleza (la poesía) y su consagración al imperio de lo útil (al alegato filosófico y combativo). A partir de *Cándido*, Voltaire es más filósofo que poeta, y también a partir de aquel momento dará mayor importancia a su independencia: a su libertad. Al mismo tiempo se fue construyendo la imagen pública moderna del filósofo: el librepensador, el luchador contra las injusticias, contra el abuso del poder, el defensor, en definitiva, del pueblo. Es posible que sin la persecución alemana este Voltaire más batallador y entregado nunca hubiera existido; Prusia, y en especial la barbarie de Frankfurt, fueron su Rubicón, ese paso que divide su biografía en dos mitades.

El pensador se transformó en un activista, orgulloso de su condición de exiliado, de haber sido apartado, cultivando la imagen de proscrito, de refugiado, de escritor amenazado por denunciar las grandes injusticias del mundo. Desde su exilio tejió una inmensa correspondencia con sus corresponsales por toda Europa, que al parecer de algunos de sus biógrafos constituye su obra maestra.[93] De

[92] É. Calais, «Candide», en É. Calais (ed.), *op. cit.*, 1995, pág. 65.

[93] B. Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, Ediciones Siruela, 2001, pág. 324.

este modo, Voltaire recuperó la respetabilidad —nunca perdida del todo, pero sí algo maltrecha tras su paso por Prusia— y por fin se vio reconocido en su condición de gran señor y filósofo. Primero en Les Délices, y después en Ferney, construirá su nuevo mundo.

El jardín de Ferney

«El final de *Cándido*: "pero tenemos que cultivar nuestro huerto", es la mayor lección moral que exista», le escribió Flaubert a Edmond de Goncourt. En otra carta insiste: «El final de *Cándido* es para mí la prueba más llamativa de un genio de primer orden. La garra del león está marcada en esta conclusión tranquila, tonta como la vida». En contra de lo que algunos detractores volterianos han afirmado, no se trata de una sentencia de renuncia, o de egoísmo, sino tan sólo de una advertencia sobre la necesidad de confiar solamente en uno mismo, en el propio trabajo, en el fruto del esfuerzo. Tras peregrinar por medio mundo, tras ver la burda crueldad con la que millones de hombres se dejan degollar (que diría Micromegas), ora en Alemania, ora en América, ora en la India, el antaño cándido optimista —y ahora desengañado— concluye que tan sólo cabe creer en uno mismo. La fórmula de Martín: «Trabajemos sin razonar, es la única manera de hacer la vida soportable» también es volteriana, y nos remite a los viejos y queridos consejos de Madame du Châtelet. El trabajo es el mejor lenitivo contra este absurdo y enconado mundo; dediquémonos a él en cuerpo y alma, y seguro que atenuará nuestros sufrimientos en este valle de lágrimas.

Y bajo esa proclama, Voltaire fundó Cartago. Compró el señorío de Ferney, en la tierra franca de Gex, una tierra de nadie entre Ginebra y Francia, y se convirtió en amo y señor, con súbditos bajo su protección. Quien fuera azote de la nobleza se veía así convertido en aristócrata (sin título pero con vasallos), en una de sus características contradicciones, en uno de aquellos *secundum quid* que tanto han dado que hablar. Y no obstante, ¡con qué ilusión aportará mejoras a los pobres siervos del valle de Gex! ¡Cómo se preocupará por ellos, cómo los protegerá, cómo les prestará dinero (sin intereses y en los momentos de mayor penuria)! De algún modo, el filósofo puso en práctica los ideales de las Luces y se transformó en un agricultor empedernido (preocupado por las innovaciones que experimentaba en los huertos de Ferney, en un trozo de tierra que tenía reservado para sus propias prácticas), en un ganadero,

en un pequeño y aplicado empresario. Llevó el agua potable a Ferney (la primera fuente del pueblo), construyó un colegio, creó una industria de relojes... Como indica Pomeau,[94] uno de los motivos de comprar Ferney fue poder hacer el bien a aquellos pobres campesinos que, durante una breve visita de paso, tanto lo habían impresionado en la rotundidad de su miseria. De este modo, en una nueva metamorfosis —consecuencia de aquel «nuevo» Voltaire— el poeta de *La Henriada* se transformó en el patriarca de Ferney, una tierra recoleta que además le permitía respirar libremente, puesto que no dependía ni de Ginebra ni de Francia. Es un cambio de piel, hasta el extremo de escribirle a Madame du Deffand: «Existe un placer preferible a todos: es el de ver reverdecer las vastas praderas y ver crecer bellas cosechas. Es la verdadera vida del hombre. Todo el resto es ilusión».[95] El filósofo estaba muy orgulloso de sus tierras, de las que decía abastecerse totalmente: el pan, que se elaboraba con su trigo; el vino, procedente de sus viñedos; los terneros, que pastaban en sus prados... «No soy más que un campesino», decía a los visitantes mientras les mostraba sus campos y sus granjas. Fernand Caussy comenta que su celo y su asombro eran los del neófito, pero ante los parisinos aquel Voltaire entregado a sus tierras y a sus campesinos, que se ponía por encima de Abraham y de Jacob, se había ganado con toda justicia el título de patriarca de Ferney.[96]

Visitar el *château* de Ferney es una experiencia gratificante. Emplazado sobre una loma, aún lo rodean amplios campos donde pastan los rebaños, y se conserva una forma de vida que el patriarca conoció y protegió. El edificio es de factura noble, de dos alturas, con amplias terrazas que permiten divisar los impresionantes horizontes que cierran los Alpes y las montañas del Jura. Los jardines son agradables, con algunos de los árboles que plantó el propio Voltaire —muy aficionado a plantar árboles, hasta el extremo de transformarse en un «plantómano»—, con fuentes, paseos y parterres. Como dice Romain Rolland, es «el gran paisaje clásico de antes de Rousseau, de antes del romanticismo, de armonía plena y calma, con los acordes consonantes, finamente instrumentados, visión clara, dibujo neto y razón voluptuosa».[97] En este ambiente Voltaire se sintió cómodo, se abandonó y empezó a vestir de una manera infor-

---

[94] R. Pomeau, «Préface» a *Voltaire chez lui*, Yens sur Morges, Cabédita, 1999, pág. 7.

[95] C. Oulmont, 1936, pág. 153.

[96] F. Caussy, 1912, pág. 139.

[97] L. Choudin, 2002, pág. 5.

mal: si su gran detractor Jean-Jacques Rousseau —«el perro de Diógenes», como lo llamaba el patriarca— vestía con un estrambótico traje de armenio, Voltaire abandonó la moda de Versalles, reutilizó viejos y deslucidos trajes y se coronó con «un innoble gorro rojo, que produce un efecto muy diferente al que deberíamos esperar de tal sujeto», como comentó un escandalizado viajero.[98] Es el Voltaire vivo y siempre alegre que fijó el pintor Jean Huber en sus numerosos óleos, y que Garry Apgar ha estudiado en un bello libro.[99] La «leyenda» fue tomando forma; Voltaire «cultivaba su huerto», ponía en práctica los ideales de las Luces: escribía teatro, dictaba su inmensa correspondencia, ensayaba nuevos métodos de cultivo, pedía favores para sus pobres campesinos, plantaba sus árboles, recibía viajeros (entre ellos, «tres o cuatrocientos ingleses»). Poco a poco, a pesar de su aislamiento, Ferney devino uno de los lugares más fascinantes de Europa y el símbolo de la *philosophie* del siglo.[100] *Le Roi Voltaire* —como será llamado por el rimbombante Arsène Houssaye— reinaba en sus tierras: la marquesa Du Deffand se lo confirmaba con clarividencia: «Habéis sido deificado en vida y Ferney es el templo». El propio patriarca así se lo acabó creyendo, y en la capilla adyacente al castillo, tras su restauración, hizo poner la siguiente inscripción: «Deo erexit Voltaire». De rey a rey, de Dios a Dios. Y el exilio —y la distancia— resultó particularmente fecundo. Voltaire era informado de todo cuanto acontecía en París y en Francia; sus constantes visitantes le transmitían todos los sucesos europeos, y con la correspondencia, que cada mañana dictaba a su fiel secretario Jean-Louis Wagnière, conseguía intervenir e influir en «la opinión pública». Jürgen Habermas ha mantenido en una de sus tesis que el nacimiento de la opinión pública ilustrada estuvo, por un lado, ligado a la formación de un espacio público burgués y, por otro, fue paralelo a la afirmación del capitalismo.[101] Voltaire, desde su autonomía y su conseguido bienestar burgués, se podía permitir aquel combate ideológico, con mayor libertad que de estar al servicio de cualquier monarca; deseaba que «esa gente que está tan orgullosa de sí misma viajase un poco y escuchase lo que dicen de ellos por Eu-

[98] C. Oulmont, 1936, pág. 8.

[99] G. Apgar, 1995.

[100] J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseau, 1995, pág. 543.

[101] E. Tortarolo, «Opinión pública», en *Diccionario histórico de la Ilustración* [edición de V. Ferrone y D. Roche; traducción de J. L. Gil Arista], Madrid, Alianza, 1998, pág. 236.

ropa». Y en este sentido el patriarca les facilitaba el trabajo divulgando lo que pensaba de aquellos sujetos tan ridículos y pagados de su persona: su correspondencia con la emperatriz de Rusia, con el rey de Prusia, con el rey de Polonia, con el rey de Dinamarca, con el landgrave de Hesse, con la duquesa de Saxe-Gotha, con la princesa de Nassau-Sarrebruck, con la margrave de Bade, con la princesa de Darmstadt, con altos dignatarios de la república de Berna y con todo aquel que tuviese un cierto peso en el mundo de las Luces, lo convertía en un temible adversario para el más poderoso de los mortales.

Pero en Ferney también hallamos un Voltaire profundamente humano, muy familiar. Madame d'Épinay, que pasó dos años en Ginebra, explica maliciosamente aquel ambiente doméstico:

> Madame Denis es para morirse de risa; es una pequeña gruesa mujer, toda redondita, de alrededor de cincuenta años, mujer como no se puede ser más, fea y buena, mentirosa sin quererlo y sin maldad; sin ingenio y aparentando tenerlo; gritando, decidiendo, politiqueando, versificando, razonando, y desrazonando, y todo eso sin demasiadas pretensiones, y sobre todo sin sorprender a nadie. Adora a su tío, al que quiere como tío y como hombre; Voltaire la mima, se ríe de ella y la venera: en una palabra, esta casa es el refugio y la unión de los contrarios, y un espectáculo encantador para el visitante.[102]

A aquel ambiente extravagante contribuía la presencia del padre Adam, un ex jesuita que durante más de doce años acompañó al poeta en su destierro y con el cual jugaba al ajedrez, como describe James Boswell en un divertido episodio.[103] Jean Huber pintó muchas de aquellas escenas costumbristas: Voltaire jugando al ajedrez, visitando sus caballos, plantando árboles, hablando con los campesinos, recibiendo a los visitantes, tomando clases de equitación, actuando en el escenario del pequeño teatro, bebiendo una taza de chocolate que le sirve su bella doncella Agathe: en cada uno de aquellos cuadros hay una veracidad que los hace encantadores. Incluso cuando Huber se inventaba el acontecimiento, como en *La Santa Cena de Voltaire*, en la cual el patriarca —tocado con su gorro bermellón— aparece rodeado por sus discípulos (Saint-Lambert, Diderot, D'Alembert, Friedrich

---

[102] L. Perey y G. Maugras, 1885, pág. 69.
[103] J. Boswell, *Encuentro con Rousseau y Voltaire* [ed. de J. M. de Prada], Madrid, Mondadori, 1997, pág. 62.

Melchior Grimm, Jean-François de La Harpe...), la escena es tierna y divertida. Es la consumación del volterianismo, término que acuñó Grimm —o al menos lo divulgó— en su revista manuscrita *Correspondance littéraire*:

> Que al fin en Europa el feliz volterianismo
> De todo buen espíritu sea el catecismo.

El feliz volterianismo

Los versos de Grimm provienen de un poema del propio Voltaire, de su *Epístola al autor del libro de los tres impostores*, pero donde en lugar de feliz volterianismo se podía leer feliz tolerantismo. El cambio que se operó en la mente del filósofo durante estos años lo hizo mucho más sensible a las injusticias sociales, pero desde las *Cartas filosóficas* el término tolerancia fue unido a su causa de «Écrasez l'infâme». Desde joven, Voltaire se manifestó convencido de la necesidad de relativizar los dogmas, que dividían y destruían a los hombres. Combatió el dogmatismo religioso en el *Examen importante de milord Bolingbroke*, y en diferentes entradas del *Diccionario filosófico* (en los artículos «Concilios», «Dogmas», «Tolerancia»). En el *Poema sobre la ley natural* ridiculizó la crueldad y la hipocresía del clero, asociado al instrumento represor del Estado: «Un dulce inquisidor, crucifijo en mano, / al fuego, por caridad, hace echar a su hermano». Pero quizá desde su trance de Prusia, cualquier forma de violencia evocaba y removía en él la necesidad de la tolerancia como mayor bien de la humanidad. «¿Qué es la tolerancia? —escribía en el *Diccionario filosófico*—. Es el patrimonio de la humanidad. Todos estamos modelados de debilidades y de errores. Perdonémonos las necedades recíprocamente.» Lo que nos separa de las bestias es la capacidad de perdonar, o al menos de no responder con violencia; el uso de la razón y de la misericordia.

La detención de Jean Calas, su tortura y su posterior condena a muerte lo apenaron y lo enfurecieron sobremanera. Ian Davidson, en *Voltaire in exile*,[104] ha reconstruido con precisión todo el proceso. Jean

[104] I. Davidson, *Voltaire in exile: the last years, 1753-78*, Londres, Atlantic Books, 2004, págs. 90-95.

Calas era un próspero comerciante de ropas que vivía con su esposa en Toulouse, la ciudad más clerical de Francia; ambos eran protestantes y tenían cuatro hijos y dos hijas. Louis, su tercer hijo, se había convertido al catolicismo y había abandonado la casa. Una noche, después de cenar, encontraron el cuerpo sin vida del hijo mayor, Marc-Antoine, en la tienda del comercio de telas. El magistrado que instruyó el caso, David de Beaudrigue, escuchó la versión de la familia Calas (que fue sospechosamente contradictoria) y también atendió a algunos insidiosos comentarios de los vecinos. Finalmente, dejándose influenciar por el ambiente antiprotestante de Toulouse, acusó a la familia Calas de haber asesinado a su hijo para evitar su conversión al catolicismo. Davidson comenta que actualmente una conclusión así nos parecería disparatada, y que muy seguros tendríamos que estar de dicho infanticidio para atrevernos a avanzar por un camino tan escabroso. En realidad, parece ser que las versiones contradictorias de los miembros de la familia Calas venían precisamente del intento de disimular el suicidio de su hijo y así asegurarle un entierro digno. Pero Beaudrigue desatendió las dudas más razonables —entre ellas que otro hijo ya se había convertido antes sin haber sido asesinado por ello— e inició el proceso contra toda la familia. Al mismo tiempo se consideró a Marc-Antoine un mártir y se organizó en su honor un funeral aparatoso, con el féretro acompañado por cuarenta y seis monjes y por una solemne procesión de los Penitentes Blancos. Todo ello contribuyó a crear en la ciudad de Toulouse un clima de histeria colectiva y a reforzar la culpabilidad de la familia Calas: la justicia decidió que Jean Calas y su hijo Pierre debían ser torturados en la rueda y despedazados vivos, y la madre, ahorcada. Al final, la máxima sentencia se aplicó tan sólo al padre, y se acordó que el 9 de marzo de 1762 Jean Calas fuese descoyuntado en la rueda, expuesto por dos horas y posteriormente estrangulado y quemado en la hoguera. El juez concluía que este castigo era una reparación debida a la religión, por la conversión de su hijo que seguramente —*vraisemblablement*— había sido la causa de su muerte. Jean Calas sufrió todo el martirio, pero nunca confesó ser el asesino: lo sometieron al potro, le aplicaron el suplicio del agua, lo expusieron encadenado frente a la catedral, le rompieron los miembros y las costillas a golpes con una barra de hierro y, por último, lo ahorcaron y quemaron su cuerpo en la plaza pública.

Voltaire fue informado de la «horrible aventura» por un viajero de paso por Ferney. Al principio se mostró escéptico: a fuer de since-

ro, tanto le desagradaban los protestantes como los católicos. No obstante, se escandalizó de la falta de pruebas con la que habían condenado «al buen hugonote», y empezó a recabar información. En su correspondencia empezó a divulgar el infortunio de aquella pobre familia —día a día, de una manera muy emotiva— y a pedir ayuda a sus amigos para aquella pobre viuda y sus hijos desamparados («si a pesar de todo esa mujer tuviese alguna cosa que reprocharse —le escribía a D'Argental—, que la quemen, pero si como lo creo es la más virtuosa y desgraciada del mundo, en nombre del género humano protegedla»).[105] Poco a poco Voltaire se fue transformando en el bienhechor de aquella familia perdida y olvidada, y durante tres años vivió absolutamente obsesionado por todo el proceso.[106] La maquinaria de guerra volteriana se puso en marcha para la reparación de una injusticia sufrida por una familia desconocida y, en definitiva, de un intolerable abuso del Estado contra uno de sus súbditos. Y finalmente consiguió que se reabriese el proceso, se declarase inocente a la familia y se la indemnizase.

Aun así, a los filósofos les sorprendió aquel acto de valentía, aquella lucha tan desinteresada, que conllevaba importantes riesgos, además de una notable inversión de tiempo. Diderot le escribía a su amiga Sophie Volland (en una de esas cartas tan profundas que conforman uno de los libros más bellos del autor):

> Es Voltaire quien ha escrito a favor de la pobre familia. ¡Oh, amiga mía! ¡Qué maravilloso despliegue de la inteligencia! Este hombre debe de tener alma, después de todo, una sensibilidad que se subleva ante la injusticia y que se siente atraída por la virtud. Porque... ¿quiénes son los Calas para él? ¿Por qué tendría que interesarse en ellos? ¿Por qué habría de interrumpir el trabajo que ama para salir en su defensa? Si existiera Cristo, os aseguro que Voltaire será salvado.[107]

«Si existiese Cristo, os aseguro que será salvado.» Al defensor de los Calas esta jaculatoria le habría divertido y le habría compensado tanto sacrificio desinteresado, sobre todo viniendo de Platón-Diderot, como lo solía llamar, y con el cual, contra lo que pudiera parecer, no

[105] Voltaire, *Oeuvres complètes...*, *op. cit.*, t. 62, pág. 323.
[106] J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseau, 1995, pág. 187.
[107] P. Blom, *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*, Madrid, Anagrama, 2007, pág. 344.

tenía demasiado buenas relaciones. Diderot lo consideraba un entrometido, un intrigante, «el niño malicioso y extraordinario de Les Délices, el ilustre bandolero del lago».[108] Pero la pregunta del director de la *Enciclopedia* no es baladí, máxime porque, al decir de Philipp Blom, tras estas líneas parece haber una nota de pesar por no haber sido él, Diderot, quien hubiera saltado en defensa de un acusado injustamente. Es lícito, pues, preguntarse por qué Voltaire se interesó por ellos. Creo que no se ha remarcado suficientemente el antes y el después que significó el proceso de los Calas, y cómo el patriarca de Ferney —con su imparable capacidad de persuasión— contribuyó a evitar nuevos atropellos: fue él quien descubrió a la opinión pública lo repugnante, lo siniestro, de aquel proceso: no era tan sólo algo injusto, sino algo «impropio» del hombre dieciochesco, algo que avergüenza a su siglo. El filósofo abrió los ojos de su sociedad ante una justicia anacrónica, y la sociedad quedó atónita ante lo que descubrió: las más horribles y atroces amputaciones y despellejamientos. Voltaire insistió tercamente hasta que se produjo «el triunfo de la razón en tiempos irracionales» (que diría Blom), hasta que la sociedad tomó cruda conciencia y, finalmente, se organizó una suscripción nacional a favor de la viuda del ejecutado, en la que contribuyó el propio rey. Fue el triunfo de lo bello frente a lo siniestro, la victoria de la luz del Renacimiento y de la Ilustración frente al período de oscuridad y de decadencia de la Edad Media. «Hay horribles desgracias de las que nos lamentamos un momento para olvidarlas inmediatamente», escribía al cardenal de Bernis; Voltaire no sólo quería denunciar de facto un caso concreto, sino que quería ir mucho más lejos: aspiraba a que aquella muerte sirviese de ejemplo para que nunca más volviese a producirse un episodio semejante, y para ello era necesario que se operara un cambio en la mentalidad del hombre occidental. Que no se olvidara jamás: y con tal incitación escribió el *Tratado sobre la tolerancia con motivo de la muerte de Jean Calas*.

Carlos Pujol, en el prólogo de la edición española de los *Opúsculos satíricos y filosóficos*, comenta que Voltaire, con un optimismo ya muy zarandeado, con este *Tratado* sólo aspiraba a amansar el cristianismo y hacerlo tolerante. «¿Y si entonces la Humanidad llegase a ser feliz, viviendo en paz y olvidando tantos tenebrosos asuntos inexplica-

[108] P. N. Furbank, *Diderot. Biografía crítica* [trad. de M. Teresa La Valle], Barcelona, Emecé, 1994, pág. 185.

bles?»[109] Quizás es así de fácil: acaso sin el cristianismo, y sin las religiones, los hombres serían capaces de vivir en paz: «Al viejo Voltaire le gustaría que las cosas fuesen así de sencillas y no regatea esfuerzos para persuadirse y persuadirnos de que así es», apostilla Pujol. De todos modos, en estas palabras del prologuista hay un deje de superioridad que no nos parece lícito, por cuanto valora el *Tratado* desde una época moderna, sin parar mientes que aquel escrito fue de inmediato puesto en el Índice y que su autor sufrió de nuevo la persecución por ello (y un año después un ejemplar del *Diccionario filosófico* fue quemado en la hoguera, durante la atroz ejecución de la sentencia al caballero La Barre). Y prosigue Pujol:

> No es ésta la ocasión de insistir en el desenfado con que se esgrimen los argumentos, el poco escrúpulo de Voltaire en este aspecto ya es proverbial; todo lo que favorece a sus propósitos le parece bueno y se utiliza sin ningún reparo (en lo cual no se diferencia de la mayor parte de sus antagonistas), acumulando errores, sofismas, extrapolaciones de puro valor propagandístico.

Y aun así, siendo cierto que para Voltaire aquellos textos eran de batalla (y, en efecto, a veces más cerca de un libelo que de un tratado filosófico), cómo rebatirle frases como: «Tenemos demasiada religión para odiar y perseguir, pero no tenemos la suficiente para amar y socorrer», o «Hay gente que pretende que la humanidad, la indulgencia y la libertad de conciencia son cosas horribles. Pero, de buena fe ¿habrían producido estas calamidades comparables [a las que ha producido el fanatismo religioso]?». Pero especialmente emotivo es el último capítulo, titulado «Oración a Dios» («las más bellas páginas no sólo de la literatura francesa, sino del pensamiento humano», escribe Adrien Lachenal),[110] donde interpela a Dios: «¡Ojalá todos los hombres se acuerden de que son hermanos! ¡Que odien la tiranía ejercida sobre sus almas como odian el latrocinio que arrebata a la fuerza el fruto del trabajo y de la industria pacífica!».

El *Tratado sobre la tolerancia* sigue siendo un símbolo de la lucha de la razón contra el crudo fanatismo religioso, y un texto en el cual refugiarse cada vez que la sinrazón religiosa sacude el mundo. Y es

[109] C. Pujol, «Prólogo» a *Opúsculos satíricos y filosóficos*, 1978, pág. XXXII.

[110] A. Lachenal, «Préface» à *Voltaire. Traité sur la Tolérance*, París, Les Éditions du Cheval Ailé, 1948, pág. 11.

precisamente aquella «cínica indiferencia confesional», como la tildaba el teólogo Gijsbert Bonnet,[111] lo que lo imanta de una energía que resiste el paso del tiempo. Voltaire no temía decir lo que pensaba, y si se alzó en defensa de los Calas, unos años antes ya lo había hecho en recuerdo del médico Miguel Servet,[112] que murió quemado, a fuego lento, en la plaza de Ginebra, sacrificado por el celo fanático de Calvino. En el *Ensayo sobre las costumbres* le dedicó unas páginas muy elogiosas («Miguel Servet, médico muy sabio, merecería gozar de una pacífica gloria por haber, mucho tiempo antes que Harvey, descubierto la circulación de la sangre»), y poco después publicó en el *Mercure de France* una carta en la cual llamaba «asesino de Servet» a Calvino y donde afirmaba que tenía «un alma atroz». Estos escritos le acarrearon muchos problemas, pero Voltaire replicó de nuevo con versos valerosos:[113]

No, no me engaño por decir
Lo que piensan las buenas gentes;
Y el sabio, que nada teme,
Tiene derecho de todo escribir. [...]

No me engaño cuando detesto
A esos asesinos religiosos
Que utilizan el hierro y el fuego
Para servir al Padre celestial.

Voltaire no temía decir lo que pensaban las gentes de bien, y así lo hizo en otros muchos casos (con el caso de La Barre, injustamente condenado a muerte y decapitado; con Pierre-Paul Sirven, acusado sin pruebas de haber asesinado a su hija; con el almirante John Byng, fusilado por no haber sabido impedir la caída de la isla de Menorca en poder de los franceses). Como escribe Pomeau, con su habitual clarividencia, el *affaire* Calas imprimió una orientación nueva a la moral francesa, como más adelante también lo hizo el

[111] A. Rotondò, «Tolerancia», en V. Ferrone y D. Roche (eds.), 1998, pág. 65.

[112] J. A. Ferrer Benimeli, *Voltaire, Servet y la tolerancia*, Sijena, Instituto de Estudios Sijenenses «Miguel Servet», 1980.

[113] J. Aiguader, *Miquel Servet*, Barcelona, Teide, 1981, pág. 235. *(Non, je n'ai point tort d'oser dire / Ce que pensent les gens de bien; / Et le sage, qui ne craint rien, / A le beau droit de tout écrire. [...] Je n'ai point tort quand je déteste / Ces assassins religieux / Employant le fer et les feux / Pour servir le Père céleste.)*

caso Dreyfus.[114] Por eso, más que los versos irrespetuosos —el alocado y divertido poema sobre Juana de Arco—, a la Iglesia le molestaba y preocupaba este nuevo Voltaire «farsante de tolerancia y de filantropía», como lo tildaba monseñor Dupanloup, obispo de Orleáns.[115] Si a los ojos de un creyente Voltaire se desacreditaba él solo con sus versos y epigramas irrespetuosos e impíos, en cambio esta nueva etapa, en la que daba ejemplo en Ferney, en la que socorría a los pobres, en la que ponía su pluma al servicio del inocente y del oprimido, incomodó al poder y, de manera muy especial —y eso hasta nuestros días—, al catolicismo más recalcitrante. Gracias a su *esprit*, Voltaire hizo del panfleto una obra maestra:[116] en él se anudaron la literatura con la política y la facilidad del estilo con la contundencia del mensaje. Sin duda constituyó un punto de referencia para otras obras críticas y de combate contra la religión y el poder, desde Jean-Jacques Rousseau al materialismo de Paul Henri Thiry d'Holbach, e impregnó todo el trasfondo intelectual que conduciría a la Revolución francesa.

Panfletos, cuentos, epigramas, obras de teatro... Voltaire remachó su crítica social y ese llamamiento a la tolerancia con la publicación de *El Ingenuo*. Mediante el socorrido recurso de la llegada de un indio salvaje americano a Francia, satirizó la sociedad francesa, la Biblia y la religión («todo creyente es un fanático en potencia»), el papel político que desempeñan las mujeres en la corte, los encarcelamientos arbitrarios y la falta de garantías de los ciudadanos, la incompetencia de los médicos, y sobre todo la teoría rusoniana del primitivismo: el salvaje no se humaniza sino cultivándose con la lectura. Si en el *Tratado sobre la tolerancia* el poeta denunciaba una brutalidad impropia de su siglo, en *El Ingenuo* atacaba las malas prácticas políticas, proclamando su fe en el progreso de la civilización como resultado del cultivo de la ciencia y de la cultura.[117] Ése fue siempre su credo: las luces de la razón.

---

[114] R. Pomeau, 1969, pág. 333.

[115] M. Dupanloup, *El centenario de Voltaire. Cartas dirigidas a los señores concejales de París*, Madrid, Espasa Hermanos, 1878.

[116] D. Mornet, *El pensamiento francés en el siglo XVIII. El trasfondo intelectual de la Revolución Francesa*, Madrid, Encuentro, 1988, pág. 27.

[117] N. Masson, *L'Ingénu de Voltaire et la critique de la société à la veille de la Révolution*, París, Pierre Bordas et fils, 1989.

Voltaire y los Alpes

Voltaire vivió dieciocho años en Ferney. Si sumamos los años pasados en la residencia anterior de Les Délices y el período prusiano, estuvo casi treinta años fuera de París. No obstante, en la capital del Sena se estrenaban todas sus obras y cosechaban éxitos, uno tras otro. El filósofo vivía para París, para triunfar en París, y toda su correspondencia tenía como objeto ese «estar presente en París», que era la capital cultural del mundo. Tratase con quien tratase en sus cartas, París aparecía como telón de fondo. Jamás consiguió trasplantarse, ni hacerse ginebrino, aunque a veces firmase como «suizo»; las grandiosas montañas lo dejaban indiferente y la naturaleza salvaje le interesaba poco. No hay en su obra una percepción romántica del paisaje; nada más lejos de su disposición natural que escribir un poema de ensalzamiento a los Alpes como hizo Albrecht von Haller: para el autor de *La Henriada* la naturaleza más bella era la ordenada en el jardín, y la mejor geografía era la abancalada, con una buena producción agrícola. Aquellas montañas, como escribió en una bella epístola, «aplastan los infiernos y tocan los cielos», pero en verdad no le sugerían mucho más.[118]

Y aun así la presencia inmediata de los «sublimes horrores» alpinos le animó a reflexionar sobre la naturaleza. Voltaire era deísta, creía en un Dios creador de todas las cosas, en un «Gran Relojero» supremo e inaccesible al hombre. Ese Dios geómetra había establecido un orden matemático que el buen científico podía aprehender (¿y quién mejor que Newton?), pero su racionalismo le impedía dar crédito a teorías poco contrastables, entre ellas a las nacientes tesis transformistas o evolucionistas. Desde muy joven se negó a aceptar que los fósiles que se encontraban en las montañas fueran restos de un tiempo pretérito; en 1748 plasmó su particular punto de vista en una *Disertación sobre los cambios acaecidos a nuestro globo*, que publicó de manera anónima y en la que ridiculizaba las concepciones catastrofistas de los naturalistas ingleses: a su parecer era mucho más verosímil que aquellas «conchas» que se encontraban en las montañas fueran restos del paso de algún peregrino que sostener que allí hubo alguna vez un mar. El conde de Buffon, seguramente sin sospechar que el

[118] D. Mornet, *Le sentiment de la nature en France. De J.-J. Rousseau a Bernardin de Saint-Pierre*, París, Hachette, 1907, pág. 273.

autor de aquella tesis estrambótica era Voltaire, replicó con guasa en el primer volumen de la *Historia natural* (1749):

> Los peces petrificados no son, a su parecer, más que peces extraños despachados de la mesa de los romanos porque no estaban frescos; y en cuanto a las conchas dice que son de los peregrinos de Siria que las han traído de los mares de oriente... ¿Por qué no ha añadido que son los monos los que las han subido a las cimas de las montañas?... ¿Cómo es posible que personas cultivadas y que incluso se las dan de filósofos tengan aún ideas tan falsas sobre este tema?[119]

Las relaciones entre Buffon y el poeta nunca fueron demasiado buenas (aunque fue de los pocos *philosophes* que lo visitó en Cirey), y, a partir del altercado de los fósiles —episodio que coincidió con la muerte de la marquesa Du Châtelet—, se volvieron muy tirantes. El naturalista se excusó ante el autor de *La Henriada* y éste cerró la polémica con una frase tajante: «No quiero enemistarme con M. de Buffon por unas conchas». Pero en su fuero interno no se daba por vencido y siguió con frialdad la publicación de la *Historia natural*, y sólo el volumen dedicado a la *Historia natural del hombre* recibió elogios suyos: «Esta pequeña obra nos enseña físicamente a vivir y morir».[120] Y sobre todo siempre siguió interesado en la historia natural, con aquella tenacidad y obstinación que tanto lo caracterizaban; nunca se daba por vencido, y aunque no estaba dispuesto a enemistarse con Buffon por unas conchas, tampoco daba su brazo a torcer. «On n'échappe pas à sa nature», podría decir el poeta parafraseando a La Fontaine y su fábula de la rana y el escorpión; aun aceptando lo extravagante de su tesis del origen de los fósiles, más inaudita le parecía la propuesta de los naturalistas catastrofistas. Además, a su parecer, su tesis alcanzaba un monto de verdad mayor, por cuanto se basaba en una concepción fijista e inmutable de las especies propugnada por naturalistas como Carl von Linné; siguiendo esta línea argumentativa, el poeta se mostró en total desacuerdo —y en este caso, acertadamente— con la generación espontánea, y se opuso a los resultados del abate Needham, protegido del conde de Buffon, que creía haber descubierto el surgir de la vida en una infu-

[119] J. Roger, *Buffon, un philosophe au Jardin du Roi*, París, Fayard, 1989, pág. 262.

[120] R. Rey, en J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseau, 1995, pág. 179.

sión de carne previamente esterilizada.[121] Pero esa lógica fijista también lo conducía a oponerse a la extinción y a la transmutación de las especies.

En cualquier caso, su interés por la historia natural denota al menos una considerable curiosidad intelectual. Voltaire experimentaba por su cuenta, y reprodujo los ensayos de Lazzaro Spallanzani con babosas,[122] que había demostrado la capacidad de regeneración de las cabezas. Escribe Pomeau:

> Un buen día el señor de Ferney hace recolectar un lote de babosas y caracoles (veinte babosas y ocho caracoles). Corta o hace cortar la cabeza de esos pequeños animales y los deja en observación. Al cabo de quince días la mitad de los caracoles han muerto. En cambio, las babosas aguantan bien y ¡oh maravilla, en dos de ellas se regeneran las cabezas![123]

El señor de Ferney comunicó los resultados de «sus cabezas renacientes» a Spallanzani, con el que mantenía desde el asunto de John Turberville Needham una amable correspondencia, y de inmediato los hizo públicos en su opúsculo titulado *Los caracoles del reverendo padre L'Escarbotier* (1768), en el cual atacaba no sólo a las órdenes religiosas (en este caso a los capuchinos, con su jerga repleta de perífrasis anfibológicas e incomprensibles), sino también a los partidarios de la generación espontánea, e introducía cuñas malévolas contra el origen de los fósiles y contra los caracoles amorosos de su eterno enemigo Maupertuis. Ese mismo año escribió *Sobre las singularidades de la naturaleza*, un compendio de sus dudas y de sus propios experimentos que, trufado de errores (aunque también con notables aciertos), es una excelente muestra de las disquisiciones intelectuales del momento sobre el origen de la vida y las leyes que actúan sobre ella. Voltaire, como diría Madame du Deffand, pertenecía al Ancien Régime, y por más que lo intentara no podía columbrar el brillante futuro que aguardaba a las ciencias naturales. Las ideas materialistas de Diderot, que osaba ver la naturaleza como una sustancia única, de moléculas en continuo movimiento,

---

[121] S. A. Roe, «Voltaire *versus* Needham: Atheism, Materialism, and the Generation of Life», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 46, n.º 1 (enero-marzo de 1985), págs. 65-87.

[122] L. Spallanzani, *Prodromo di un'opera sopra le reproduzioni animali*, 1764, pág. 60.

[123] R. Pomeau, 1985-1995, t. II, pág. 307.

le parecían más propias de un visionario (como el loco De Mallet, que en *Telliamed* había propuesto que los animales terrestres provenían de los marinos) que de un filósofo serio y reflexivo.[124] Su concepción del mundo, fundada exclusivamente sobre la física y la matemática, permaneció así cerrada a las ciencias de la vida; para él, la formación del reino vegetal y animal reposaba sobre leyes matemáticas mucho más complejas que las que afectaban a la materia inanimada, y resultaba muy arriesgado aventurar cualquier hipótesis explicativa sobre los misterios de la vida.

Sobre las singularidades de la naturaleza es, pues, un texto de batalla contra preevolucionistas, epigenistas y materialistas. Tan orgulloso estuvo de él que se lo envió triunfante a Catalina II (que a los pocos meses recibiría la visita de Diderot). Permanece inédito en español, pero su interés es evidente, toda vez que muestra no sólo la percepción social de la naturaleza durante aquellos años de cambio, sino también las ideas religiosas de Voltaire, siempre favorables a un Creador, a un Gran Arquitecto que habría creado el mundo y todos sus seres vivos con unas leyes inmutables, y totalmente contrario al materialismo ateo, propugnado por Buffon, Diderot y D'Holbach.[125] Del mismo modo que había desmontado la generación espontánea de Needham y Buffon,[126] seguía dudando del origen marino de los fósiles, de que el pólipo de agua dulce fuera un animal, e incluso ponía en solfa las diferentes castas de abejas, que decía haber estudiado a fondo en sus cuatrocientas colmenas de Ferney. Con su habitual desparpajo y su estilo *moqueur* inconfundible, volvía pues a la carga:

> Un médico me ha escrito a propósito de una ostra petrificada que ha encontrado por el Monte Cenis. Debo creerle, y en verdad estoy muy asombrado de que no se hayan encontrado centenares. Los lagos vecinos dan vida a gruesos mejillones cuya concha recuerda la de las ostras; las llaman incluso pequeñas ostras en más de un cantón. ¿Es por otra parte tan novelesco reflexionar sobre la multitud innumerable de peregrinos que partían a pie desde Santiago en Galicia, y de todas las provincias, para ir a Roma pasando por el Monte Cenis, con sus sombreros cargados de conchas?

---

[124] P. Lepape, *Diderot*, París, Flammarion, 1991, pág. 345.

[125] L. Versini, *Denis Diderot, alias Frère Tonpla*, París, Hachette, 1996, pág. 123.

[126] A. Pichot, *Histoire de la notion de vie*, París, Gallimard, 1993, pág. 433.

Y si eso no le parecía demasiado novelesco, en cambio sí que se lo sugería el sistema de castas de los himenópteros sociales descrito por René-Antoine Ferchault de Réaumur:

> No sé quién fue el primero que dijo que las abejas tenían un rey. No es probablemente un republicano quien tuvo esa idea. No sé tampoco quién les dio después una reina, ni quien supuso que esta reina era una Mesalina que tenía un prodigioso harén, que se pasaba la vida haciendo el amor y dando a luz, que ponía e incubaba alrededor de 40.000 huevos por año. Incluso han ido más lejos y se ha pretendido que engendraba tres especies diferentes: reinas, zánganos y criadas llamadas obreras, lo cual no está de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Voltaire, como también sucede con Goethe, no está en un solo libro, sino en la suma y contraste de todos ellos. *Sobre las singularidades de la naturaleza* nos descubre su «sistema»: el de un gran Ser, que todo lo ha hecho y que ha dado a cada elemento, a cada especie, a cada género, su forma, su sitio y sus funciones eternas. Su deísmo, como señala Pomeau,[127] se opone a la idea de la evolución, y como afirma con rotundidad en *Sobre las singularidades*: «No creo descender de un lenguado o de un bacalao». Voltaire, para eterna decepción de sus seguidores, estaba muy lejos de Charles Darwin.

No obstante, sería del todo injusto ridiculizar el deísmo volteriano (o «teísmo», como él prefería denominarlo). También Jean-Jacques Rousseau fue deísta, y el ateísmo era usufructo casi exclusivo de la *coterie* del barón d'Holbach (de los «energúmenos ateos», como los tildaba el señor de Ferney). D'Holbach acusaba a los deístas de ser contradictorios y les planteaba una pregunta incómoda: «¿Cómo un Dios habría creado esta cloaca espantosa repleta de dramas y miserias?». El defensor de los Calas no encontraba palabras suficientemente elocuentes para replicar y se veía ahora sitiado no sólo por los fervientes religiosos (entre ellos el abate Bergier, autor de un brillante libro contra el deísmo),[128] sino también por los «energúmenos». Voltaire lidiaba ahora con un grupo de «dogmáticos» que de algún modo (y ésa era la opinión de los muchos fervientes católicos) había contribuido a crear. Como advierte divertido Pomeau, el poeta se vio en la necesidad de reclamar tolerancia a este grupo de exaltados ateos.

[127] R. Pomeau, 1969, pág. 408.
[128] N. Bergier, *Le déisme réfuté par lui-même*, París, 1766.

Y el buen Charles Duclos, autor de un agradable libro sobre las costumbres de su siglo, concluyó que la obra de estos autores del partido de la intolerancia lo incitaba a ir a misa.

Jesuitas, jansenistas, molinistas, luteranos, calvinistas, deístas y ateos configuraban un escenario perfecto para un nuevo cuento de Voltaire. El poeta no sólo defendía a Dios por ser una idea útil para la sociedad (es famoso su epigrama: «Si Dios no existiera habría que inventarlo»), sino también porque creía que era un sentimiento necesario para su ser moral. Como dice André Maurois, Voltaire fue el escritor consagrado de los adversarios de la Iglesia, y según el diccionario de Émile Littré un volteriano es un hombre «que experimenta sentimientos de incredulidad burlona respecto al cristianismo».[129] Pero nunca un enemigo de Dios. Todo lo contrario, a un paso de la Revolución francesa declaraba bien alto que era «adorador de un Dios amigo de los hombres». Es importante este matiz, para evitar una fácil tergiversación de la personalidad religiosa del filósofo.

La muerte de Luis XV y la llegada al poder de Luis XVI con un equipo de ministros más próximo a los ilustrados lo animaron a regresar a París. Llevaba casi tres décadas en el exilio y tenía ochenta y cuatro años, pero sus viejos amigos lo aguardaban y lo alentaron a dar el paso. De nuevo su suerte estaba en manos del destino.

Regreso a París

Los años transcurridos en Ferney lo habían purificado de sus desmanes prusianos. De algún modo, entre aquellas montañas nevadas durante nueve meses del año, la «marmota de los Alpes» —como le gustaba llamarse— había llevado a cabo su purga, su catarsis, una higiene anímica que le había permitido sobrellevar la barbarie de Frankfurt, la indiferencia de París, la muerte de la marquesa Du Châtelet, sus períodos en prisión, la persecución y la maledicencia. En Ferney había renacido, se había producido un giro en la fortuna, el paso de una situación desgraciada a una venturosa: hay en la vida de Voltaire la constante peripecia del héroe que batalla contra fuerzas desconocidas e indomeñables, con una vida escalonada por períodos de paz a los que siguen momentos álgidos especialmente trágicos. Pero Ferney —como antes lo fue Cirey— le había permi-

[129] A. Maurois, 1938, pág. 104.

tido recuperar la autoestima, y el temor y la compasión habían quedado sublimados por un inmenso poder. Era el poder de un anciano de ochenta y cuatro años, pero de un anciano llamado Voltaire, con su prestigio internacional a cuestas. Posiblemente era el escritor vivo más célebre del mundo.

En la novela *El regreso de Voltaire*[130] recreo ese momento épico en el que este anciano sube a su carroza —azul, con estrellas doradas y tirada por seis caballos negros— para retornar a París. Es uno de los episodios más bellos de su biografía, y acaso también del siglo XVIII: el patriarca de Ferney abandona sus tierras y los campesinos lo despiden con lágrimas en los ojos. El pretexto era asistir al estreno de *Irene*, su última obra teatral, y su deseo, regresar en un par de meses a Ferney. Gustave Lanson escribe que «se moría de ganas de disfrutar su gloria», y es cierto: morir sin ver por última vez París, donde además la nueva reina María Antonieta lloraba con sus tragedias, le resultaba insoportable.[131] Pero también lo hería el pensamiento de abandonar sus tierras y no regresar; el temor al cambio y, sobre todo, a la reacción del nuevo rey, que, aunque más permisivo, no había retirado la orden de exilio del poeta. Voltaire, como él mismo diría en la aduana de París, viajaba de contrabando, y de algún modo se exponía a peligros que no sabía cuantificar: la posibilidad del arresto, de una nueva persecución, la enfermedad, el descrédito. Y aun así, aquel octogenario —que tantas veces se había dado por muerto y que, por decirlo de un modo que le sería grato, siempre había resucitado milagrosamente— aceptó su destino, y con una valentía que nadie se atreverá a negarle, se enfrentó a lo que sin duda sabía que rubricaba una de las biografías más brillantes de su siglo. El regreso a París significó un nuevo y último Rubicón: no había vuelta atrás —aunque quería engañarse y dejó sus libros y papeles en Ferney—, y mientras veía alejarse la silueta de los Alpes, y en especial aquella mella en la cordillera del Jura que tanto había definido su paisaje, le embargaba la doble emoción de partir y de regresar.

Los biógrafos de Voltaire no han prestado suficiente atención a la obra *Irene*, su último gran éxito teatral. Extraviados en los mágicos —y después dramáticos— momentos del retorno, han despreciado este último trabajo, que consideran más bien un divertimento pero en

---

130 M. Domínguez, *El regreso de Voltaire*, Barcelona, Destino, 2007.
131 G. Lanson, 1906, pág. 198.

absoluto una obra maestra.[132] Y aunque ello es cierto, una lectura atenta descubre innumerables ecos sobre el destino y el destierro, y sobre la necesidad de regresar y de «mostrarse»: Alexis, el principal protagonista de la obra, vuelve a su país para recuperar su trono y a su mujer Irene, que le ha arrebatado un déspota impostor. Su regreso es un acto de valentía; el héroe se muestra y vence, y recupera a su amada; pero lo bello y lo siniestro se complementan, y Alexis entiende que ya es tarde, que ya le han arrebatado lo que más ama, y que, como diría Benjamin Constant, el daño es irreparable. Con el regreso de Voltaire se produce algo semejante: la emoción profunda de reconocer la ciudad amada y al mismo tiempo una incapacidad de volver a integrarse, una turbación que se junta con el odio por haberle sido negada la vida que se merecía (en realidad, ¿qué había hecho él para merecer aquel castigo?).

Y, sin embargo, su retorno causó conmoción en la sociedad parisina: su residencia en casa del marqués de Villette, frente al Louvre, fue visitada por centenares de amigos y curiosos; incluso Benjamin Franklin acudió para inmortalizar el encuentro. Voltaire estaba de moda e *Irene* triunfó; Madame du Deffand escribió, con su sagacidad característica, que nunca una obra había sido tan poco escuchada y tan aplaudida. Aquellos aplausos, y aquella coronación del busto de Voltaire en el escenario —mientras el poeta lloraba en el palco y exclamaba que querían matarlo de placer—, no eran sólo por la tragedia de Alexis (ese último trasunto suyo), sino por el hombre de los Calas, por el defensor de los oprimidos, por el escritor «que ha enseñado a pensar». La gloria unida al patetismo; porque Voltaire, al mostrarse y regresar a sus orígenes, conoció en persona su gran popularidad (aspecto forzosamente difuminado en Ferney), pero al mismo tiempo también percibió que aquellos tiempos ya no eran los suyos, que se había quedado algo anticuado, no sólo en la forma de vestir sino también en la manera de pensar. Aquel París prerrevolucionario, que aplaudía al poeta por lo que había sido, ya no era el mismo: él quizá les había enseñado a pensar, pero el pueblo había seguido su camino y él se había quedado algo al margen. No obstante, su popularidad era inmensa: el célebre escultor Jean-Antoine Houdon realizó una escultura del filósofo sentado, vestido *à l'ancienne*, con una túnica, y tocado con la cinta de la inmortalidad, que culmina una de las

[132] H. Lion, *Les tragédies et les théories dramatiques de Voltaire*, París, Librairie Hachette, 1895, pág. 407.

iconografías más vivas, fecundas y divertidas de un escritor.[133] Desde Maurice Quentin de Latour a Jean-Baptiste Pigalle y Houdon, no hay imagen de Voltaire que no irradie su irresistible personalidad.

A. Houssaye escribe que la mayor conquista de Voltaire fue su obra póstuma: la Revolución francesa.[134] No lo creo, y sin duda el defensor de la tolerancia se habría horrorizado de la cruda e indiscriminada matanza de los jacobinos. Más bien al contrario: muy posiblemente los *philosophes* jamás habrían imaginado que, so pretexto de la libertad, se pudiera llegar a aquellos grados de barbarie. Pero de algún modo, tanto él como Rousseau, con Diderot y D'Alembert como escuderos, fueron los motores de un imparable cambio social que en aquellos días estaba en pleno proceso. Por tanto, su glorioso regreso incomodó al rey y a los ministros, que recabaron información; asimismo, la Iglesia mostró su indignación por la impunidad con la que el autor de *La doncella* y de tantos otros libros y libelos prohibidos gozaba de su éxito. ¿Con qué fin había vuelto Voltaire? ¿Qué urdía?, se preguntaban inquietas las autoridades.

No es ahora momento de desgranar los avatares y los pormenores de los últimos días de Voltaire. Los biógrafos explican que tantas emociones hicieron enfermar al eterno moribundo, que al final sucumbió a tanta presión y murió el 30 de mayo de 1778. Algunas biografías pasan muy rápidamente por estos últimos días, y en Francia este asunto siempre ha producido una cierta incomodidad. Ni los biógrafos desean profundizar en los últimos episodios, con un Voltaire delirante que aceptó confesarse tras ser indecentemente presionado por la Iglesia, ni los franceses quieren recordar con demasiado detalle las circunstancias por las que pasó el cadáver, sin corazón y sin cerebelo (que se conservaron como reliquias), y que tuvo que ser enterrado fuera de París (en Scellières, Troyes, a tres horas de la capital) al no serle permitido reposar en ningún cementerio parisino. Lo que es seguro es que la Iglesia y el gobierno torturaron al filósofo en sus últimos días, exigiéndole una retractación completa de sus pecados, con la amenaza de no recibir sepultura cristiana.[135] Y el poeta —tras algún gesto de concordia, como la confesión— resistió con bastante entereza a las exigencias de los

[133] J. van Heuvel, 1983, pág. 288.

[134] A. Houssaye, 1878, pág. 183.

[135] L. Choudin, «Ils ne voulaient pas l'enterrer... Grands émois à Ferney en juin 1778», *Cahiers Voltaire* 6 (2007), págs. 97-112.

sacerdotes que buscaban con su retractación completa y galileana proporcionar al mundo un nuevo ejemplo universal.

El deísta Voltaire murió desamparado. La Providencia divina, en la que tanto creía y que tanto había defendido —corifeo del deísmo, lo tilda André Laurel—,[136] no le ahorró ningún sufrimiento. En Ferney tenía su sitio preparado, en un nicho situado en su ermita, medio dentro y medio fuera, en un último y eterno guiño volteriano. Su muerte en París trastocó sus planes, y sus últimos días los pasó acongojado intentando alcanzar un final digno que no lo deshonorara ni como filósofo ni como hombre. El poeta temía que le pasara como a su amiga la actriz Adrienne Lecouvreur, a la cual negaron la sepultura en tierra cristiana y acabó enterrada en un descampado, teniendo como únicos asistentes a la guardia de la ronda. Su sobrina Madame Denis no supo llevar bien la situación, ocultó la enfermedad al secretario Wagnière (que se había desplazado a Ferney y que sin duda hubiera organizado de inmediato el regreso del poeta a sus tierras), dificultó la visita de los amigos y no estuvo presente en el entierro de aquel al que había amado «como tío y como hombre». Algunos biógrafos no le han perdonado que a los pocos meses de la muerte vendiera la biblioteca a Catalina II, que se volviera a casar (con un hombre diez años más joven, en lo que para muchos fue un «adulterio moral») y que a los pocos años se deshiciera de Ferney.[137] En cambio, André Magnan se ha mostrado mucho más compasivo y ha recordado la actitud vital del poeta y su epicúreo lema de «vivir la vida».[138] Por su parte, Wagnière, en sus emotivas *Memorias*, acusa a la sobrina de eso mismo: de pensar exclusivamente en ella y muy poco en uno de los mayores escritores de la historia.[139] El secretario consagró el resto de su vida a su antiguo patrón, se desplazó a San Petersburgo y ordenó la biblioteca[140] —de cerca de seis mil volúmenes— para la zarina Catalina; allí se conserva aún para sonrojo de Francia.

Durante la Revolución francesa la tumba de Voltaire fue profanada, y algunas de sus reliquias, en especial algunos dientes, circularon por París con el lema: «Los curas han causado tanto daño a la tierra /

136 A. Laurel, *Voltaire*, París, Balzac, 1943, pág. 5.
137 L. Jyl, *Drôle de nièce: 30 ans avec M. de Voltaire*, París, J.-C. Lattès, 1985.
138 A. Magnan, «Pour Marie-Lousie Denis», *Cahiers Voltaire* 1 (2002).
139 S. Longchamp y J. L. Wagnière, 1826.
140 S. Karp, 1999.

que he guardado contra ellos un diente de Voltaire».[141] Tras la Revolución, sus restos fueron transportados en un acto multitudinario al Panteón. En el catafalco se podían leer tres inscripciones: «Vengó a los Calas, La Barre, Sirven y Monbailli»; «Poeta, filósofo, historiador, dio el mayor ímpetu al espíritu humano, y nos preparó para ser libres», y finalmente: «Combatió a los ateos y a los fanáticos. Inspiró la tolerancia. Reclamó los derechos del hombre contra la esclavitud y el feudalismo».[142] Tres inscripciones que de algún modo sintetizan la rica, apasionante y novelesca vida de François-Marie Arouet, Voltaire.

EL ESTILO DE VOLTAIRE

Jorge Luis Borges, en su *Biblioteca personal*, dedica frases muy bellas a la obra del poeta:

> Una de las vanidades del vulgo y de las academias es la incómoda posesión de un vocabulario copioso. En el siglo XVI, Rabelais estuvo a punto de imponer ese error estadístico; la mesura de Francia lo rechazó y prefirió la austera precisión a la profusión de palabras. El estilo de Voltaire es el más alto y límpido de su lengua y consta de palabras sencillas, cada una en su lugar.[143]

Y no es una exageración: Voltaire renueva la lengua francesa como quizá ningún otro escritor francés. Si Montaigne fijó la prosa francesa (como a su vez hicieran Thomas Browne con la inglesa o Galileo Galilei con la toscana), el autor de *La Henriada* la depuró. Únicamente el conde de Buffon podría parangonársele con la magistral calidad de la prosa de su *Historia natural*. Cuando Buffon fue recibido en la Academia Francesa escribió un célebre —y bastante olvidado— *Discurso sobre el estilo*, en el que detallaba los vicios de sus contemporáneos y aportaba valiosos consejos:

> El estilo no es sino el orden y el movimiento que se pone en los pensamientos. Si se los enlaza estrechamente, si se los ajusta, el estilo resultará

[141] J. Orieux, 1966, pág. 908. *(Les prêtres ont causé tant de mal à la terre / Que j'ai gardé contre eux une dent de Voltaire.)*

[142] I. Davidson, *op. cit.*, pág. 305.

[143] J. L. Borges, *Biblioteca personal*, Madrid, Alianza, 1995, pág. 159.

> firme, vigoroso y conciso; pero por elegantes que sean, si se los deja sucederse lentamente y no se juntan sino merced a las palabras, el estilo será difuso, flojo y lánguido.[144]

La prosa de Voltaire es así: firme, nerviosa y concisa, avanza con claridad y armonía, de una manera natural, huyendo de toda pomposidad o galimatías. Si en la poesía y en el teatro Voltaire es partidario del gusto clásico, con Virgilio y Racine como modelos, en cambio es en la prosa, en el escritor epistolar y cuentista, donde descubrimos la mayor novedad: en esa claridad y elegancia, sencillez y aplomo de su escritura hallamos el estilo volteriano por excelencia. Nada más ajeno a un texto suyo que las filigranas retóricas o las divagaciones oscuras, que los fragmentos innecesariamente complejos o la afectación. El autor de *Cándido* criticaba a Montaigne sus parrafadas incomprensibles, a Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, su estilo infame, a Vincent Voiture sus frases vacías y a Rabelais su carácter «gótico», de una vulgaridad extrema («las más groseras porquerías que un monje borracho pueda vomitar»). Para Voltaire nada justificaba la vulgaridad ni la falta de claridad: la buena literatura es aquella que reúne lo sublime con lo transparente y se presenta en un orden inmutable que muestra los sucesivos elementos del pensamiento. Como bien decía Buffon:

> Por esta razón quienes escriben como hablan, aunque hablen bien, escriben mal; quienes se abandonan al primer arranque de su imaginación toman un tono que no pueden sostener; quienes temen desperdiciar los pensamientos aislados, fugitivos y en distintas ocasiones escriben trozos sueltos, no los reúnen jamás sin transiciones forzadas; ésta es la razón, en una palabra, de que haya tantas obras hechas de retazos y tan pocas fundidas de un solo golpe.

Voltaire, como Buffon, criticaba la irregularidad de Montesquieu, la prosa oral de Diderot, las frases largas y grandilocuentes de Jean-Jacques Rousseau, la ingenuidad insufrible de Pierre de Marivaux (y su estilo *marivaudage*), la cursilería de Fontenelle... Odiaba la imitación, porque «un imitador es un estómago arruinado, que devuelve el alimento como lo ha recibido», y se declaraba partidario de la ortodoxia gramatical, porque «la lengua más perfecta es aquella donde hay

[144] G.-L. Leclerc, conde de Buffon, *Discurso sobre el estilo* [presentación de J. L. Rivas, traducción de A. Chumacero], México, UNAM, 2004, pág. 19.

menos arbitrariedad: es como el gobierno». Pero sobre todo, como señala perspicazmente Sylvain Menant, evitaba acaparar la palabra, dar sermones, hasta convertirse en un virtuoso de la variación: ni una página en la que no pase de la seriedad a la sonrisa, de lo pintoresco a lo moral, de la anécdota al epigrama chocante, de la farsa a lo sublime.[145] «Una prosa lúcida, ofensiva y rápida» (al decir de Paul Valéry), un «estilo saltarín» (según Stendhal), «el arte de la brevedad» (en palabras de Flaubert): así es el estilo de Voltaire.

Sin embargo, algunos críticos le reprochan precisamente esa brevedad, esa ligereza, que lo deja —según ellos— en inferioridad ante una escritura más apasionada, majestuosa y trabajada, de autores como Jean de La Bruyère, Blaise Pascal, Fénelon, Jean-Baptiste Massillon, el conde de Buffon, Montesquieu o Rousseau. Pero para Voltaire era mucho más importante el ingenio *(l'esprit)* —ese arte de reunir dos aspectos alejados, o de separar dos cosas que parecían unidas— que pergeñar grandes pensamientos rebuscados acompañados de palabras rimbombantes. El arte de Voltaire está en su naturalidad, en su ligereza, en su capacidad para relacionar conceptos aparentemente dispares, en su valentía para denunciar y posicionarse antes que nadie, en su imaginación, incluso en una cierta musicalidad que impregna toda su prosa. Y por supuesto en su constante humor, que se expresa en citas, en juegos de palabras, en polisemias, en finales abruptos, en todo tipo de piruetas, en sabrosos oxímoron («asesinar santamente», «degollar lealmente», «uso impío piadosamente puesto en uso»).[146] A veces el título mismo ya es provocador; sirva de ejemplo el artículo «Inundación» del *Diccionario filosófico*, que trata en realidad del «diluvio universal» de la manera más zumbona:

> Al ser, pues, la historia del diluvio la cosa más milagrosa de la que jamás se haya oído hablar, sería insensato pretender explicarla: es uno de esos misterios en los que se cree por la fe. Y la fe consiste en creer lo que la razón no cree; lo cual es otro milagro.

Pero quizá, como indica Lanson,[147] es en la correspondencia donde mejor se reúne todo el elenco estilístico volteriano, mucho más que en

---

[145] S. Menant, 1995, pág. 67.
[146] A. Jaubert, *Voltaire et la question du style*, Nice, Actes du Colloque Voltaire, Publications de la Faculté des Lettres de Nice, 1995, pág. 126.
[147] G. Lanson, 1906, pág. 160.

los cuentos o en los opúsculos y panfletos: su correspondencia recoge y contiene todo el carácter de sus obras, todas sus particularidades humorísticas, todas sus ideas literarias, todas sus curiosidades históricas, todas las aspiraciones humanitarias: en ella revivimos todo el gusto y todo el ingenio de Voltaire en su forma más exquisita. En las cartas desaparece cualquier artificiosidad, es el Voltaire más puro y vivo, entregado a sus múltiples causas, que enlaza versos con citas latinas, comentarios literarios con recomendaciones a la tolerancia, que pide favores y regala epigramas. Es un Voltaire tan inesperado como en el fondo desconocido (buena prueba de ello es que no existe ninguna traducción ni versión antológica española), pero que, una vez entregados a la lectura de todos aquellos millares de cartas, nos deslumbra con sus pasiones, con sus humores, con sus odios, con sus penas, con sus entusiasmos y con todos los sentimientos que de cabo a rabo vibran en ellas, descubriendo siempre —sea lo que sea lo que glosen— al fino y delicado escritor. Todo es vivo, rápido, ligero, mesurado: todo es lúdico.[148] Si Voltaire no esperaba que aquella *coïonnerie* de *Cándido* fuese su obra maestra, quizá tampoco habría imaginado que esas cartas escritas o dictadas durante más de seis décadas constituyesen uno de los monumentos literarios más grandes de todos los tiempos.

Esto nos lleva a considerar la actualidad de la obra volteriana. Sin duda Voltaire pensaba pasar a la posteridad como dramaturgo, compartiendo pedestal con Racine y Corneille. Pocos autores fueron tan populares en su siglo, con toda una tropa de actores propios, en la que destacaban el mítico Lekain y las divinas Adrienne Lecouvreur y Mademoiselle Clairon.[149] Y no obstante, ésta es precisamente la parte de su obra que peor ha resistido el embate del tiempo; *Edipo*, *Alzira*, *Semíramis*, *El huérfano de la China*, *Mahoma o el fanatismo* resultan de indudable interés, pero no justificarían una eternidad literaria. «En el teatro pasa como en la guerra: hay generales que han ganado batallas sin hacerse un nombre», escribía en uno de sus epigramas, y si fuese por sus dramas —con los que tantas batallas libró y ganó— difícilmente tendría ese nombre, al menos ese nombre de Voltaire. Es muy posible que en los últimos meses en París el poeta percibiera el anacronismo de su teatro, en el cual había invertido —junto a su fa-

[148] J. Hellegouarc'h, *Correspondance choisie*, Le Livre de Poche, 1990, pág. XXXIII.

[149] F. Hillemacher, *Galerie historique des portraits des comediens de la troupe de Voltaire*, Lyon, N. Scheurin éditeur, 1861.

ceta de historiador— gran parte de su esfuerzo creativo, y su pérdida de influencia frente a las nuevas generaciones, más interesadas en la renovación literaria que predicaba Diderot.

Tampoco como poeta es hoy en día muy leído. Como indica E. Berl, la poesía ha experimentado desde su época una revolución tan profunda que las mismas razones por las que sus contemporáneos veían en él un poeta por excelencia hacen que los nuestros quieran sacarlo del Parnaso.[150] Sus poemas históricos como *La Henriada* o *El templo del gusto* resultan en exceso largos y algo cargantes para el lector actual, e incluso *La doncella* —que al parecer de Patrick Brasart[151] reúne todos los géneros, todos los tonos, todos los estilos, y que por tanto es de los más originales y donde Voltaire se ha mostrado más entero— se nos antoja una bagatela demasiado extensa. En su momento esta obra causó auténtico furor, es cierto; la gente la sabía de memoria (especialmente el canto tercero, cuando un dominico intenta desvirgar a la doncella), pero en nuestros días ya no resulta tan escandaloso, e incluso tanto esfuerzo dedicado a las peripecias visionarias de una pobre joven resulta cuanto menos excesivo. Sus epigramas y poemas cortos siguen conservando su encanto y su tersura, esa chispa tan volteriana que nos hace sonreír, pero no cabe duda de que son un género menor. Tampoco como filósofo ha sido muy valorado, y la mayoría de tratadistas de materias filosóficas niegan a su obra, en este aspecto, valores profundos, aportaciones importantes en investigación.[152] Quizás es cierto que como filósofo no es original, y que sus modelos son los pensadores ingleses, pero si nos atenemos a la etimología de la palabra filósofo, es decir, «amante de la sabiduría» (o como diría el propio Voltaire, de la verdad), nadie mejor que él encarnó esta figura de cultivador de la razón.

Como historiador, sus obras *Historia de Carlos XII* o el *Siglo de Luis XIV* se leen con agrado por su gusto en reunir la exactitud (la búsqueda de las fuentes) con el talento literario. Debemos al autor de *Cándido* una nueva manera de acercarse al estudio de la historia, un deseo de enfrentarse a los datos y de exponerlos de la forma más ajustada posible a la realidad («La Historia es la narración de los hechos dados por verdaderos; al contrario de la fábula, que es la narración de los hechos dados por falsos», escribía). Para ello Voltaire fue a la caza

[150] E. Berl, *op. cit.*, pág. 31.
[151] P. Brasart, en J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseau, 1995, pág. 1278.
[152] A. Espina, *op. cit.*, pág. 21.

de textos inéditos, revolvió correspondencias, memorias y archivos privados, siempre con ese deseo de clarificar y de separar la historia de la fábula. «Ni supongo, ni propongo: expongo», era su máxima favorita. En ocasiones, más que a un historiador recuerda a un divulgador, tal es la gracia con la que expone sus estudios y resultados, evitando siempre un exceso de erudición y pensando en un público amplio, no especialista. Porque Voltaire fue siempre un escritor: había nacido con ese instinto innato para la búsqueda de la belleza y para la creación literaria. La historia le permitió investigar la naturaleza humana y plasmar con bellas frases sus ideas sobre el paso del tiempo. En el *Ensayo sobre las costumbres* introdujo todo aquello que era consubstancial a cada época, y escribió su propia y monumental *Historia universal*, en un valiente contrapunto a Jacques-Bénigne Bossuet. Es una historia totalmente opuesta a la visión teológica del devenir humano, y eso en sí ya es una auténtica revolución: una percepción laica de los pueblos, liberada de la sumisión divina. Y de algún modo también es una larga sucesión de los graves errores de la humanidad, a los que se oponen los grandes espíritus libres, como Alfredo el Grande, Enrique el Navegante, Enrique IV, Luis XIV, Catalina II... Sin estos personajes nada habría sido posible, nos advierte el historiador Voltaire. La historia, a pesar de tanta violencia y exterminio, tiene un sentido, cierto sentido al menos: al final el progreso y la libertad vencen a la intolerancia y al fanatismo. Y a su parecer ésa es la auténtica utilidad de la historia, porque «permite prevenir nuevas calamidades».

No es de extrañar, pues, que sus libros históricos recibieran de inmediato fuertes críticas desde todos los flancos; que se buscaran, rebuscaran y airearan los errores, como en el caso citado del abate Nonnotte y *Los errores de Voltaire*, o el de su furibundo detractor La Beaumelle, que editó ilegalmente una edición del *Siglo de Luis XIV*, anotada por él, marcando página tras página sus observaciones «a menudo juiciosas y útiles, pero en general satíricas e injuriosas».[153] Ese gusto por reunir calidad literaria e investigación —inédito en Francia— recuerda a los posteriores trabajos historiográficos de los hermanos Goncourt, que sabían hacer coexistir la frase aguda y brillante con el dato objetivo e ignorado, procedente de su amplia biblioteca de cartas originales. Sorprendentemente, los Goncourt fueron, entre los escritores del siglo XIX, unos de los mayores detractores de Voltaire, y Edmond de Goncourt escribía:

[153] G. Lanson, 1906, pág. 112.

> ¡Todo me desespera en estos días! No es bastante que mi país se haya convertido en una república, sino que sólo faltaba que se hubiera puesto bajo la protección de Voltaire, de ese historiador que reproducía todo lo que le mandaban las cancillerías, de ese bajo adulador de los cortesanos de la corte, de ese explotador de la sensibilidad pública, de ese tunante falsificador de la actualidad, de ese trivial autor de tragedias, de ese poeta de la poesía como empleadillo de viajes, de ese poeta antifrancés de *La doncella*, que odio tanto como amo a Diderot.[154]

Las contundentes y desproporcionadas opiniones de los Goncourt contrastan con las de su buen amigo Flaubert, que recomendaba a Louise Colet «leer *todos los días* (como si se tratara de un breviario) algo de calidad. Se infiltra a la larga. Yo me he empapado a fondo de La Bruyère, de Voltaire (los cuentos) y de Montaigne».[155] Y a Louis de Cornemin: «Reconozco que adoro la prosa de Voltaire y que sus cuentos son para mí de un sabor exquisito. He leído veinte veces *Cándido*; lo he traducido al inglés y lo releo aún de vez en cuando».[156]

VOLTAIRE EN ESPAÑA

El título de este epígrafe es casi en sí mismo una contradicción: Voltaire ha sido un autor temido e impugnado en la totalidad de la geografía ibérica, y su éxito ha sido muy circunstancial y casi siempre asociado a movimientos sociales radicales y anticlericales. Como escribe Christopher Todd, desde el inicio de la guerra civil hasta 1963 no apareció en España traducción alguna de Voltaire; casi treinta años de un silencio muy significativo. Y Francisco Lafarga, en *Voltaire en España*, donde lleva a cabo un brillante y exhaustivo trabajo de las relaciones de este autor con la cultura española, indica que a partir de 1762 se aplicó la prohibición *in totum* para sus obras, «incluso para los que poseían licencia para leer libros condenados».[157] Por tanto, la difusión de Voltaire ha experimentado prolongados silencios, penosamente quebrados por tímidos períodos de aperturismo.

---

[154] E. y J. de Goncourt, *Journal. Mémoires de la vie littéraire*, París, Robert Lafont, 1989, t. II, pág. 775.
[155] G. Flaubert, *Correspondance*, Pléiade, 1973, t. 2, pág. 348.
[156] *Ibid.*, t. I, pág. 210.
[157] F. Lafarga, 1982, pág. 29.

Sin duda, el teatro fue lo más apreciado en España, y lo más traducido y comentado en los círculos culturales contemporáneos. Las obras de Voltaire a menudo se representaban sin indicar el nombre del autor y falseando incluso el título de la tragedia (*Alzira* apareció como *El triunfo de la moral cristiana* y *Zaira* como *La fe triunfante del amor y cetro*), y aun así, a pesar de estas precauciones, en ocasiones algunas obras fueron denunciadas a la Inquisición.[158] El teatro era en cualquier caso lo más tolerado del autor francés, y el botánico Antonio José Cavanilles, durante su estancia en París, reconocía que leía y disfrutaba con las tragedias de Voltaire. Pero no todos los ilustrados estaban a favor. Algunos incluso veían en el teatro una escuela de vicio, y el carmelita Onofre de Asso advertía de la imprudencia:

> Si los Héroes del Teatro Trágico de Francia, Corneille, Racine, Crébillon, Voltaire y Marmontel llenaron el Templo de Apolo de palmas y laureles, hollaron impunemente en el de la Religión. Estos grandes hombres se dejaron arrastrar del furor poético, hasta consumir la libertad en el fuego de la imaginación; y no siendo delincuentes en sus personas, brindan en copas de oro a los émulos de su gloria, el veneno más sutil.[159]

Pero sobre todo, a Voltaire no le perdonaban sus «errores en materia de Religión», y numerosos autores españoles se manifestaron contrarios a sus planteamientos y lamentaban que tanto ingenio y tan bella pluma se hubieran prestado a aquel juego indecente e impropio de un gran hombre. El propio fray Benito Jerónimo Feijoo lo citaba tan sólo en una ocasión en el *Teatro crítico español* y lo tildaba de «discreto autor de la Historia de Carlos», y Juan Pablo Forner, famoso como polemista y por su virulenta línea antifrancesa, se despachaba tratándolo de «escritor extravagante, arrojadizo y poco docto en lo íntimo de las ciencias».[160] En realidad, son pocos los autores españoles del siglo XVIII que alzaron su voz en defensa del escritor francés, que escribieron con admiración e, incluso, que se declararon discípulos. Tan sólo Leandro Fernández de Moratín, en una de las notas de la *Relación del auto de fe de Logroño de 1610* —que, al parecer de Marcelino

---

[158] *Ibid.*, pág. 32.
[159] *Ibid.*, pág. 42.
[160] A. Borrego, *Cartas de un español residente en París a su hermano residente en Madrid sobre «La oración apologética por la España y su mérito literario» de Don Juan Pablo Forner*, Madrid, 1788, pág. 24.

Menéndez Pelayo, «respiran finísimo volterianismo»—, puso una cita del *Diccionario filosófico* sobre el tormento dado a Micaela Chaudron. Incluso el erudito valenciano Gregorio Mayans, que mantuvo una corta correspondencia con Voltaire, no podía dejar de manifestar a sus otros corresponsales su inquietud por el trato epistolar con el filósofo: «[...] bien sabe V. S. Ilma. que es uno de los mayores ateístas que viven hoy. Y así, habré de estudiarle para impugnarle cuando quiera Dios que yo escriba sobre el derecho natural».[161]

Si Voltaire fue poco leído durante el siglo XVIII español, en cambio sus detractores fueron bien aupados por diversas traducciones: el feroz ataque de Antoine Sabatier de Castres se imprimió en dos versiones, y las mil páginas de Nonnotte encontraron a un esforzado traductor y a un dispuesto editor *(Los errores históricos y dogmáticos de Voltaire)*.[162] Quizá no resultaría impropio afirmar que el tímido volterianismo español produjo una dosis ingente de antivolterianismo,[163] y que a su vez las obras del «hereje Voltaire» recibieron los peores epítetos de la Inquisición, convirtiéndose enseguida en un autor de la llamada «primera clase», formada casi exclusivamente por heresiarcas. Las *Cartas filosóficas* fueron condenadas por «sus proposiciones heréticas, abusivas de la Sagrada Escritura, injuriosas al Sumo Pontífice, y execrablemente torpes y deshonestas», y *Cándido* porque:

> [bajo] el velo de una sátira [...] oculta este impío Autor el designio formal y seguido de establecer el Deísmo, y no como quiera, sino un Deísmo epicúreo, que presenta un Dios sin Providencia, y que dejando al acaso todos los acontecimientos de este Mundo, liberta a los hombres de la esperanza, y de el temor de los castigos, y de los premios de la otra vida, arruinando por consiguiente todos los principios de la Religión, de la Sociedad, y de la moralidad de las acciones humanas.[164]

En especial, la sátira de Voltaire contra la Inquisición, bien presente en varios capítulos de *Cándido*, no podía pasar inadvertida al censor, quien la calificó de «sangrienta, llena de imposturas, blasfemias, fal-

[161] A. Mestre Sanchis, *Correspondencia entre Voltaire y Mayans sobre el teatro*, Valencia, Diputación de Valencia, 1998, pág. 19.

[162] F. Lafarga, 1982, pág. 37.

[163] J. Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza, 1988.

[164] F. Lafarga, 1982, pág. 57.

sedades, torpezas, calumnias y chocarrerías». El «peligro de Voltaire» (o Volter, como lo castellaniza fray Nicolás de Aquino) llevó al arzobispo de Santiago, Francisco Alexandro Bocanegra, a escribir una tremebunda carta pastoral:

> Una Nación tan Católica como la Española, está hoy, si no sumergida, à lo menos à pique de sumergirse en un abismo. [...] ¡O siglo corrompidísimo, quanto has trocado la fax de esta Nación, introduciendo en ellas las abominables máximas, y engañosos modos de pensar de Roseau, y Voltaire![165]

Con todo, Voltaire aparece como «capitán» de una conspiración anticristiana, acompañado por otros «sofistas de la impiedad», entre ellos Diderot, Rousseau, D'Alembert y Federico II de Prusia. Pero Voltaire es el peor de todos ellos, pues:

> [...] es fluido, noble, fácil, rico y elegante quando quiere serlo; [...] atrevido hasta la desvergüenza, arrostra, niega, afirma, inventa, falsifica la Escritura, los Padres, la historia: usa igualmente del sí y del no; da golpes por igual en todo, sin importarle en dónde, con tal que haya herido.[166]

Todos estos ejemplos muestran el temor que produjo en España el autor de *Cándido*. Voltaire y Rousseau («Roseau» o incluso «Rosó», según la peculiar ortografía de Bocanegra) pasan a ser «las dos más firmes columnas de la impiedad».

Su muerte también sirvió a sus detractores para divulgar el calvario que sufren los incrédulos. En *El éxito de la muerte correspondiente a la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII, Voltaire, D'Alembert y Diderot* se advertía que «en medio de tanto padecer, el desgraciado Voltaire no fue filósofo ni cristiano, por el contrario se mostró aun menos que hombre». Y el jerónimo fray Fernando de Cevallos, en el *Juicio final de Voltaire*, hacía esta descripción del patriarca a su llegada a la laguna Estigia, donde le aguardaba un tribunal compuesto por Sócrates, Epicuro, Cicerón, Virgilio y Lucrecio, con Luciano de Samósata actuando como relator:

[165] F. A. Bocanegra, *Declamación oportuna contra el libertinaje de el tiempo*, Madrid, 1779, págs. 22-24.
[166] *Ibid.*

> Un momento después vi llegar un espectro o fantasma formidable. [...] La cabeza era de una serpiente con orejas, y en ellas respiraba humo, como por las rasgadas narices y por la boca, que tenía armada con dos hileras de colmillos. [...] En la frente tenía dos cuernos de color y textura del hierro, y entre sus arrugas se entreveían impresas con una marca de fuego estas palabras abreviadas: *Écrasez l'infâme*, *Destruid al infame*.[167]

También el antivolterianismo fue la punta de lanza de la Iglesia franquista, y la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús* publicaba, el año 1949, un opúsculo titulado «La muerte de Voltaire» que se iniciaba con una frase demoledora: «Considero yo que el emperador satánico de todos los anticlericales y anticatólicos de nuestros días es Voltaire. No fue él el fundador de ellos: antes existieron Anás y Caifás. Pero fue un jefe notable».[168]

En cambio, durante el breve período del Trienio Constitucional —de marzo de 1820 hasta octubre de 1823— la supresión de la censura y el clima de libertades permitieron nuevas versiones de Voltaire, entre ellas la traducción del *Brutus* debida al conde de Teba, con un prólogo de cierto B. F. C., dedicado «Al pueblo español»:

> Ojalá se consiga el objeto de este trabajo, ojalá no se olvide nunca que
>
> *Si un pueblo libre es, se hace invencible.*
>
> Esto te hará amar la libertad: con ella adquirirás la gloria que habías perdido y aún más libre y más noble que los mismos romanos, irás a las naciones, no a sojuzgarlas como aquéllos, sino a libertarlas de los tiranos. A ti vendrán los pueblos oprimidos y tú, no desmintiendo la heroicidad y dulce carácter español, digno siempre de este nombre, serás el terror de los déspotas. El universo te bendecirá; ésta es la verdadera gloria: sigue la marcha que emprendiste y la conseguirás.[169]

En cualquier caso, el traductor y gran difusor de la obra de Voltaire en España fue el abate Juan Marchena. La primera edición de las *Novelas*

---

[167] F. Lafarga, «La muerte del filósofo», *Cuadernos de Estudios del Siglo* XVIII 10/11 (2002), págs. 63-74.

[168] «La muerte de Voltaire», *El Mensajero del Corazón de Jesús*, Bilbao, 1949, segunda edición, pág. 5.

[169] F. Lafarga, «Teatro y traducción a las puertas del romanticismo: presencia de tragedias de Voltaire durante el Trienio Constitucional», *Anales de Literatura Española* 18 (2005), págs. 243-251.

data de 1819, y desde entonces se han reeditado en multitud de ocasiones, hasta bien entrado el siglo xx (la editorial Iberia reutilizó la traducción de Marchena en su edición de los cuentos de 1967,[170] y hasta 1998 se publicaron algunos cuentos sueltos).[171] Este dato es de sumo interés por cuanto es indicativo de la desidia de los editores españoles, que hasta hace muy poco forzaban a los lectores a conocer la obra del escritor francés a través de una traducción cuanto menos variopinta, cuando no plagada de errores, de giros anticuados y de invenciones. Marchena tuvo una biografía agitada y novelesca: perseguido por el Santo Oficio, se trasladó a París y asistió a la Revolución francesa, trabó amistad con Maximilien de Robespierre y, proclamado rey de España José Bonaparte, fue nombrado director de los Archivos y Bibliotecas del Reino. En suma, fue un ilustrado valeroso que no sólo tradujo a Voltaire, sino también a otras «columnas de la impiedad», como Montesquieu *(Cartas persas)* y Rousseau *(El contrato social)*. Y es muy posible que esta biografía del gran adalid de las Luces haya contribuido a la permanencia de sus rocambolescas versiones. Al inicio de esta introducción indicábamos que no puede decirse que Voltaire goce entre nuestros contemporáneos de un especial favor, y que su obra es tan respetada como desconocida; quizás en este desconocimiento también ha desempeñado su papel la falta de buenas versiones y la incomprensible vigencia de adaptaciones inexactas y periclitadas.

Pongamos un ejemplo significativo sobre las versiones del abate Marchena. En *Micromegas*, cuando Voltaire dice que «Sé de sobra que el padre Castel escribirá, y hasta de forma bastante divertida, contra la existencia de estas dos lunas» (cap. III), Marchena lo traduce como: «Bien sé que el abate Jiménez escribirá con mucho donaire contra la existencia de dichas lunas»; o cuando Voltaire advierte, en este mismo cuento: «Nuestros filósofos le plantaron un gran árbol en un lugar que el doctor Swift nombraría, pero que yo me guardaré mucho de llamar por su nombre debido a mi gran respeto por las damas» (cap. VI), Marchena dice: «[...] y nuestros filósofos le plantaron un árbol muy grande en cierto sitio que Torres o Quevedo hubieran nombrado por su nombre». Esta aparatosa manera de castellanizar el texto no deja de ser grotesca. ¿Quién es este Torres? ¿Torres Villarroel? ¿Y aquel Jiménez?

---

170 Voltaire, *Novelas escogidas* [traducción de J. Marchena; modernizada y anotada por A. de C. y E. M. A., con unas notas prologales de E. M. Aguilera], Barcelona, Iberia, 1967.

171 Voltaire, *Tres cuentos orientales* [trad. de J. Marchena], Madrid, Lípari, 1998.

¿Por qué Quevedo en lugar de Swift? Qué duda cabe de que a Voltaire todos estos nombres, tan castizos, le habrían divertido de lo lindo.

Algunos editores se han visto en la necesidad de explicar tan excepcional actitud:

> Hemos preferido la traducción de *Cándido* que hizo el célebre abate Marchena a las demás que existen en castellano, por ser la más fiel y acabada; no habiendo variado ni uno solo de sus giros, aun cuando algunos resulten hoy anticuados, para que puedan saborear sus bellezas los inteligentes.[172]

Y Emiliano M. Aguilera, en el prólogo de la edición Iberia, piensa que no tienen demasiada importancia las infidelidades en las que incurre el traductor «con el deseo de hacerse más comprensible a los lectores españoles, por ejemplo, de acuerdo con este propósito sustituye algún lugar de París por otro, de fisonomía o carácter parecidos, de Madrid».[173] En ocasiones la incuria editorial llega al extremo de no precisar la autoría de la traducción, cuando sigue siendo del propio abate, más o menos adaptada a los «nuevos» tiempos.[174]

Leandro Fernández de Moratín también realizó una versión de *Cándido*, que ha sido reeditada casi hasta nuestros días porque «al interés filosófico se añade el interés literario que indudablemente presenta el rico castellano del traductor»,[175] hasta el punto de que el editor no duda en afirmar que «la hermosa traducción del Optimismo de Voltaire que presentamos al público tiene más sal y más gracia que el original mismo». No obstante, como la del abate Marchena, está llena de invenciones y de «adaptaciones» al público español. Si comparamos el último y famoso párrafo de *Cándido*, las diferencias son tan sorprendentes como divertidas. En la versión de Marchena podemos leer:

> Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque si no te hubieran echado á patadas en el trasero de una magnífica quinta por amor de Cunegunda, si no te hubieran metido en la Inqui-

[172] Voltaire, *Una Explicación*, en *Cándido, o el Optimismo*, Imprenta popular, s. a.
[173] E. M. Aguilera, *Notas prologales a Novelas escogidas de Voltaire*, Madrid, Iberia, 1967, pág. XIV.
[174] Voltaire, *Obras selectas*, Buenos Aires, El Ateneo, 1958.
[175] Voltaire, *Cándido*, Barcelona, Orbis, 1984, pág. 7.

sición, si no hubieras andado á pie por las soledades de América, si no hubieras pegado una buena estocada al barón, y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen país del *Dorado*, no estarías ahora comiendo azamboas en dulce y alfónsigos.
—Bien dice vuestra merced —respondió Cándido—; pero es menester labrar nuestra huerta.

Y en la versión de Moratín:

Todos los acaecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque (ve aquí la razón) si no te hubieran echado a puntillones del más hermoso de los castillos por aquel ósculo que diste a la señorita Cunegunda; si no te hubiera cogido la Inquisición; si no le hubiere fustigado después; si no hubieras viajado a pie por América; si no hubieras perdido los carneros que sacaste de aquel bienaventurado país, no regarías ahora las coles, ni comerías espárragos y alcachofas, ni las venderías en la ciudad de Constantinopla.
—Todo eso es muy bueno —respondió Cándido—, pero lo que importa es no disertar, no argüir y cultivar la huerta.

¿Qué es lo que come Cándido con tanto deleite? ¿Azamboas en dulce y alfónsigos o espárragos y alcachofas? Hasta principios del siglo XXI el lector español no pudo resolver el enigma, hasta que dispuso de una versión fidedigna en español, a cargo de Mauro Armiño:

Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque, en última instancia, si no hubierais sido expulsado de un hermoso castillo a puntapiés en el trasero por amor a la señorita Cunegunda, si no hubierais caído en manos de la Inquisición, si no hubierais recorrido América a pie, si no hubierais propinado una buena estocada al barón, si no hubierais perdido todos vuestros carneros del buen país de Eldorado, no comeríais aquí cidros confitados ni pistachos.
—Eso está muy bien dicho —respondió Cándido—, pero tenemos que cultivar nuestro huerto.

Hay que reconocer que, a pesar de todo, el abate Marchena estaba mucho más acertado que Moratín, ya que las azamboas y los alfónsigos son denominaciones antiguas de los cidros y de los pistachos («cédrats confits et des pistaches», que es lo que aparentemente

despertaba la gula del patriarca de Ferney).[176] En cualquier caso, tanto Marchena como Moratín se muestran muy poco modernos con sus versiones, en exceso partidarios de una traducción libre, apegada a la corriente de las *Belles Infidèles*; una actitud duramente rebatida a finales del siglo XVIII, especialmente por Goethe y Humboldt,[177] que propugnaban la máxima fidelidad al texto original.

Ahora bien, quizá Voltaire habría estado de acuerdo con estas versiones. En las *Cartas filosóficas*, después de traducir a su modo el monólogo de Hamlet, advertía: «No creáis que he traducido palabra por palabra; malditos sean los traductores que traduciendo literalmente enervan los sentidos. A este respecto puede decirse justamente que la palabra mata y el espíritu vivifica». Y así es, en efecto, su traducción de Shakespeare no tiene nada que envidiar en invenciones a las de Marchena o Moratín; como le recriminaba el abate Prévost, Voltaire con su traducción «vivificadora» de Hamlet había hecho de Shakespeare un autor anticlerical y anticristiano...[178]

Afortunadamente, estos últimos años han aparecido excelentes versiones de la obra de Voltaire. Carlos R. de Dampierre, Francisco Lafarga o el ya citado Mauro Armiño han vertido al español, muy escrupulosamente, buena parte de la obra del patriarca de Ferney. En catalán también cabe destacar la bella versión de algunos cuentos llevada a término por Pere Gimferrer, así como las versiones de *Cándido* de Carles Soldevila (1928) y Jordi Llovet (1981). La poca simpatía de Cataluña hacia lo volteriano (y por ende, hacia lo anticlerical) se manifiesta en una sorprendente falta de títulos traducidos. El carácter catalán quizá se encuentra más cómodo con la visión temperada y burguesa de Goethe (con excelentes versiones) que con las *railleries* acuñadas con el troquel inimitable del patriarca de Ferney. En cualquier caso, resulta ilustrativo del retraso de España que hayan tenido que pasar doscientos años para emular al hijo de Lord Chesterfield y poder leer sobre la enciclopedia una buena versión castellana del *Cándido*. A Voltaire, claro, no le habría sorprendido.

---

[176] En la versión de *Cándido* de A. Espina (1974) se habla de «azambogos confitados y pistaches».

[177] F. Lafarga, «José Marchena y la traducción», *Quaderns de Filologia. Estudis Lingüístics*, vol. VIII, págs. 171-179.

[178] F. Deloffre, *Préface et notes à Lettres philosophiques*, París, Folio, 1986, pág. 251.

CRONOLOGÍA

1694 François-Marie Arouet es bautizado el 21 de noviembre en París; el mismo Voltaire afirmaría después en sus escritos que en realidad había nacido en febrero de ese mismo año, y que el retraso en bautizarle fue causado por su constitución extremadamente enfermiza. Es el tercer hijo de una familia cuyo padre desempeña el cargo de tesorero de la Cámara de Cuentas de París.

1704 Hasta 1711 cursa brillantes estudios en el colegio jesuita de Louis Le Grand. Es presentado a Ninon de Lenclos, que cuenta ochenta años de edad.

1713 Desatiende sus estudios de Derecho. Parte como secretario de embajada a La Haya. Compone la *Oda sobre las desgracias del tiempo*. Se enamora de Pimpette, una joven protestante, y el embajador lo devuelve a París.

1714 Su padrino, el abate de Châteauneuf, lo introduce en los ambientes mundanos y libertinos de París. Va de castillo en castillo y anima las cenas galantes con sus versos atrevidos. Compone dos poemas escandalosos: *Le Bourbier* y *L'Anti-Giton*.

1716 Sus escritos satíricos sobre los amores incestuosos del Regente causan escándalo.

1717 Inicio de *La Henriada*. Permanece once meses encarcelado en la Bastilla (desde mayo de 1717 hasta abril de 1718).

1718 A su salida de prisión toma el seudónimo de Voltaire (posible anagrama de A R O V E T L[e] I[eune]). Presenta su primera tragedia, *Edipo*, que resulta un éxito.

1720 Primera representación de *Artemira*.

1721 Ofrece el manuscrito de *La Henriada* al Regente.

1722 Muerte de su padre, que le lega una importante fortuna. El Regente le concede una pensión. Escribe *A favor y en contra*.
1723 Compone *Ensayo sobre las guerras civiles*. Publica *La Henriada* (con el título de *Poème de la Ligue*), una epopeya consagrada a la grandeza de Enrique IV.
1724 Representación de *Mariana*. Le aquejan graves problemas de salud.
1725 Primera representación de *El indiscreto*.
1726 Tras un altercado con el caballero de Rohan, es encarcelado de nuevo durante dos semanas. Tras su liberación, se exilia en Inglaterra, donde permanece dos años y medio.
1727 Asiste al entierro de Isaac Newton en la abadía de Westminster. Publica dos opúsculos en inglés: *Ensayo sobre la guerra civil* y *Ensayo sobre la poesía épica*.
1728 Publica en Londres, por suscripción, *La Henriada*, que dedica a la reina de Inglaterra.
1729 Vuelve a Francia. Compone la *Historia de Carlos XII*, *Brutus* y las *Cartas filosóficas*.
1730 Muere Adrienne Lecouvreur. Voltaire escribe *La muerte de la señorita Lecouvreur*.
1731 Publicación de la *Historia de Carlos XII*. El gobierno ordena la retirada de la obra, que circulará clandestinamente.
1732 Primera representación de *Éryphile (Semíramis)*. Éxito triunfal de *Zaira*, tragedia escrita en tres semanas.
1733 Publicación de *El Templo del gusto*. Inicio de su relación con Madame du Châtelet.
1734 Condena a la hoguera de las *Cartas filosóficas*. Para evitar ser encarcelado de nuevo, Voltaire deja París y se refugia en el castillo del marqués Du Châtelet, en Cirey-sur-Blaise (Champagne), donde vivirá diez años.
1735 Primera representación de *La muerte de Julio César*. Voltaire trabaja en *La doncella* y en el *Siglo de Luis XIV*.
1736 Representación de *Alzira o los americanos* y de *El niño pródigo*. Inicio de la correspondencia con Federico, príncipe de Prusia. Publicación de *Epístola a Madame du Châtelet sobre la calumnia* y de *El Mundano*, poema epicúreo e irónico sobre la felicidad de existir que le causa nuevos problemas.
1738 Publicación de *Elementos de la filosofía de Newton*.
1739 Publicación de *Vida de Molière*. Escribe la *Réplica a todas las objeciones hechas en Francia contra la filosofía de Newton*.

1741 Primera representación en Lille de *Mahoma o el fanatismo*, una visión sobre el drama del poder. Inicio de la redacción del *Ensayo sobre las costumbres*.

1742 Prohibición de representar *Mahoma* en París. Las copias falsas de sus obras se multiplican.

1743 Fracasa en la Academia Francesa. Es elegido miembro de la Royal Society de Londres.

1744 Publicación de *Mérope*. El conde d'Argenson, ministro de Asuntos Extranjeros, le pide que regrese a París. Se convierte en el protegido de Madame de Pompadour.

1745 Es nombrado historiógrafo del rey Luis XV. Publica el poema *La batalla de Fontenoy*. Primera representación de *La princesa de Navarra* y de *Templo de la gloria*. Inicio de su relación amorosa con Madame Denis.

1746 Es elegido miembro de la Academia Francesa. Reelaboración de la tragedia *Semíramis*. Es nombrado gentilhombre ordinario de la Cámara del rey.

1747 Dificultades en la corte. Redacción de *Zadig*, primer cuento filosófico importante de Voltaire. Publicación de *Semíramis*.

1748 Se retira un año, con Émilie du Châtelet, a la corte del rey de Polonia Stanislas, en Lunéville. Sorprende a su amante en brazos del poeta Saint-Lambert.

1749 Madame du Châtelet muere tras un parto. La muerte afecta tan profundamente a Voltaire que decide aceptar la invitación de Federico II y parte para Prusia. No regresará a París hasta el año de su muerte.

1750 Es nombrado chambelán de Federico II.

1751 Trabaja durante todo el año en el *Siglo de Luis XIV*, que se publica en diciembre.

1752 Querella con Maupertuis, director de la Academia de Berlín.

1753 Fuerte disputa entre Federico II y Voltaire. El filósofo intenta abandonar Prusia. Arresto en Frankfurt, con consecuencias dramáticas. Francia le niega el asilo y Voltaire se instala en Colmar.

1754 Trabaja en su *Ensayo sobre las costumbres* en la biblioteca del benedictino dom Calmet, en la abadía de Senonenes. La Beaumelle publica panfletos contra él.

1755 En marzo se instala con Madame Denis en los alrededores de Ginebra. Compra una propiedad que llama Les Délices.

1756 Publicación del *Ensayo sobre las costumbres*. Voltaire desempeña un papel esencial en la renovación de los estudios historio-

gráficos. D'Alembert lo visita en Les Délices. Primer encontronazo con Jean-Jacques Rousseau por la cuestión sobre la Providencia. Escribe el *Poema sobre la catástrofe de Lisboa*.

1757 Colabora en el séptimo tomo de la *Encyclopédie*. Empieza la *Historia de Rusia*.

1758 Compra el señorío de Ferney en el país franco de Gex, entre Francia y Suiza.

1759 Publicación de *Cándido, o el Optimismo*, su gran obra maestra.

1760 Se establece en Ferney. Transforma el pequeño pueblo en uno de los destinos de la Europa intelectual. Inicia su correspondencia con diversos soberanos: la emperatriz Catalina II de Rusia, los reyes de Polonia, de Dinamarca y de Suecia. Ruptura con Rousseau.

1761 Comienza el *Comentario sobre Corneille*.

1762 Inicio del *affaire* Calas.

1763 Publicación del *Tratado sobre la tolerancia con motivo de la muerte de Jean Calas*. Edward Gibbon visita Ferney.

1764 Publicación del *Diccionario filosófico*. Escribe contra Rousseau *El sentimiento de los ciudadanos*.

1765 Rehabilitación de la familia Calas: gran éxito de Voltaire. Publicación de *La filosofía de la historia*. Se inicia el *affaire* Sirven.

1767 Publicación de *El Ingenuo*.

1768 Disputa con Madame Denis, que abandona Ferney durante un año. Publicación de *El hombre de los cuarenta escudos*.

1769 Publicación de la *Historia del Parlamento de París*.

1770 Voltaire trabaja en *Cuestiones de la Enciclopedia* y hace campaña por la libertad de los siervos del Jura. Se inicia una suscripción nacional para hacerle una estatua.

1772 Escribe *Las leyes de Minos*, tragedia contra el fanatismo.

1774 Publicación de *El mozo de cuerda tuerto*, escrito en su juventud.

1775 Publicación de la edición «encuadrada» de las *Obras completas*. El pueblo de Ferney homenajea a su benefactor. Escribe *Cartas de M. de Voltaire a la Academia Francesa*.

1776 Publicación de *La Biblia por fin explicada*.

1777 Composición de la tragedia *Irene*.

1778 Voltaire deja Ferney y regresa a París, donde cosecha un gran triunfo. Muere el 30 de mayo, a los ochenta y cuatro años de edad, y es enterrado clandestinamente en la abadía de Scellières.

1791 Sus restos son trasladados al Panteón, en un festivo acto público.

GLOSARIO

AMOR *(amour)*
Voltaire se mantuvo siempre alejado de las posturas románticas de otros ilustrados. Vivió apasionadamente su relación con la marquesa Du Châtelet o su amor con su sobrina Madame Denis. Pero en su obra y en sus escritos más personales siempre dejó buena prueba de su escepticismo ante una excesiva exaltación del amor. Como escribe en *Cándido*: «He conocido ese amor, ese soberano de los corazones, esa alma de nuestra alma; nunca me valió otra cosa que un beso y veinte puntapiés en el culo».

BENEFICENCIA *(bienfaisance)*
Junto al término «tolerancia» y la palabra «humanidad» (que se interpreta como solidaridad), la beneficencia es una de las palabras clave de la nueva moral cívica de las Luces. Voltaire sería su gran divulgador, y en Ferney intentaría ponerla a prueba. «He hecho un poco de bien; es mi mejor obra», escribe en la *Epístola a Horacio*.

CIENCIA *(science)*
«La ciencia es como la tierra, tan sólo se puede poseer un poco», comenta Voltaire en uno de sus pensamientos. El autor de los *Elementos de la filosofía de Newton* tuvo un buen conocimiento de la física y de las matemáticas de su siglo, y siguió con un profundo interés las nuevas tesis de los naturalistas. En Cirey realizó sus experimentos de física, y en Ferney los de historia natural. El Voltaire científico aún está por estudiar en su totalidad.

CONVERSACIÓN *(conversation)*
Como la mayor parte de los ilustrados —con la excepción de Jean-Jacques Rousseau—, Voltaire fue un gran amante de la conversación. La condesa de Bentinck, tras visitarlo en Les Délices, escribía: «Habla como nadie haya nunca hablado». En cambio, para Charles de Brosses su conversación era algo disparatada, cuando no imposible: «Prefiero antes batirme con una pulga», protestaba. En cualquier caso, los visitantes gozaban con sus ocurrencias, y regresar de Ferney con una anécdota o un *bon mot* volteriano era un codiciado tesoro.

CRISTIANISMO *(christianisme)*
En las *Cartas filosóficas* Voltaire reconoce en el cristianismo los valores de la humildad, de la humanidad y de la caridad. También salva la lección del amor, que ve como un gran remedio contra el fanatismo. Por tanto, no se opone al cristianismo, siempre y cuando no sea más que un humanismo. En realidad, «el verdadero cristianismo es la ley natural perfeccionada».

DIOS *(Dieu)*
Voltaire era deísta: la existencia de Dios no estaba confirmada por la Revelación sino por el orden que reina en el mundo —con leyes como la gravitación universal— que ratifica la presencia de un Geómetra Eterno: «Ese Gran Ser que lo ha hecho todo y que ha dado a cada elemento, a cada especie, a cada género, su forma, su lugar y sus funciones eternas». Además, a su parecer, la idea de Dios era útil para el gobierno de los hombres. Como advierte en uno de sus versos más famosos: «Si Dios no existiera habría que inventarlo».

«ÉCRLINF» *(«écrlinf»)*
Voltaire creó la fórmula «Écrasez l'infâme» [Aplastad al infame] el año 1760. Con ella animaba a los «hermanos» filósofos a luchar por la tolerancia y la libertad, a rebelarse contra la tiranía. Es el grito volteriano dirigido a los suyos para que se apresten al combate: un grito que acabará abreviando en «Écrlinf», o a veces en las iniciales E. L.

ENEMIGOS *(ennemis)*
Bergier, Biord, Chaudon, Chaumeix, Clément, Desfontaines, Dupanloup, Fréron, Joly de Fleury, Jore, La Beaumelle, Larcher, Lefranc, Maupertuis, Nonnotte, Patouillet, Piron, Jean-Baptiste Rousseau,

Jean-Jacques Rousseau, Roy, Sabatier de Castres, Travenol, Vernet, son algunos de los enemigos de Voltaire, con los que mantuvo agrias polémicas públicas. Voltaire no dejaba ningún ataque sin respuesta y perseguía a sus detractores aun después de muertos. «Perdono de corazón a todos aquellos de quienes me he reído», escribía en una carta. Así sí que perdonaba, a veces.

ESPAÑA *(Espagne)*
Voltaire tenía la peor opinión de España y de los españoles: un país donde reinaban la Inquisición y la intolerancia. Además, las tierras eran áridas y austeras, donde «nada de lo que hace la vida placentera es conocido». Los españoles eran bajitos y bigotudos, y las mujeres poco fecundas, a pesar de sus nombres tan sensuales, como doña Las Nalgas o doña Boca Vermeja de la *Historia de Jenni*. En *Cándido* volverá a divertirse con los rimbombantes nombres españoles o portugueses (don Fernando d'Ibaraa y Figueroa y Mascarenes y Lampourdos y Souza).

EXILIO *(exil)*
Voltaire pasó veinticinco años exiliado. Luis XV no le perdonó su estancia en Prusia, en la corte de Federico II, y le impidió su regreso a Francia. Tan sólo al final de su vida, durante el reinado de Luis XVI, pudo retornar a París. A su muerte se le negó el entierro en la capital del Sena, y poco después su biblioteca fue vendida a Catalina II.

FELICIDAD *(félicité)*
«Los hombres que buscan la felicidad son como los borrachos que no encuentran su casa, aunque saben que tienen una», escribe Voltaire en uno de sus pensamientos. El filósofo siempre consideró imposible fundar una ciencia de la felicidad, como reclamaban algunos ilustrados. Más bien consideraba que a falta de un método lo mejor era vivir la vida con honradez y alegría.

FILÓSOFO *(philosophe)*
Algunos tratados de filosofía cuestionan la contribución filosófica de Voltaire. Nada de nuevo aportó a la filosofía, indican. No obstante, si nos atenemos a la etimología de la palabra filósofo, es decir, «amante de la sabiduría», nadie podrá negarle su legítimo derecho a figurar entre los grandes filósofos de la historia. Paul Valéry zanjó el tema en uno de sus escritos: «Los filósofos posteriores no querrán de ningún

modo que sea filósofo. Le niegan un título que le otorgó toda una época [...]. Pero Voltaire vuela sobre ellos».

GUERRA *(guerre)*
Voltaire consideraba la guerra un mal inevitable: el hombre es un ser demasiado violento y carnicero como para poder imaginar una paz perpetua, como deseaban muchos ilustrados. De algún modo, es ley de vida: «Todos los animales están perpetuamente en guerra. Unas especies han nacido para devorar a otras; hasta los corderos y las palomas engullen cantidades prodigiosas de animales imperceptibles», escribe en el *Diccionario filosófico*. Quizás el hombre, dotado de razón, debería ser distinto. Pero más bien parece lo contrario: en algunas culturas, concluye Voltaire, «hombre» y «guerrero» son sinónimos.

GUSTO *(goût)*
El gusto —o mejor, el buen gusto— es un tema de debate muy dieciochesco; Voltaire no dejó de tratarlo y escribió su célebre poema *El templo del gusto*. El hombre de buen gusto debe poseer tres cualidades: una sensibilidad aguda; agilidad en el momento de juzgar, fruto de una larga formación que implica una vasta y trabajada cultura, y finalmente una gran capacidad de discernimiento. Por ello, «el gusto fino y seguro consiste en la rápida percepción de algo bello a pesar de sus posibles defectos, y de un defecto a pesar de sus méritos».

INQUISICIÓN *(Inquisition)*
Es una de las grandes obsesiones volterianas, porque de algún modo simboliza las tinieblas contra las que combaten las luces de la Ilustración. Como historiador, Voltaire estudió la implantación de la Inquisición en Europa: su fracaso en Francia y su extensión por Italia, sobre todo en Venecia. Pero fue en España donde sin duda arraigó más profundamente: Torquemada, el gran inquisidor, «durante catorce años procesó a cerca de ochenta mil personas e hizo quemar a seis mil, con gran pompa y boato», escribe en el *Ensayo sobre las costumbres*.

MUJERES *(femmes)*
A Voltaire le pareció ridículo el artículo «Mujer» publicado en la *Enciclopedia* en el que se decía que la gloria de la mujer radicaba en sus deberes de madre. A veces se le ha considerado un autor feminis-

ta, aunque sin duda dicha apreciación es exagerada. Pero Voltaire siempre vio un igual en el género femenino, y entre las mujeres tuvo muchas auténticas amigas, quizá más que cualquier otro ilustrado. En *Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos*, título con el que parodia una epístola de san Pablo, escribe por boca de la Mariscala de Grancey: «La naturaleza [...] nos ha dado órganos diferentes a los de los hombres, pero al hacernos necesarios los unos a los otros no ha pretendido que la unión constituyese una esclavitud». Sí, sin duda, se trata de un texto abiertamente feminista.

NEGOCIOS *(affaires)*
Voltaire amasó una considerable fortuna con diferentes negocios (entre ellos el de prestamista). No fue avaro, pero tampoco pródigo: el dinero le reportó sobre todo una independencia personal e intelectual que le permitió concentrarse en su trabajo. En sus *Memorias* celebra su buena suerte: «Me preguntan de qué modo he conseguido vivir como un ministro; no tengo ningún problema en decirlo. He conocido a tantos escritores pobres y despreciados que decidí muy pronto no ser uno de ellos».

NOBLEZA *(noblesse)*
«La nobleza es una quimera insultante del género humano; implica que hay hombres de sangre más pura que otros», escribe Voltaire en uno de sus pensamientos. En sus escritos no dudó en ridiculizar a los aristócratas, en protestar por sus privilegios, en denunciar sus excesos. Y aun así, siempre sintió una cierta fascinación por su forma de vida, y nunca cejó en su empeño de convertirse en uno de ellos.

PATRIA *(patrie)*
En ocasiones se ha puesto en duda el patriotismo de Voltaire. Su estancia en Prusia —y su trabajo para Federico II— hizo que algunos lo llamaran «el Prusiano». Sin embargo, Voltaire encarna mucho mejor el espíritu francés (galante, inquieto, ingenioso, tolerante) que sus acusadores. Fue —y sigue siéndolo— el gran embajador de Francia, y muy pocos nombres pueden superar su poderoso atractivo.

POLEMISTA *(polémiste)*
«¿Y cuál fue su arma? Aquella que tiene la ligereza del viento y la potencia del rayo. Una pluma.» Así lo resumió Victor Hugo en el centenario de la muerte de Voltaire.

RELIGIÓN *(religion)*
Voltaire tenía un gran conocimiento de las grandes religiones del mundo. Había estudiado en profundidad la Biblia, pero también el Corán, las religiones de la India, de China y las divinidades de los pueblos antiguos. Buscó principios comunes entre ellas, y denunció sus dogmas y ritos. Tras tanto estudio no se ocultaba un ateo, ni un incrédulo, sino un deísta, un verdadero creyente. Y sobre todo un estudioso de textos sagrados: «Un hombre que recibe la religión sin preparación no difiere de un buey al que se le coloca el yugo».

SEUDÓNIMO *(pseudonyme)*
Hasta ciento treinta y siete seudónimos distintos utilizó François-Marie Arouet. Por prudencia y por gusto, para divertirse y para poder decir: «¡Ése no soy yo!». Algunos son simples ocurrencias, otros juegos de palabras. Voltaire fue el de mayor éxito, pero también compuso otro anagrama con su apellido Arouet: Eratou.

SOCIEDAD *(société)*
La sociedad hace al hombre, según Voltaire. Es nuestra característica más brillante como especie, ese instinto que espolea a los hombres a construir el gran edificio social y a crear comunidades ricas e instruidas. Y la cultura y su transmisión son el más bello resultado de ese estímulo. «Se debería decir a cada individuo: "Acuérdate de tu dignidad de hombre"», escribe en el *Diccionario filosófico*. Un hombre digno es un ser sociable; no tiene que buscar la soledad, como quería Rousseau.

TOLERANCIA *(tolérance)*
Voltaire pensaba que la ley natural era dada por Dios al hombre al nacer: engendraba la moral y el instinto natural por la justicia. Todos los hombres la recibían, y no podían cambiarla sin traicionarla. Pero las religiones humanas desfiguran la ley natural y provocan el fanatismo y las guerras. La base de su idea de la tolerancia tiene por tanto una fuerte impronta religiosa: es un mandamiento divino para paliar las debilidades humanas y facilitar la felicidad de los hombres.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

EDICIONES DE OBRA COMPLETA

Oeuvres complètes de Voltaire, 75 vols. (In 8.º) o 92 (In 12.º) [ed. de P. A. de Beaumarchais, conocida como edición de Kehl], Kehl, Imprimerie de la Société Littéraire Typographique, 1785-1789.

Oeuvres complètes (desde 1969 en vías de publicación; se ha publicado un centenar de volúmenes y se prevén unos ciento cincuenta), Oxford y París, The Voltaire Foundation.

Correspondance, 13 vols. [ed. de Frédéric Deloffre], París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1978-1993.

TRADUCCIONES

Así va el mundo. Cuentos orientales [trad. de M. Armiño], Madrid, Valdemar, 1996.

Cándido, o el Optimismo [trad. de M. Armiño], Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

Cándido y otros cuentos [selección y nota preliminar de P. Garagorri, traducción de A. Espina], Madrid, Alianza, 1974; última reimpresión, 2005.

Cartas filosóficas [trad. de F. Savater], Madrid, Alianza, 1998.

Cuentos completos en prosa y verso [edición de M. Armiño; traducción de M. Armiño y M. Domínguez], Madrid, Siruela, 2006.

Diccionario filosófico [trad. de J. Areán Fernández y L. Martínez Drake], Madrid, Akal, 2007.

El filósofo ignorante [trad. de M. Fernández Alonso de Armiño], Madrid, Fórcola Ediciones, 2010.

El hombre de los cuarenta escudos y otros cuentos [traducción, prólogo y notas de M. Armiño], Madrid, Edaf, 2005.
El Ingenuo y otros cuentos [prólogo de F. Savater; traducción de M. T. Gallego y F. Lafarga], Madrid, Siruela, 1999.
La princesa de Babilonia; El toro blanco [trad. de J. Marchena], Madrid, Lípari, 1990.
Memorias para servir a la vida de Voltaire escritas por él mismo [traducción, prólogo y notas de A. Izquierdo], Madrid, Valdemar, 1994.
Micromegas y otros cuentos [selección y prólogo de Jorge Luis Borges; traducción de F. Lafarga], Madrid, Siruela, 1986.
Novelas de Voltaire, 3 vols. [trad. de J. Marchena], Burdeos, Beaume, 1819; reedición 1823, 1836 y 1967.
Novelas y cuentos [trad. de C. Pujol], Barcelona, Planeta, 1988.
Obras completas de Voltaire con un prólogo de Victor Hugo, vertidas por primera vez al castellano y precedidas de la «Vida de Voltaire» por Condorcet, Valencia, La propaganda democrática, M. Senent, 1892-1894.
Optimismo de Voltaire [trad. de L. Fernández de Moratín], Cádiz, Imprenta de Santiponce, 1834.
Opúsculos satíricos y filosóficos [prólogo de C. Pujol; traducción y notas de C. R. de Dampierre], Madrid, Alfaguara, 1978.
Tratado de la metafísica [trad. de A. L. Rivas Lado], A Coruña, Unidixital. Servicio de Edición Digital de la Universidad de Santiago de Compostela, 2002.

OBRAS SOBRE VOLTAIRE

APGAR, G., *L'art singulier de Jean Huber*, París, Adam Biro, 1995.
BADINTER, E., *Émilie, Émilie ou l'ambition féminine au XVIIIe siècle*, París, Flammarion, 1983.
____, *Les passions intellectuelles. Exigence de dignité*, París, Fayard, 2002.
BELLESSORT, A., *Essai sur Voltaire*, París, Librairie Académique Perrin, 1950.
BESTERMAN, T., *Lettres d'amour de Voltaire à sa nièce*, París, Librairie Plon, 1957.
BOIXAREU, M., *Los cuentos filosóficos de Voltaire*, Madrid, Síntesis, 2006.
CALAIS, É. (ed.), *Le conte philosophique voltairien*, París, Ellipses, 1995.
CAUSSY, F., *Voltaire. Seigneur de village*, París, Hachette, 1912.
CHOUDIN, L., *Le château de Voltaire. Deux siècles d'images*, Ferney-Voltaire, Association Voltaire, 2002.

GOULEMOT, J., A. MAGNAN, D. MASSEAU, *Inventaire Voltaire*, París, Gallimard, 1995.

HENRIOT, E., *Voltaire et Frédéric*, París, Hachette, 1927.

HOUSSAYE, A., *Le roi Voltaire*, París, Dentu, 1878.

KARP, S., *Quand Catherine II achetait la bibliothèque de Voltaire*, Ferney-Voltaire, Centre International d'étude du XVIIIe siècle, 1999.

LAFARGA, F., *Voltaire en España*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 1982.

LANSON, G., *Voltaire*, París, Hachette, 1906.

LEPAPE, P., *Voltaire le conquérant*, París, Éditions du Seuil, 1994.

LONGCHAMP, S., J. L. WAGNIÈRE, *Mémoires sur Voltaire et ses ouvrages*, París, Aimé André Libraire-éditeur, 1826.

MAUROIS, A., *Voltaire*, Barcelona, Juventud, 1938.

MENANT, S., *L'esthetique de Voltaire*, París, Sedes, 1995.

MITFORD, N., *Voltaire in Love*, Londres, Hamish Hamilton, 1957. Traducción francesa: *Voltaire amoureux*, París, Stock, 1959.

ORIEUX, J., *Voltaire ou la royauté de l'esprit*, París, Flammarion, 1966.

OULMONT, C., *Voltaire en robe de chambre*, París, Calmann-Lévy, 1936.

PEREY, L., G. MAUGRAS, *La vie intime de Voltaire, aux Délices et à Ferney*, París, Calmann Lévy, 1885.

PEYREFITTE, R., *Voltaire, sa jeunesse et son temps*, 2 vols. París, Albin Michel, 1985.

——, *Voltaire et Frédéric II*, 2 vols., París, Albin Michel, 1992.

POMEAU, R., *La religion de Voltaire*, París, Nizet, 1969.

——, *Politique de Voltaire*, París, Armand Colin, 1963.

——, Y OTROS, *Voltaire en son temps*, Oxford-París, The Voltaire Foundation, 1985-1995.

VAN HEUVEL, J., *Album Voltaire*, París, Gallimard, 1983.

WADE, I. O., *Voltaire's Micromegas. A study in the fusion of science, myth and art*, New Jersey, Princeton University Press, 1950.